



NARRATIVAS DOCENTES

Maestras y maestros
transformando palabras y territorios

Volumen II
Subregiones Suroeste y Occidente



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS



NARRATIVAS DOCENTES

Maestras y maestros
transformando palabras y territorios

Volumen II
Subregiones Suroeste y Occidente



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS

Gobernación de Antioquia. Secretaría de Educación. Maestros y Maestras transformando palabras y territorios: Narrativas Docentes, subregiones Suroeste y Occidente V.2. Medellín: Fondo Editorial Gobernación de Antioquia. Facultad de Educación Universidad de Antioquia.

370 / G574 V.2

1 - Educación 2 - Narrativas Pedagógicas 3- Proyecto Educativo Institucional.

Primera edición: Noviembre de 2020

ISBN publicación impresa: 978-958-5124-18-9

ISBN publicación electrónica: 978-958-5124-23-3

Gobernador de Antioquia

Aníbal Gaviria Correa

Secretaria de Educación de Antioquia

Alexandra Peláez Botero

Subsecretario de Calidad Educativa

Juan Diego Cardona Restrepo

Subsecretaria de Planeación Educativa

Tatiana Maritza Mora

Subsecretaria Administrativa de Educación

Luz Aída Rendón Berrío

Director Gestión de la Calidad del Servicio Educativo

Adrián Marín Echavarría

Supervisor

Jonier Ruíz Hoyos

Textos

Adriana María Medina Jaramillo

Alexandra Peláez Botero

Argenis Higueta Jiménez

Bibiana Patricia Acevedo Parra

Bladimir Pineda Sepúlveda

Care Yaqueline Serna Urrego

Diego Alejandro Guerrero Rodríguez

Dora Elizabeth Semanate

Érika Bibiana Tabares Sepúlveda

Fernando Hoyos Salazar

Flor Edilma Caro Caro

Gloria Stella Oquendo

Guillermo León Tascón Lastra

Jader Escudero

Jesús Alonso Combariza Díaz

Jhon Jairo Serna Moreno

Joel de Jesús Luján Sánchez

José Fernando Nieves Padilla

José Ubeimar Arango Arroyave

Juan Diego Cardona Restrepo

Laura Patricia Perea Moreno

Laura Saldarriaga Hurtado

Lucelly Cossio Cossio

Luz Miriam Palacio Rueda

María Fernanda Polo Méndez

Mario de Jesús González Cano

Martín Felipe Uribe Isaza

Rafael Óscar Betancur Correa

Reinaldo Nieto Tuirán

Rodrigo Ignacio Gómez Álvarez

Ruth Yamile Jiménez Jiménez

Sandra Liliana Londoño Oquendo

Sandra Milena Muñoz Mora

Sergio Hugo Ramos Ocampo

Sneider Quintero

Víctor David Jiménez Montoya

Vilma Cristina Yepes Gaviria

Wilson de Jesús Montoya Vélez

Yois Esmith Quiceno Álvarez

Colaboradores:

Dayro León Quintero López

Julián Andrés Corrales Gil

Luz Niyereth Vásquez Acevedo

Natalia Duque Cardona

Yaneth Peláez Montoya

Yolima Monsalve Carvajal

Coordinación Editorial

Andrea Trujillo Rendón

Corrección de estilo

Catalina Trujillo Urrego

Diagramación

Neeno - Malvecino

Ilustraciones

Andrea Trujillo Rendón

Esta publicación es realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Ley 23 de 1982, artículo 32. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o los editores. Publicación realizada en el marco del Contrato Interadministrativo n.º 4600010773 de 2020, entre la Secretaría de Educación de Antioquia y la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, para el acompañamiento a establecimientos educativos de municipios no certificados del departamento de Antioquia, para el fortalecimiento, la actualización y/o la transformación de los proyectos educativos institucionales en el marco de la gestión escolar integral.

Medellín - Colombia
2020

Distribución gratuita / 1000 ejemplares

© Gobernación de Antioquia, Secretaría de Educación 2020



Contenido

11	Carta para los maestros y maestras que transforman palabras y territorios para la vida
13	Presentación SUBREGIÓN SUROESTE ANGELÓPOLIS
15	Entre más lejos, más cerca AMAGÁ
20	Colegio nuevo, PEI nuevo: trayectorias en la construcción de la identidad institucional de un colegio nuevo BETANIA
25	El camino de un docente BETULIA
30	Voces y sensaciones de la pizarra
35	Haciendo realidad los sueños
44	El profesor Ricardo MONTEBELLO
48	Con otra mirada URRAO
52	Lo que llevamos dentro
56	Madera fina
60	La Esmeralda
65	Un mundo tras mis orejas
70	Hacia una evaluación democrática en la escuela

	VALPARAÍSO
76	Génesis y pensamiento utópico de un maestro
80	Desmitificando la ciencia Rafaelita SALGAR
84	El idealista TÁMESIS
88	La salida pedagógica TARSO
92	Por el derecho a la palabra y el reconocimiento de los vínculos SANTA BÁRBARA
100	De camino a una escuela sembradora de vida SUBREGIÓN DE OCCIDENTE ANZÁ
103	Nací para ser maestra BURITICÁ
107	Migrando por los PEI en Antioquia CAICEDO
112	Caminos de resignificación CAÑASGORDAS
117	Buenos Aires FRONTINO
120	Fuente de felicidad
125	Narrativa Docente
130	Luchando por un sueño, amar y servir incansablemente LIBORINA

135	«Dejando huella», estrategias sencillas que forjan grandes cambios
140	La huerta escolar como laboratorio pedagógico PEQUE
144	La época del telón
148	Aprendiendo, desaprendiendo, andando y construyendo la I. E. Presbítero Rodrigo Lopera Gil se va haciendo
151	Las memorias del presbítero
155	Somos viajeros del tiempo SAN JERÓNIMO
160	Ciudad Competencias, un Sueño de Amor y el Modelo Administrativo-Pedagógico de Participación y Empoderamiento Comunitario (MAP2EC) SANTA FE DE ANTIOQUIA
165	¡A dónde llegué! me enseñó a escuchar
169	Enfrentándome a un Gigante
174	El proyecto de vida de María Isabel
179	Acrónimos y siglas



Carta para los maestros y maestras que transforman palabras y territorios para la vida

Queridas maestras, queridos maestros,

Desde la Secretaría Departamental de Educación de la Gobernación de Antioquia seguimos tejiendo estrategias para promover la diversidad de voces de los maestros y las maestras, que permitan reconocer el valor de las subjetividades de los docentes, llenos de experiencias plurales y vitales ancladas al poder revelador de sus palabras que propician siempre nuevos horizontes de aprendizaje. En este año inédito, avanzamos en la convocatoria a la escritura de narrativas docentes como una propuesta que enriquece el desarrollo del proyecto de acompañamiento a 300 instituciones educativas en el fortalecimiento de los Proyectos Educativos Institucionales en municipios no certificados del departamento de Antioquia. Este conjunto de narrativas se suma a las publicaciones que desarrollaremos dentro de la Colección Pensamiento, Escuela, Maestros y Maestras.

Los presentes volúmenes de narrativas docentes, compilados bajo el nombre Maestros y Maestras transformando palabras y territorios, son una muestra de la capacidad de los docentes que, desde las nueve subregiones de Antioquia, aceptaron el reto de escribir para resignificar, reconstruir, reapropiar sus trayectos vitales y reflexionar sus experiencias pedagógicas y así, darles palabras a sus ricas memorias y hacer que la escritura sea una conquista que permite una renovada natalidad lingüística del ser maestro.

Para finalizar, permítanme evocar las palabras del poeta Roberto Juarroz¹

*Levantar el papel donde escribimos
y revisar mejor debajo*

*Levantar cada palabra que encontramos
y examinar mejor debajo*

*Levantar cada hombre
y observar mejor debajo*

*Levantar a la muerte
y escudriñar mejor debajo*

*Y si miramos bien
siempre hallaremos otra huella.*

*No servirá para poner el pie
ni para aposentar el pensamiento
pero ella nos probará
que alguien más ha pasado por aquí.*

Alexandra Peláez Botero 
Secretaria de Educación

1 Juarroz, R. (2001). Poesía vertical: antología esencial. Argentina: Emecé



Presentación

La Secretaría de Educación del Departamento de Antioquia y la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, en el marco del Proyecto PEI Gobernación de Antioquia, convocaron a maestros y maestras a escribir sus experiencias vitales y los aprendizajes que han tenido alrededor del Proyecto Educativo Institucional.

Es así como se emprende la necesaria tarea de promover en docentes y directivos el reto de escribir, de hacer leíbles sus propias narrativas docentes. En este propósito nos embarcamos y bajo el nombre Maestros y Maestras transformando palabras y territorios, entretejimos los textos presentados a la convocatoria de escritura de narrativas docentes, enmarcada en un proceso de escritura en tiempos de pandemia. Este momento inédito de la humanidad implicó encontrarnos en talleres virtuales de escritura creativa; en esta larga contingencia de salud pública nos privamos de vernos, compartir el tono y el ritmo de las escrituras colectivas, no logramos sonreír en la «presencialidad» al finalizar las lecturas de los ejercicios individuales, empero persistimos en el encuentro vital que sigue haciendo de la educación un acto de humanidad y de la escuela un taller de hombres y mujeres.

Así, continuamos adelante y nos convocamos a celebrar las palabras, nos encontramos para reafirmar la voluntad de escribir. La generosidad de maestros y maestras que decidieron participar de esta convocatoria hizo posible un proyecto común que encierra una reafirmación, una promesa, una convicción, la celebración de la vida y las palabras.

Frente a un contexto cambiante e incierto, este proceso de escritura de narrativas docentes se concentró en acompañar reflexiones y búsquedas, intentar vislumbrar otras posibilidades de encuentro, nos citamos en las redes, vimos los rostros de maestros y maestras en sesiones sincrónicas, entramos a aulas virtuales, participamos de *webinars* —transmisiones en vivo— y creamos tableros digitales para animar la escritura desde los territorios digitales. Nos propusimos crear, escribir, aparecer y escucharnos apoyados de diferentes recursos desde las tecnologías de la información y la comunicación.

De esta aventura, llena de experiencias, surge un laboratorio de escrituras en línea, que se deriva luego en un conjunto de textos diversos; un caleidoscopio de voces que no están tejidos por una sola voluntad. En ellos pueden leerse los diversos trayectos vitales, las múltiples identidades del ser docente, la riqueza de lo múltiple que es, a la vez, talón de Aquiles en el intento de crear un corpus narrativo.

Los invitamos a leer estos textos como provocaciones y como un acto de escritura y autodescubrimiento en el sentido que el escritor Jaime Alberto Vélez resalta cuando en su libro *La baraja de Francisco Sañudo*, rinde homenaje a un maestro de escuela, y este escribe una bella definición de La Carta —Baraja XXI—, aunque bien pudiera ser la definición de «escritura» y antojársenos de que en ella podemos cifrar el deseo y el horizonte narrativo de estos escritos allegados.

«Posee un destino único, y hacia él se encamina ciegamente, superando numerosos escollos y dificultades. Quien la recibe al fin se siente incapaz de decidir si lo más relevante reside en su fragilidad o en las vicisitudes que ha debido sortear para llegar hasta sus manos. Aunque posee su sino trazado, que realiza sin lamentos, las posibilidades de incumplirlo son múltiples y a cada instante parece ceder y desistir. Así que su arribo representa ya, de por sí, un mensaje venturoso».

**XXI - La carta. La Baraja de Francisco Sañudo
Jaime Alberto Vélez²**

Gracias a los maestros y las maestras que, en sus palabras bordearon y dieron origen a la experiencia narrativa, se enfrentaron a sus propias biografías, intentaron nombrar sus acciones como procurando delinear sus rostros en los espejos de la palabra, continuaron desplegando voces y presencias en sus proyectos pedagógicos, pero, sobre todo, siguen creando aquella carta inconclusa, una carta que día a día escribimos, una carta que nos toma toda la vida. Así, pues, querido lector y querida lectora, encontrará en esta colección una serie de tres volúmenes de narrativas y un epistolario docente. Este que tiene en sus manos corresponde a los relatos de la subregión del Oriente antioqueño.

G R A C I A S, queridos maestros y queridas maestras por hacer posible que caminar la palabra sea una de las posibilidades para humanizar el acto educativo, para acompañar las vidas de niños, niñas y jóvenes del departamento, gracias por atreverse a escribir, gracias por no desfallecer en continuar unidos en el propósito de ser maestros y maestras para la vida.

Juan Diego Cardona Restrepo 
Subsecretario de Calidad Educativa

2. Vélez, J. (2005). *La Baraja de Francisco Sañudo: El poeta invisible*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.



Entre más lejos, más cerca

Rodrigo Ignacio Gómez Álvarez

*Institución Educativa San José
rodrig40@hotmail.com*

Desperté con la emoción característica del primer día. El tiempo calculado para llegar al transporte se hacía corto, aunque en mi formación la puntualidad sobresalía siempre. Mi itinerario riguroso comprendía la salida de Envigado, donde vivo, para llegar al municipio de Angelópolis antes de las 6:30 a. m., hora de entrada a la Institución Educativa San José.

Empieza la jornada, el ritmo acelerado provocado por el ingreso constante de otros docentes y estudiantes altera la calma que tenía hasta ese momento. Empiezan a llegar las primeras preocupaciones, luego recibo demasiada información difícil de asimilar, porque muchos de esos términos son nuevos para mí. Después, la coordinadora me conduce donde la rectora, es mi última estación antes de iniciar mis labores. En la conversación, ella expresa: «Esto de la docencia es para personas que tienen espíritu de sacrificio, porque aquí se viene a sufrir y no se consigue plata». Esas palabras son como las que escucha un condenado ante la sentencia de un juez, entonces solo pasa por mi mente el mensaje: «Me equivoqué». Dejar atrás casi nueve afortunados años de trabajo con el SENA; es increíble que hubiera renunciado, pero me consuela pensar que puedo ver a mi familia todos los días.

La entrada al primer grupo es la estocada final para que mi emoción caiga a cero, y eso que tengo el respaldo de la docente a quien voy a remplazar. Espero encontrar un salón de clase totalmente organizado, con estudiantes dispuestos a prestar

atención y ávidos de adquirir conocimiento. Por el contrario, presencio una total algarabía, la voz de la profesora se pierde entre gritos y risas de los chicos distribuidos en pequeños grupos por todo el espacio del aula, algunos están en silencio porque se encuentran concentrados en el celular. Ella refleja en su rostro una suma de impotencia y resignación. Me dice: «No sé qué les pasa hoy, normalmente no son así».

Las horas pasan lentamente, ya ni recuerdo la última vez que me sentí igual, totalmente confundido; mis pensamientos se entrelazan con recuerdos agradables del pasado y mi terrible situación actual. Nuevamente, regresa a mi mente ese tortuoso pensamiento de haber abandonado mi zona de confort; hace dos días compartí una inolvidable despedida realizada por los estudiantes del Sena, con quienes comparto un gran afecto mutuo. Ahora me invade la sensación de haber apostado todo sin ninguna posibilidad de ganar. Finalmente, llega la hora de salida, la calma y el silencio invaden uno a uno los espacios del colegio, esto es un bálsamo para mis alterados nervios. Al fin para mi casa, pero con la angustia de tener que regresar al siguiente día.

Los siguientes tres meses pasan entre una mezcla de emociones, abandonar todo lo que en algún momento me produjo tanta ilusión o continuar para sobreponerme a las dificultades que percibo en todas mis actividades laborales. A pesar de entregar todo mi tiempo y esfuerzo para cumplir con mis obligaciones, no encuentro el rumbo en el que pueda aplicar la experiencia que a través de mi vida laboral he adquirido. Poco a poco empiezo a encontrar elementos que activan nuevamente mi verdadera forma de pensar, el inesperado impacto emocional producido por la llegada de nuevos paradigmas parece llegar a su fin. En este momento siento vergüenza por haber abandonado mis principios, por no atender los mensajes que por tantos años había entregado a mis discípulos —todo en la vida pasa por algo, seguramente debemos cumplir una misión; las situaciones no son las malas, solo debemos modificar nuestro punto de vista; es la capacidad de adaptación la que permite alcanzar el éxito—.

Quizás el mayor factor incidente en este mar de confusiones es la falta de conocimiento de los elementos facilitadores para el desarrollo de mis actividades laborales, como las mallas, el plan de área, el Sistema Institucional de Evaluación Educativa y, finalmente, el Proyecto Educativo Institucional. Desde allí se abre una nueva perspectiva que transforma por completo mi apreciación real sobre la Institución Educativa San José. Ahora comprendo la necesidad de aprender antes para poder enseñar. Cuando hago una lectura del contexto en forma consciente, inicio la construcción de un puente de comunicación asertiva con mis estudiantes, facilitando el vínculo emocional que debe existir en todo tipo de relación humana.

De forma continua, nos reunimos todos los docentes y los directivos para realizar ajustes al PEI, es la mejor forma de conocer la realidad de toda la comunidad educativa. Con este aprendizaje puedo diseñar las estrategias que me van a permitir acercarme más a estudiantes y padres de familia. Dentro de las gestiones o componentes del PEI, me llama mucho la atención la Pedagógica y la Comunitaria. Por tal motivo, solicito hacer parte del Proyecto Institucional de Escuela de Familia, porque veo allí la posibilidad de acercarme a padres, madres y cuidadores para aportar en la búsqueda de nuevas alternativas de mejora en el ambiente del hogar.

Otra vez vuelve a sonar el despertador, me levanto con una nueva ilusión, quizás hoy pueda concretar tener un espacio en la emisora Angelópolis Estéreo para realizar un programa radial como herramienta al desarrollo del proyecto Escuela de Padres. El viaje hasta el colegio lo puedo disfrutar, es una mañana hermosa acompañada por los fabulosos paisajes que se pueden apreciar por la carretera entre Caldas y el pueblo, me parece increíble no haber sentido este placer en mis primeros días de labores. Entre saludos y sonrisas inicio con mucha esperanza cada una de las clases del día, ya cuento con los elementos necesarios para afrontar las situaciones desafiantes en la interacción con los estudiantes.

Mi mayor emoción de esos días es haber descifrado la forma de entender a los chicos en su comportamiento dentro de las aulas de clase, era evidente por qué tenían tanta dificultad para escuchar al docente. No era el deseo de fastidiar, de generar caos para perturbar el proceso de aprendizaje; realmente es una forma de llamar la atención para ser escuchados, la necesidad de encontrar en ese adulto a una persona dispuesta a entender su problemática, a ser reconocido y, en algunas ocasiones, recibir afecto.

Después de sumar experiencias, era hora de adecuar los parámetros establecidos en la Gestión Pedagógica del PEI; para ello, el diagnóstico establecido a través de la observación y la interrelación con los chicos, enfocado desde el punto de vista de su realidad, me permitió diseñar las estrategias didácticas para generar en ellos la motivación y la participación asertiva en las actividades académicas. Es sorprendente cómo cambia todo cuando lo vemos desde la óptica del otro; si desconocemos sus causas, es difícil entender sus acciones y menos sus deseos y preferencias.

No lo dudé, porque ellos —más que nunca— pedían a gritos nuevos mecanismos pedagógicos; entendí que tenía que llegar al componente emocional en sus cerebros, modificar sus estructuras mentales frente a lo que era estudiar, despertar la pasión en cada una de las actividades académicas. Llegué a la conclusión

de que podía hacerlo a través de la implementación de desafíos, buscando obtener su atención. Mis puntos de vista se han ido modificando, por supuesto, a través del tiempo, pero mi motivación por enseñar sigue siendo la misma: conocer en detalle los procesos creativos y la forma de aplicarlos en los estudiantes, lo que me ha permitido avanzar en didácticas que fortalecen las dinámicas diarias de la realidad escolar. Mi crecimiento como docente jalonaba el entusiasmo y el aprendizaje de los chicos.

Cuando todo por fin parece estar bajo control, se evidencia la transformación de mis estudiantes y la mía frente a la actitud asumida en el aula, nada que ver con esos primeros días, fue pasar del infierno al cielo. Este año todo está sincronizado con lo propuesto en el PEI; las mallas las he construido teniendo en cuenta cada una de las realidades de la institución y lo establecido en los Derechos Básicos de Aprendizaje; los chicos habían alcanzado un alto nivel de motivación y participación activas en las clases. Pero llega una noticia que puede llevar al traste todo este proceso de transformación iniciado hace cuatro años, después de sortear un gran número de dificultades.

El reloj marca las 7:05 p. m., suena mi celular e interrumpe la conversación con mi esposa y mi hija; es la mamá de una estudiante del grupo del que soy director, me sorprende porque es un domingo. Una pregunta desconcertante:

—Profesor, ¿mañana tienen que ir los niños al colegio?

—Claro que sí —le respondo.

—Es que el presidente habló por televisión y dijo que se suspendían las clases por causa de la covid-19.

A partir de ese momento envían una serie de mensajes que cada vez desinforman más sobre lo que va a pasar. Al lunes llego al colegio, pero sin estudiantes, se adelantaron las vacaciones desde marzo, esta nueva situación desconcierta sobre el futuro, pero se espera que todo se normalice en algunos meses.

La rutina nos cambió a todos, es increíble pensar cómo el mundo se transforma de esta manera. Todo es nuevo, nunca el país había pasado por una situación igual; de un momento a otro tenemos que acuartelarnos en nuestras casas para protegernos de un enemigo invisible que en cualquier instante nos puede atacar. Ante la expedición del decreto de cuarentena, las instituciones educativas ven la necesidad de la virtualización de los procesos escolares, porque se convierte en la única forma de llegar a los estudiantes para continuar con la planeación del año académico.

Las características socioeconómicas de los estudiantes del San José dejan solamente como alternativa el uso de WhatsApp como medio tecnológico para la comunicación entre ellos y los docentes, por ello se implementa como estrategia la creación de

grupos en esta plataforma para enviar y recibir las actividades propuestas, asesorar y resolver las dudas. Sin embargo, por decisión propia, no contaba con esta aplicación en mi celular; así que debía nuevamente reinventarme para adaptarme a esta alternativa en la distancia.

La perspectiva ante esta nueva situación se presenta realmente preocupante porque es difícil establecer un horario cuando durante todo el día, y algunas veces en horas de la noche, se debe dar respuesta a las inquietudes presentadas por estudiantes y padres de familia. Además, se debe cumplir con las tareas asignadas por los directivos y las labores del hogar. Este ambiente puede producir altos niveles de estrés sino se tiene un buen control emocional. Así como hace cuatro años, toda esta situación se convierte en un desafío lleno de retos en la construcción de nuevas estrategias creativas para alcanzar los objetivos educativos.

Ante las dificultades, la experiencia me enseña a ver de forma diferente lo normal para poder encontrar el camino que me permita pasar los obstáculos. En este caso es la distancia el enemigo en el proceso académico. Pero, como lo mencioné anteriormente, los dos componentes del PEI que me llaman más la atención —Pedagógico y Comunitario— pueden ser la base para construir los elementos que ayuden a minimizar las dificultades que trae la virtualidad.

La distancia puede ser sinónimo de reducción en la comunicación, pero también la cercanía puede relajar los procesos comunicativos; se da por hecho que el tener un contacto visual permanente es suficiente para suponer que todo está bien. Esta virtualidad obliga a un continuo contacto a través del lenguaje para cubrir la conexión inmediata que nos entrega la presencialidad. No solo con los estudiantes, sino también con padres, madres y cuidadores.

Aunque sentía haber alcanzado un conocimiento adecuado de la vida personal de mis estudiantes, en realidad solo era lo básico; no obstante, la pandemia me permitió acercarme más a ellos, indagar sobre sus estilos de vida, conocer sus gustos, establecer un vínculo más afectivo. De pronto, descubro algunas situaciones impensables; quien en el salón nunca preguntaba, ahora en la intimidad de un celular se vuelve elocuente; otros con la solicitud de consejos y no solamente de asuntos académicos, sino también de asuntos personales; o quienes simplemente tienen el deseo de ser escuchados. Igualmente, con padres, madres y otros familiares se ha venido formando una interacción constante, con algunos de ellos se ha creado un círculo de confianza. Lo más impresionante es que en la distancia he tenido un mayor acercamiento con estas personas que durante la presencialidad, a la mayoría no las conocía. Asimismo, mi proceso

creativo es puesto a prueba al tener que diversificar estrategias de comunicación para poder llegar en forma efectiva a todos los estudiantes.

Domingo en la noche, sentado en el balcón de mi casa, leo un libro de André Stern: Yo nunca fui a la escuela, que me hace reflexionar sobre las experiencias vividas en la educación bajo estas circunstancias, el despliegue de creatividad desarrollado por los docentes para la transmisión de conocimientos y la ayuda a los estudiantes en la comprensión de contenidos. También en el diseño de nuevas metodologías pedagógicas a ser implementadas cuando regresemos a la presencialidad, porque seguramente estos sucesos vividos han provocado cambios en la forma de pensar de muchas personas, como me ocurre a mí.



Colegio nuevo, PEI nuevo: trayectorias en la construcción de la identidad institucional de un colegio nuevo

Diego Alejandro Guerrero Rodríguez

*Institución Educativa Rural Belisario Betancur Cuartas
ierbelisariobetancurcuartas@gmail.com*

La noticia

A mediados del año 2019, la noticia que se rumo-
raba en el ambiente educativo de Amagá, final-
mente, se anuncia como cierta. No es una noticia
menor: en 2020 nacerá un nuevo colegio en el
municipio.

El nacimiento de esta institución se dará por la fusión de las tres sedes de la Institución Educativa Luis Carlos Parra Molina y la sede Maní de las Casas, de la Institución Educativa San Fernando. En 2020 deberíamos integrar para toda la institución los procesos académicos, administrativos y de convivencia... además de construir el Proyecto Educativo Institucional.

El nombre

¿Y cómo nos llamaríamos? El nombre estaba cantado. En diciembre de 2018, apenas meses antes de iniciar el proceso de fusión de las sedes que generaría el nuevo colegio, muere el amagaseño más ilustre, el hijo de arrieros que llegó a la presidencia de la república, el presidente poeta: Belisario Betancur Cuartas.

El hombre

Belisario Betancur Cuartas es, sin duda, el personaje más ilustre que ha surgido del municipio de Amagá. Desde su crianza en el Morro de la Paila, en grandes condiciones de pobreza, sus esfuerzos y su fe en la educación y el conocimiento; ser Presidente de la República y, al final de sus días, ser llamado el Abuelo de la Cultura Colombiana por sus inmensos aportes en diversos campos del saber, lo convierten en un digno modelo de ser humano para nuestra comunidad educativa.

Sus padres, Rosendo y Ana Otilia eran pobres y cristianos, tuvieron 21 hijos, 17 de los cuales no sobrevivieron al hambre y las enfermedades. Toda una masacre del subdesarrollo. Jamás olvidó o trató de ocultar su pasado de pobreza. De niño en su natal Amagá ganaba monedas para apoyar la menguada economía familiar recogiendo café o pegado del cabo de un azadón o la cacha de un machete. Tuvo el honor de lucir el primer par de zapatos en su familia.

Como se hacen las grandes catedrales humanas, todo lo conquistó a pulso, sacrificios y empujoncitos de la Santísima Providencia. Estudió la primaria en una escuelita de Amagá en la que repitió tres veces quinto hasta que aprendió a leer de corrido. Se impresionó tanto con ello que el resto de su vida se la pasó leyendo. (Palacio, 2018)

El primer presidente en intentar una solución dialogada del conflicto en Colombia, miembro del Grupo de Contadora que promovió los procesos de paz en Centroamérica y que apoyó el proceso de paz colombiano firmado en el Teatro Colón. Qué gran ejemplo de vida heredaba nuestra institución.

El norte

Descubrimos en Belisario un modelo de ser humano que respondía a los deseos académicos —estudioso—, de convivencia —pacifista— y de proyección comunitaria —líder—. El modelo de vida de Belisario nos impele a convertirnos en una comuni-

dad de estudiantes, docentes y acudientes estudiosos, líderes y pacifistas.

Así pues, del nombre llegamos al hombre y el hombre nos dio un norte: estudio, pacifismo y liderazgo. Empezaba a constituirse una identidad institucional y los esbozos de un horizonte institucional, de un PEI.

Los símbolos

Nombre, hombre y norte nos permitían empezar a pensar en elementos simbólicos y materiales de apremiante resolución para la vida del colegio. Convocamos a los diferentes estamentos y, en ocho semanas, para marzo 14 de 2020, antes del fin de semana que nos cambió la vida a todos, ya los teníamos: uniformes, himno, escudo y bandera.

Una institución nueva con una historia antigua

La nueva Institución Educativa Rural Belisario Betancur Cuartas está integrada por cuatro sedes de relevancia histórica y cultural para el municipio y el departamento, pero también para el país.

Sede Luis Carlos Parra Molina (vereda La Ferrería): esta sede está a punto de cumplir cien años de labores educativas. Tiene como auditorio y espacio educativo al Centro Histórico y Cultural La Ferrería, primera siderúrgica de Antioquia y donde se elaboraron las herramientas con que se dio inicio la industrialización antioqueña, la fabricación del Ferrocarril de Antioquia y los instrumentos con que el antioqueño pudo abrirse paso por la montaña. Este centro fue restaurado hace algunos años para convertirse en centro comunitario y auditorio de la I. E. Luis Carlos Parra Molina (antes llamada IE La Ferrería).

Sede Belisario Betancur (vereda Piedecuesta): esta sede ha pasado en pocos años de ser un Centro Educativo Rural, a una sede anexa de la I. E. San Fernando y luego sede principal de nuestra institución. Se encuentra en un lugar histórico al ser adyacente a lo que fue la estación Piedecuesta del Ferrocarril de Antioquia. Tiene desde grado preescolar hasta grado once y es la única sede con dos jornadas: primaria en la mañana y bachillerato en la tarde.

Sede El Cedro (vereda El Cedro): la sede con más altitud del colegio, rodeada de cafetales y cañadulzales. Metodología Escuela Nueva. Esta sede también fue en su momento un Centro Rural independiente con cinco docentes, pero con el tiempo la población estudiantil ha disminuido, por lo que en este momento solo hay dos profesores. Son características de esta sede el

involucramiento y la participación de la comunidad para su conservación.

Sede La Gualí (vereda La Gualí): sede liderada por Amparo Urrego, la profesora activa con más experiencia en toda Antioquia —42 años de ininterrumpida labor docente—. Metodología Escuela Nueva con 15 estudiantes en la actualidad. Vereda importante en la historia de la tradición trovera de Amagá, cuna del programa radial El Despertar Minero, patrimonio inmaterial y cultural del municipio.

¡El lenguaje nos une!

En Amagá, la institución que trabaja lo pedagógico es la Normal; la institución que trabaja lo comercial es San Fernando. Nosotros, como I. E. R. Belisario Betancur Cuartas vemos que por nuestra historia y trabajo hemos venido configurándonos como la institución que tiene su eje en el trabajo sobre el lenguaje.

El Concurso Municipal de Oratoria, nacido en la sede Luis Carlos Parra, y que va para la decimotercera edición; el proyecto La Lectura En Carreta, de la sede Belisario, con un amplio y rápido reconocimiento en el municipio al tener dentro de sus actividades la lectura en voz alta a los niños por parte de líderes municipales en los propios espacios de labor de esos líderes: la Alcaldía, el Concejo, etc.

En la sede del Cedro la profesora Osiris desarrolla el proyecto A Leer Rapidito, que tiene buenos resultados respecto al aprendizaje rápido y lúdico de la lectura; y el profesor Wilfer tiene el proyecto El Laboratorio del Saber, que recrea pedagógicamente un nuevo salón donado por el Comité de Cafeteros y la Alcaldía.

La sede de La Gualí es epicentro de la tradición trovera en el municipio de Amagá. Incluso de la iniciativa de la trovera La Campesina, de la vereda La Gualí, nace El Despertar Minero. El profesor Juan David, en la sede Luis Carlos Parra, lleva años trabajando el lenguaje de señas y el braille.

La historia institucional con todos estos proyectos nos va configurando como una institución que tiene sello e identidad en el trabajo sobre el lenguaje. A esto podemos añadir que Belisario Betancur Cuartas fue nuestro Presidente Poeta, el amagaseño ejemplo de superación que llegó a ser primer mandatario e insistió en lo importantes que son la letra escrita y la oratoria.

Así, pues, nuestras acciones, nuestra historia y nuestra identidad como belisaristas vienen construyendo y aportando a la construcción de una identidad institucional que gira alrededor de la formación en lenguaje.

Inevitablemente, lo anterior también gesta un objetivo: que nuestros estudiantes se reconozcan en el pueblo por ser lectores, escritores y oradores. Nos hemos propuesto ser líderes en la formación de la lectura, la escritura y la oratoria.

Llegó Don Guillermo con su modelo

Y un día, al equipo PEI llega Don Guillermo, el coordinador, con un modelo pedagógico que nos pinta con sus palabras: este modelo está interesado en hacer de la escuela un centro de transformación social, que ve el origen de tal transformación en el lenguaje y los mundos que este crea, que científicamente ha sido verificada, que promueve la participación comunitaria y el trabajo en equipo, que respeta y valora la diferencia y la diversidad, que promueve la organización y el empoderamiento de las comunidades, un modelo que parece responder a nuestros sueños así como a nuestra realidad educativa: Modelo Dialógico, Aprendizaje Colaborativo y Comunidades de Aprendizaje.

Mucho por contar

Queda mucho por contar: el diagnóstico que adelantábamos en el momento en que llega la pandemia, pero que con la virtualidad se hizo aún más fácil; la preimplementación a la que afortunadamente nos obligó la no presencialidad; los encuentros del Equipo PEI; el descongelamiento que produjo la llegada de la Secretaría de Educación Departamental y la Universidad de Antioquia... Mucho por contar de lo que ha pasado y mucho por contar de lo por venir.

Bibliografía

Palacio, J. (2018). Belisario 1923-2018. El Colombiano. <https://www.elcolombiano.com/especiales/belisario-betancur/belisario-1923-2018-XF9788426>.



El camino de un docente

Wilson de Jesús Montoya Vélez

*Institución Educativa Perla del Citará
wilsimo75@yahoo.es*

Marzo 7 de 2016, inicio mis labores como docente de posprimaria en la I. E. Libia Arriba, del municipio de Betania. Entro hacer equipo con cuatro compañeras más, dos en primaria y dos que compartían conmigo la posprimaria. Llego con una inmensa motivación y ansias por hacer muchas cosas por los estudiantes y por la sede, pero, las cosas no iban a ser tan fáciles, para iniciar, no pertenecíamos ni al CER La Merced y tampoco pertenecíamos a la I. E. Perla del Citará, éramos una especie de isla que, con mis compañeras docentes, empezamos a transitar y llenar de mucho amor, sentido de pertenencia y entrega en cada una de las actividades que empezamos a realizar.

Iniciamos con la fiesta de la democracia, eligiendo nuestro propio gobierno escolar, nuestro personero y todo lo que tuviesemos que organizar para darle a nuestra sede el mejor ambiente. Todo era hecho con mucho amor por todo el equipo docente, pero se nos dio la directriz de que debíamos asistir a los microcentros de la I. E. Perla del Citará, ya que se estaban adelantado todos los trámites para pertenecer a ella. Eso nos motiva mucho a los cinco compañeros, además, el rector era una persona amable, inteligente y tenía unas grandes ideas para trabajar la institución, siempre anhelábamos cuándo llegaría ese momento. A mediados de agosto, nos dijeron que oficialmente ya éramos parte de la I. E.; muy felices, al día siguiente le contamos a los estudiantes la buena nueva, pero cuando empezamos a asimilar lo que esto traería, ya no parecía tan bueno, pues ya nuestra personera perdía su puesto, ya la I. E. tenía un personero elegido para todas las sedes, ya no éramos I. E. Libia Arriba; éramos I. E. Perla del Citará, sede Libia Arriba, se nos había alargado el

nombre. Los estudiantes debían empezar a usar otro uniforme y eso era duro para las familias, además, debían desplazarse hasta el municipio a matricular sus estudiantes y la vereda no contaba con transporte en la semana para Betania. Sí que nos estaba empezando a cambiar la visión y el rumbo, sin embargo, unidos como institución emprendimos diversas actividades, celebramos las fechas especiales, Día de la Madre, Día del Niño y la Niña, emprendimos un proyecto muy lindo con la idea de potenciar en todos los estudiantes de la sede el amor a la escritura. Decidimos crear un libro de poesías con todos los estudiantes, si mal no recuerdo, como 65 escritos. Este resultado me hizo muy feliz, amo escribir poesía y compartir esta pasión con los estudiantes era una doble felicidad; ver las creaciones que empezaban a surgir era algo supremamente ameno. Hicimos varios talleres de escritura, correcciones de todo tipo.

Debo anotar que el apoyo de algunas madres de familia fue fundamental, siempre estuvieron ahí acompañando el proceso. Finalmente, logramos tener completo el libro; allí los profesores dejaron plasmada también su inspiración. Por fin teníamos el libro Luceros pensantes, así decidimos llamarlo. Este fue uno de los muchos momentos que vivimos felices, aunque incómodos por los cambios que por pertenecer a la I. E. empezaban a surgir, entre otros, resultó que uno de los docentes debía partir de la sede, ya que no había suficientes estudiantes de posprimaria.

Después de varias reuniones de los directivos, fui el ganador de esta lotería, debía partir hacia la sede San Rafael. Me invadió un poco de tristeza por dejar el equipo de docentes con el que venía trabajando, al igual que dejar a mis estudiantes, con los que teníamos muchas metas propuestas. Lo que más triste me dejó fue que al momento de ir a la otra sede no pude decirles adiós, pues fue al iniciar el año lectivo 2017 cuando el rector me llamó a su oficina para decirme que al siguiente lunes debía estar en la sede San Rafael.

Llegar allí era un reto gigante y triste para mí, por un lado, debía enfrentarme solo a estudiantes de sexto a undécimo y, por el otro, que este grupo hasta el año anterior estaban en SAT, modelo educativo que amo y defiendo con uñas y dientes, pero que en ese momento le estaba quitando una parte de estudiantes, lo que debilitaba el modelo SAT. Pero recuerdo las palabras del rector: «Usted es el adecuado, ya que conoce el modelo y puede ir dándole ciertas características de ambos modelos, así no será muy fuerte el cambio». Creo que me quería dar ánimos y lo logró.

Llegué y encontré un grupo de estudiantes muy motivados para este nuevo modelo educativo, posprimaria y media rural, este último era nuevo para mí. Empecé a organizar ciertas cosas,

porque ellos me contaban que siempre los discriminaban en la sede por ser del SAT, entonces querían que yo los apoyara. Dicho y hecho, empecé el acercamiento a mi nueva compañera, quien fue muy receptiva; empezamos a hacer equipo y a programar diversas actividades, arreglos a la sede y la integración de todos los estudiantes, desde preescolar hasta undécimo; aunque las diferencias de edades eran abismales. De verdad, verdad, había estudiantes pasaditos de los veinte años. Claro que estos eran de muy buen vivir y trataban muy bien a los niños. El actuar de estos muchachos fue de gran ayuda porque, además, llegue a la sede solo con dos libros para décimo y undécimo, lo demás había que buscarlo por todos lados, con el agravante de que el transporte escolar para el pueblo se paró y eso hizo que pasará de tener 23 a 35 estudiantes, con 10 en undécimo y 4 estudiantes en décimo, me estaba empezando a asustar, así que todas las tardes iba donde el rector para que enviara quien me ayudara. Me mandaron una compañera por dos semanas, y no sé qué pasó que terminaron dejándola en la sede urbana, así que si mi rutina todos los días era ir donde el rector a contarle que me había llegado otro estudiante más. Creo que él se cansó y decidió enviar otra compañera, con quien hice un excelente equipo, pues era emotiva por la educación, todo lo que fuera por el bienestar de los estudiantes, siempre estaba dispuesta para apoyarlo. Realizamos muchas actividades, la más recordada fue el grado de nueve estudiantes de undécimo, cuatro de quinto y dos de preescolar en la misma sede, por primera vez. La verdad, nos quedó de lo más de lindo el evento.

En mi nueva sede me sentía muy feliz, le fui tomando un inmenso cariño a todos los estudiantes y creo que ellos a mí también, además, cada año siempre pasaban algunos de los estudiantes que tenía en mi antigua sede, para hacer decimo y undécimo en San Rafael. Me alegraba mucho porque ellos se unían al grupo de la mejor manera y entre todos hacían las clases muy amenas, aunque a veces había que echarles mucha cantaleta. Yo les decía: háganme caso y nos les va mal en la vida. Y me hacían caso.

Ya he hablado mucho de mi ser docente en las sedes y falta mucho por contar; ahora deseo hablar sobre mi ser docente rural en la I. E. Perla del Citará.

Siempre soñé con ser docente y mirar a todos los que hoy son mis compañeros con alto grado de admiración por la bella labor que desempeñaban y la verdad es que hay muy buenos docentes en la institución. Desde que estaba en la sede Libia Arriba y nos unieron a la I. E. empecé a reclamar que los rurales debían tratarse como rurales, porque son metodologías diferentes, muchos me miraban raro, pues, un docente acabado de llegar, empezando su carrera, provisional, y cuestionando lo que ya esta-

ba estipulado, no parecía ser tan pertinente, algunos me decían que me iban a quitar la provisionalidad, pero yo no hacía mucho caso. Igual, en cada espacio que tenía seguía expresando lo que pensaba frente a la dirección que se le venía dando a la educación rural desde que llegaron las famosas funciones. La verdad es que no he comprendido su verdadera razón, pero debemos adecuarnos a estas; así tratábamos de hacerlo cada uno de los docentes rurales, hasta que hubo un cambio de rector y la directiva que asumió el cargo expresaba que debíamos llevar nuestro quehacer docente partiendo del plan de estudios que tenía el colegio. Esto para los docentes fue choque supremamente fuerte porque los ritmos de aprendizaje son diferentes, las temáticas no eran muy relacionadas con el contexto rural, llevar línea y un plan de estudios diseñado para ser trabajado mediante el profesorado no es coherente para llevar a las sedes que son multigrados; donde un docente atiende cinco o seis grupos a la vez, con temáticas diferentes, problemáticas diferentes. Esto empezaba a ser algo incómodo para todos los docentes, se generaron muchas dificultades, me sentía triste y frustrado por no saber si llevar a los estudiantes el plan de estudios de la I. E. o seguir trabajando con las guías elaboradas por el Ministerio de Educación Nacional (MEN) para posprimaria. Opté por mi rebeldía y, sabiendo que podría tener problemas, seguí trabajando con los textos guías en su orden. Estos me generan la posibilidad de no sacar tantas copias y ayudar al medio ambiente, puedo apoyarme en ellos para que los estudiantes lean teorías, analicen esquemas, realicen los talleres y las actividades que ahí se proponen. Así empecé, teniendo en cuenta que las temáticas estaban relacionadas con los quehaceres de los estudiantes; claro que también apoyaba estos textos con otros talleres para ampliar, contextualizar y aplicar muchos aprendizajes que se proponen en los textos desde el MEN.

Aunque yo decidí hacer esa locura de llevar la contraria, me partía el alma cada reunión de docentes; todo era tristeza, angustia, desesperación y muchos otros sentimientos por la forma como nos tenían trabajando. A veces proponíamos que nos dejaran trabajar partiendo de nuestros textos, pero la respuesta fue siempre que una I. E. no podía tener dos planes de estudios. Nosotros intentábamos argumentar que Escuela Nueva y posprimaria era modelos y metodologías diferentes al área urbana, no encontrábamos eco, solo discusiones que me llenaban de angustia e incertidumbre, algunos compañeros manifestaban el deseo hasta de renunciar porque rebotaba el estrés; era un ambiente que me llenaba de tristeza e impotencia al ver a mis compañeros, excelentes docentes, con esta incertidumbre. Era muy triste cómo le estaban dando vuelta a la educación rural, la estaban sacando de su contexto, de su armonía y de todo lo que la hacía un

ambiente de aprendizaje agradable para estudiantes, docentes y padres de familia.

Con algunos compañeros docentes intentábamos hacer caer en la cuenta a la rectora que ese no era el camino para la educación rural, pero esto generaba más tensiones. La ley era clara, teníamos que llevar el plan de estudios de la I. E. Perla del Citará porque hacíamos parte de ella, no había más de otra.

En mis ansias de poder ayudar a dar solución a nuestra problemática me hice representante de los docentes en el Consejo Directivo, pero la verdad esto no sirvió de mucho, sin embargo, una vez llegó una pequeña luz de cambio llamada Alianza ERA, un proyecto público-privado que llegó para apoyar los modelos flexibles de Escuela Nueva, posprimaria y media rural. Esta alianza brindaba capacitaciones, material didáctico y muchas otras cosas para potenciar la educación rural. Como miembro del Consejo Directivo apoyé rotundamente la propuesta y también persuadí a los miembros del consejo para que aprobáramos la llegada de dicha alianza. Empezamos a sentir un poquito de aire, sin embargo, las tensiones seguían; por momentos sentíamos que se nos doblaba el trabajo porque debíamos seguir con el mismo plan, pero incorporando las estrategias de la alianza. Igual seguían las tensiones, no sabíamos ya por dónde entrar, reuniones con directivos y jefe de núcleo, pero nada cambiaba, hasta que llegó un día la noticia del cambio de rectora. Esto nos volvió a dar aire, poníamos las esperanzas en que de pronto quien llegara podría apoyar nuestro trabajo con la alianza ERA y los modelos flexibles de una mejor manera. Hubo una gran cantidad de situaciones para que la nueva rectora se posesionara, pero con un poquito de lucha se logró. El rostro de mis compañeros tenía un brillo diferente, pues soñaban con una nueva visión. Desde su llegada, finalizado el año 2019, expresó querer apoyar le Alianza ERA y la educación rural, pero no fue mucho lo que se logró estructurar frente a la forma de trabajo.

Al iniciar el 2020 reactivamos el microcentro que había quedado perdido, empezamos a estructurar algunas ideas con la nueva rectora y con la ayuda de la alianza, parecía como un aire nuevo para el nuevo año, pero llegó la pandemia y muchas de las ideas se quedaron paradas, aun así, los compañeros del microcentro siguieron realizando algunas estrategias para apoyar en el tiempo de contingencia.

Ahora llega la oportunidad de reestructurar el PEI de la institución, esperamos que esta vez la educación rural sea un punto importante dentro del Proyecto Educativo Institucional.



Voces y sensaciones de la pizarra

Adriana María Medina Jaramillo

*Institución Educativa San José de Betulia
admameja@yahoo.es*

Sí, soy yo, la inolvidable pizarra que hoy ha decidido hablar, vibrar, murmurar, revivir, cantar, repensar y, por qué no, llorar. Son mi sonora voz y mi penetrante mirada las que se convierten en protagonistas del sentir y el vivir de más de veinticinco años de experiencia por el sendero de la educación. Años que cobran vida y edifican sueños enmarcados en bloques de ladrillo, en infinitas pisadas por oscuras baldosas y recios cementos; respiros que han traspasado las fuertes rejas y las entrecruzadas mallas; donde se ha sellado la historia de vida de los estudiantes que han estado vigilados por cuatro paredes llamadas aulas, telón de fondo para crear y recrear las escenas que en estos momentos hacen parte de la obra casi finalizada de su estar en el mundo, su VIDA. Sí, soy yo, la arriesgada pizarra, la que se atreve a hablar, a contar el trasegar de una maestra que ha pasado y sigue pasando por las vidas de muchas generaciones de estudiantes y ha entrado a formar parte de las familias y de toda una comunidad; porque la llegada de un maestro es como el retumbar de una campana, que mueve las fibras de un entorno social, que, como los hilos de un tejido, se va entrelazando; es el motor de los lindos sueños y hasta de las singulares pesadillas de los seres humanos que hacen parte de la significativa tarea de educar. Es ir más allá de los aprendizajes adquiridos en una normal, es llegar a palpar todo lo que cobra sentido en el sueño de ser maestra, es el encuentro o el desencuentro con lo que llegó para quedarse en las entrañas de su ser. Dejar una familia para reencontrarse con otro ambiente familiar, porque en esto se convierte la comunidad educativa, en un nuevo hogar que va a estar presente en el acontecer de un nuevo ciclo de vida.

Sí, soy yo, la osada pizarra, que he cambiado de color, de lugar y de textura, mutante en mi esencia, protagonista de esta obra llamada Educación con Sentido. Mi esperanzador color verde ha sido cómplice de las miradas de los estudiantes que han depositado en mí sus travesuras, miradas, secretos y saberes. El color blanco también me ha acompañado en estos últimos años. Ser verde o blanca, ser de cemento, madera o acrílico no es lo que le da el valor a mi presencia en un salón de clase, es el papel que cumplo como reserva del acontecer diario de los ávidos estudiantes que están ahí, a la espera de lo que un maestro les pueda y deba brindar. Aparecer o desaparecer en la vida de los otros, pero lo más importante es que estas apariciones cobren sentido en la consolidación de felices proyectos de vida y las desapariciones se añoren y estremezcan corazones, porque no es permanecer sin sentido, es hacer que las acciones remuevan las entrañas del que está ahí y hacer parte de la obra maestra. Amar y vivir, como dice una canción, eso es, amar lo que se hace, dar con la convicción de que algún día vibrará la satisfacción del deber cumplido, y vivir para estar cosechando frutos que germinen paso a paso con los nutrientes impregnados de las experiencias y los saberes que enriquecen el ser maestro.

Sí, te aclaro, soy yo, esa audaz pizarra que ha inhalado las tristezas y las alegrías, los triunfos y las derrotas; pero sigue ahí como ese elemento inmóvil. Lo que nadie se imagina es que también sufro y lamento los lúgubres momentos, las nostálgicas despedidas y al vaivén de la vida; bailo, canto y celebro los felices instantes del diario escolar. Son los híbridos ambientes y las fortuitas llegadas de otros seres los que entran a formar parte de esta obra. Son esos otros maestros que van incorporando sus vidas en la nuestra, ese pasar dejando la impronta del saber trabajar en equipo por el rumbo de todo un escenario social. Porque así es considerada la escuela, un escenario en el que entran y salen en escena diversos personajes que tienen papel y guion establecido, con el deseo de dar lo mejor, de protagonizar la historia; unen sus voces, sus expresiones corporales, sus saberes y su esencia de ser maestros en toda la obra. Y son las miradas de muchos espectadores como padres de familia, estudiantes, entes gubernamentales y comunidad en general las que, con sus cautas posiciones, enjuician, valoran, aplauden, señalan y reafirman el papel social que debe cumplir la escuela. En esta parte de la obra se ubica como telón de fondo el municipio de Betulia, nombre de origen bíblico que significa «pueblo en medio de dos montañas, regado por una fuente de agua», ubicado en la provincia del Penderisco, región del Suroeste antioqueño, a una distancia de 121 kilómetros de Medellín; considerado pueblo de parceleros y amigo de la ecología, donde se respira el aroma del café, producto que ocupa el primer renglón en la economía; geográficamente está conformado por tres corregimientos, Altamira, Cangrejo y

Luciano Restrepo, y 39 veredas; esto implica una cultura diversa y enriquecida por la variedad de saberes ancestrales y por el despliegue de talentos en todas las artes.

Sí, soy yo, la intrépida pizarra que hoy te ubica en el municipio de Betulia, en la Institución Educativa San José, escenario donde surgen las experiencias que resignifican el valor de servir desde el campo de la educación. Institución de carácter público, cuya tarea escolar articula modelos flexibles como Escuela Nueva, aceleración, educación de adultos, posprimaria y media rural. En sus diferentes estamentos cuenta con estudiantes, docentes y padres de familia que conforman grupos muy diversos, lo que posibilita el intercambio de conceptos, ideas, pensamientos, valores, mitos y prejuicios, propendiendo de esta manera por la cultura de la inclusión social. Direccionando todos los esfuerzos al cumplimiento de la misión, como institución que ofrece los niveles de preescolar, educación básica y educación media, forma seres humanos en la vida y para la vida, autónomos, competentes y protagonistas de su propio desarrollo y el de sus familias en un mundo globalizado; formación que les permite descubrir la plenitud de su ser mediante la sana convivencia, consigo mismos y con el otro, para trascender en su entorno a través del fortalecimiento de valores, desde una pedagogía fundamentada en el aprendizaje colaborativo y la solución pacífica de conflictos.

Sí, soy yo, la valiente pizarra que hoy te ilustra sobre la historia institucional que he tenido por años plasmada en mi ser. Las palabras clave como gestión, trabajo colaborativo, asertividad y convenios han reavivado el valor de soñar en grande; es por ello por lo que la institución, desde su proyecto educativo, ha sorteado las mejores escenas, y en algunos momentos no tan satisfactorias, porque también tocó a nuestra puerta la inolvidable violencia de los años noventa.

La obra continúa, las escenas deben seguir su curso y los personajes continuar con el accionar de los guiones y ver cómo involucran otros más; sentir que la obra cobra significado en toda una comunidad. Proyectar la institución hacia el trabajo con el sector rural y urbano y establecer convenios interinstitucionales con las administraciones municipales que llegan con cada periodo de gobierno, con el Comité de Cafeteros de Antioquia, la Empresa Social del Estado Hospital Germán Vélez Gutiérrez, la Universidad de Antioquia, la Universidad Uniminuto, el Tecnológico de Antioquia, entre otras; trabajar para que los procesos educativos coadyuven en la solución de las necesidades y las problemáticas de la comunidad y el mejoramiento de su calidad de vida; transformar sustancialmente las relaciones intersectoriales creando un ambiente de participación democrática y colaboración eficiente, una gestión comunitaria centrada en la realización de actividades culturales, recreativas, deportivas

y académicas con los diversos estamentos para promover la inclusión, la motivación a los estudiantes en situación de vulnerabilidad para que tengan la oportunidad de representar la institución, desarrollar eventos de apoyo familiar para fortalecer las habilidades colaborativas.

En toda esta historia que está inmersa en el devenir educativo, gestionar y salir de los recios muros ha sido una ardua tarea, respirar el aroma de los cafetales, impregnarse del verde de las montañas, cruzar caminos y calles, visitar otras instituciones, tocar las puertas y los corazones de otros seres que más tarde harán parte de la obra.

Sí, soy yo, la alegre pizarra que sin desconocer la trascendencia de las otras gestiones de calidad del proyecto educativo, como la Directiva, Administrativa y Financiera y la Académica, hoy pretendo hacer que mi voz sea escuchada desde el revivir de las memorias institucionales que hacen parte de la gestión de la comunidad, donde se bifurcan los esfuerzos hacia el préstamo de las sedes, el apoyo en personal psicosocial, la celebración de fechas especiales, la semana de la juventud, las olimpiadas deportivas y culturales municipales, la feria de la ciencia y del emprendimiento, el servicio social estudiantil, las campañas de prevención, el portafolio de servicios y el gran apoyo a proyectos institucionales. Son, entonces, todas las áreas del conocimiento que entran a formar parte de los guiones con cada uno de los proyectos; igualmente, se focaliza su interés en el desarrollo de las fiestas institucionales, realizadas en honor al patrono san José, modelo de virtudes, como reza en el himno:

Oh, grandioso Liceo San José, amo yo por instinto tu regazo, eres templo inolvidable para mí, de tus nobles entrañas soy pedazo. San José es el nombre que tú llevas, fue elegido hombre de valor; nos invita a vivir con armonía, él guiará nuestras clases con amor.

Destacar los actos religiosos y culturales, cuyo centro de atención es regido por el esperado desfile de luces que cada 19 de marzo, deja huella en el corazón de cada espectador. Ha sido la creatividad de cada grupo, la gestión de los directivos, el compromiso del gobierno escolar, el apoyo interinstitucional y el sentido de pertenencia lo que ha caracterizado este desfile de luces, como destellos de sabiduría, enmarcados en el lema institucional: «Consagrar la vida a la verdad». La proyección comunitaria sigue cobrando vida en varios escenarios y cómo no reconocer la participación en Corpus Christi, liderada por la parroquia Inmaculada Concepción y las acciones comunales, las Fiestas de la Cosecha que son el referente del emporio cafetero y las Fiestas de la Antioqueñidad, en las que se involucran todas las instituciones municipales y se vibra con las tradiciones del departamento.

Sí, soy yo, la tradicional pizarra, y como no traer a mi memoria, dentro de la Gestión Comunitaria, la creativa Semana del Idioma y la Cultura, con seis ediciones —2008-2014— de alegrías, dudas, afanes, aprendizajes, llantos y grandiosas satisfacciones de poder llegar a cada uno de los barrios con un programa cultural, cuyo tema central es la representación de una obra literaria y, en varias oportunidades, poder acudir a la cita en el recinto de la Cooperativa de Caficultores para disfrutar del teatro, la danza, la poesía y la cuentería. Han sido los habitantes del área urbana y rural del municipio, de generación en generación, los que han fortalecido la cultura, cuyo primer escenario ha sido el aula de clase y la participación a nivel departamental con nuestra obra en el evento Antioquia Vive el Teatro. Cabe destacar también como experiencia significativa del 2018 el proyecto institucional Tienda Semillas Lectoras, una idea de negocio en la que cobra vida una biblioteca convertida en una tienda que presta sus servicios en las sedes educativas rurales y urbanas de Betulia, pero su centro de impacto es la Institución Educativa San José. Es así como el 28 de octubre de 2014 surge la idea de aprovechar la Colección Semilla, donada por el Ministerio de Educación Nacional en su plan de lectura y escritura Leer es mi Cuento. Los accionistas más destacados han sido niños, jóvenes y adultos mayores que se han convertido en vendedores y compradores del más preciado tesoro: el conocimiento.

Sí, soy yo, la actual pizarra, la que también vive la incertidumbre por la covid-19, la que se atreve a contar que tras la llegada de la inesperada pandemia nos seguimos proyectando como institución y con el apoyo del programa radial Vida, salud y educación, estrategia implementada para fortalecer el estudio desde casa en tiempos de cuarentena; estudiantes, padres de familia, docentes y directivos son los actores principales. El programa se transmite todos los jueves a las 11 a. m por la emisora comunitaria Betulia Estéreo, transformando la educación en verdaderos actos de amor con temas como el autocuidado, la preservación de la vida, el acompañamiento familiar y los saberes de cada área. Es poder continuar con un servicio educativo contextualizado y flexibilizado de acuerdo con las necesidades de nuestras familias. Es por ello por lo que se brindan recursos como los módulos impresos, en los que se identifican los aprendizajes significativos y se unen esfuerzos por brindar una educación centrada en el valor de la vida.

Sí, soy yo, la inolvidable pizarra que todavía sigo ahí, viendo cómo la Institución Educativa San José, desde diversas líneas de acción, se empodera de su función social, con un proyecto educativo centrado en la sana convivencia y el vivir, dejando huellas en el existir de toda la comunidad betuliana.



Haciendo realidad los sueños

Ruth Yamile Jiménez Jiménez

*Centro Educativo Rural La Guamala - Sede San Martín de Porres
admameja@yahoo.es*

Mi nombre es Ruth Yamile Jiménez Jiménez, soy docente en Betulia, pero mi lugar de nacimiento y residencia es Urrao. Nací en una familia de diez hermanos, con una madre maravillosa y un padre alcohólico y maltratador; éramos muy pobres debido a la adicción de mi padre. Desde pequeña mi sueño fue ser docente, por lo tanto, nos reuníamos con mis hermanas y primos y yo era la maestra de todos, nos distraíamos jugando a la escuelita, para así olvidar los gritos de mi padre, sus insultos y la renegadera cuando llegaba del trabajo, casi todos los días borracho.

Cuando mi madre me ingresó a la escuela, yo inicié con mucho entusiasmo para aprender, pero lloraba todos los días porque no quería separarme de ella; al llegar a la escuela, mi profesora de primero y segundo, Mariela Gutiérrez, me sentaba en sus piernas, me abrazaba fuerte y me mimaba para que no llorara más, me calmaba con palabras de aliento y, como yo aprendía tan rápido todo, me ponía a colaborar explicándoles a mis compañeros. Yo, feliz, lo hacía y así se me olvidaban mis tristezas. Yo la adoraba porque era una maestra maravillosa. Al regresar a mi casa llegaba contenta a realizar mis tareas.

Al terminar mi primaria, ya con muchas expectativas de emprender un nuevo rumbo de aprendizaje, siempre con el apoyo de mi mamá, tratamos de matricularme en una de las instituciones de bachillerato, pero era costoso y no teníamos recursos porque a mi papá no le interesaba el estudio, no lo veía importante para el futuro de sus hijos. Yo ocupaba el séptimo lugar entre los diez, mis hermanos mayores se vieron obligados a tra-

bajar desde pequeños por falta de oportunidades de estudio. Mi interés más grande era estudiar y ser alguien en la vida, poder realizar mis sueños y sacar adelante a mi familia siendo docente. No se pudo en ese año escolar, me quedé en casa ayudándole a mi mamá y llevándole desayuno y almuerzo a mi papá y hermanos a sus lugares de trabajo.

Al siguiente año, con el apoyo de mi madrina de bautismo, pude matricularme en la Normal Superior Sagrada Familia de Urrao, por fin continué mis estudios y pude hacer lo que me gustaba. En medio de una pobreza grande, pero con el acompañamiento de mi mamá y madrina, pude vencer los obstáculos, en compañía también de unos profesores excepcionales y unos compañeros geniales. No se vio ningún tipo de bullying o humillación por las condiciones económicas de los estudiantes. Fueron años extraordinarios y me refugiaba mucho con las monjitas, trataba de dar lo mejor de mí para obtener unas notas sobresalientes y no quedar pendiente en materias. Escribía con una letra muy pequeña para ahorrar cuadernos y así me sirviera para el año siguiente y cuando encontraba lápices que los compañeros botaban los recogía para utilizarlos. Mi mamá dejaba de comprar arroz cuando yo tenía que llevar algún material o debía dar dinero para algún compromiso estudiantil. Así se fueron pasando los años de secundaria cada día con más responsabilidades y deseos de ser profesional.

Al graduarme, uno de mis hermanos mayores fue el que me dio el dinero para pagar el derecho de grado. Continué el ciclo complementario con el apoyo de mi compañero, quedé embarazada y no fue impedimento para que siguiera mis estudios competitivos. Tuve a mi niño en septiembre del 2000 y me gradué en diciembre del 2001. Me dediqué a mi hogar mientras conseguía trabajo. El 16 de marzo del 2003 empecé a trabajar por contrato en el C. E. R. Vásquez, de Urrao, enseñando a población afro en zona de difícil acceso, a tres días de camino en una época muy dura y de violencia. Salía de la escuela a mi casa cada mes de feria y me quedaban cuatro días para regresar nuevamente a mi sitio de trabajo, porque laboraba hasta los sábados para poder estar en mi casa esos días. Mi hijo no me reconocía cada vez que me veía, me daba mucho dolor ver que me ignoraba, pero tenía que continuar y responder al contrato. Fue un tiempo muy duro, estando allá, asesinaron al gobernador y su asesor de paz a unas cuantas horas de donde trabajaba; la impotencia, la tristeza y el coraje se sienten por tantas cosas vividas. Adquirí mucha experiencia, conocí unos seres fantásticos en un ambiente y cultura ajenos al mío, personas que defendí con el alma y el cuerpo de los castigos de sus padres y del profesor, no consentía que nada malo les hicieran, mis estudiantes eran mi motor y la razón de estar en ese sitio.

La entrada o la salida de allá eran muy críticas, en medio de combates, encuentros con los grupos subversivos, me enviaban mensajes con los estudiantes y, si no les respondía, amenazaban a los niños o les pegaban; tuve varios enfrentamientos con ellos y les advertí que con mis chiquitines no se metieran, que ellos no estaban solos. Como había centro de salud, cuando la enfermera no estaba me obligaban a que les sacara sangre o balas, también me forzaron a hacerles de comer una noche porque llegaron huyendo del ejército y se refugiaron en la escuela. Cuando los encontraba en los caminos me decían que me despidiera de la familia porque ya no los iba a volver a ver y que me iban a dejar con ellos, que yo era una mujer fuerte y que nada me iba a faltar a su lado, los comandantes me decían que me casara con ellos o que me fuera con alguno de ellos para ponerme a vivir como una reina y que no tuviera que volver a trabajar. Yo me defendía y les discutía por todo, hasta hacerlos callar, pero el acoso y la obsesión se acrecentaron tanto que tomé la decisión de quedarme dos meses de lleno allá para salir del todo y no volver. La situación era cada vez más difícil, la comunidad se fue desplazando para Murri y Chocó, me fui quedando muy sola, porque el docente que trabajaba conmigo allá se iba para donde la esposa a Murri y yo trabajaba con los estudiantes que quedaban; amanecía sola en la escuela, donde espantaban y se sentían ruidos y gemidos muy temerarios.

En mayo del mismo año, luego de haber pasado el suceso del gobernador y su asesor de paz, las personas de la comunidad nos mandaron decir que no nos fuéramos todavía por los combates, pero el jefe de núcleo dijo que nos iba a reportar y que le teníamos que responder con el contrato pasara lo que pasara, que a él no le importaba lo que sucediera con nosotros. Nos tocó irnos, pese al contexto. Yo llevaba alimentos para los dos meses que me faltaba para culminar mi contrato y los víveres del restaurante escolar y otros que me había encargado el profesor que trabajaba conmigo; cuando llegamos al final del recorrido nos tocó dejar todo a guardar en un negocio e irnos con lo que podíamos llevar dentro de nuestros morrales, ya que la persona que salía por nosotros no lo pudo hacer debido a los ataques entre los uniformados.

Fueron tres largos y tristes días. Mi padre siempre me acompañaba para ir y salir de allá, porque se conocía todo el recorrido, puesto que era jubilado del Municipio y por muchos años le tocó hacer las escuelas, enmallados, baños o patios de recreo y se conocía los caminos, pero en esta ocasión ya no me acompañó más, el día anterior se embriagó y lloró, impidiendo que yo volviera a la escuela por los peligros que estaba enfrentando y que no tenía que pasar por todo eso, de todas maneras ya me correspondía terminar mis compromisos pasara lo que pasara, yo me encontraba en un ambiente desesperante, por un lado mi fami-

lia, mi integridad y seguridad personal y por el otro mi empleo. Por fin llegué al destierro de la escuela, estaba el compañero de trabajo con sus hijos esperando a que llegara porque estaban aguantando hambre, recalenté y repartí el fiambre que mi madre me había empacado y que había llegado vinagre al sitio; por las jornadas tan duras de camino y la lejanía, así lo consumimos, esperando que el muchacho encargado de salir por las cosas las llevara pronto, mas los días fueron pasando y nos comimos lo que llevaba en mi bolso, que no era mucho. Una señora de la comunidad me regaló tres bananitos para que no me enfermara por aguantar hambre, así es que los dividí para tres días, mordía y tomaba agua, anhelando la llegada de los alimentos. Pasaron dos semanas y media y llegó el joven, con los caballos vacíos y una carta que me habían enviado los grupos al margen de la ley diciendo que ahí me mandaban los sobraditos, que me querían mucho, que estaban muy enamorados de mí, que recordara que de allá no podía volver a salir después de vacaciones y que pronto nos volveríamos a ver, que se habían llevado los mercados porque estaban aguantando mucha hambre. Después de esto se cayó la moral, me sentía secuestrada, sola y sin apoyo de nadie, mucho menos de mis jefes inmediatos, tenía que continuar de alguna manera y pasando las necesidades más grandes.

No había ni frutas para consumir ya, los niños no tenían esperanzas de alimentación y el único refugio fui yo por varios meses, ya la situación estaba por iguales condiciones de desamparo. A las dos semanas apareció de repente mi papá, en una visita inesperada pero salvadora y apropiada. Después de llevar cuatro semanas y media sin tener acceso a provisiones, me encontré en condiciones deplorables, me preguntó qué pasaba, pero yo le ocultaba todo. Viendo el fogón apagado y las ollas vacías me pidió que le dijera la verdad. Después de hacerle almuerzo con la comida que llevé, le conté todo lo que había pasado y me dijo que empacara, que yo no tenía por qué pasar por todo eso y que debíamos estar pronto en casa. Yo le dije que no podía porque aún me faltaban unas semanas para terminar el bendito contrato, que más bien nos quedáramos hasta que se terminara lo que él había llevado y cuando todo pasara ahí si nos íbamos, aprovechando que la enfermera había renunciado y lo habían encargado de llevarle sus cosas y elementos de enfermería en una mulita que ella tenía, para así yo sacar las mías.

Llegó el día de salida una semana después. Uno de los niños me rogó que me lo llevara para mi casa porque quién lo iba a defender; su papá lo maltrataba mucho. Yo le explique todo y me dio mucho pesar, qué iba a ser de todos estos niños y jóvenes; pero ya no había marcha atrás. Nos encontramos en las jornadas de camino a varios grupos de insurgentes que preguntaban que cuando regresaba y yo les respondía que el 20 o 21 de julio y que si no volvía era porque contrataban a otra persona, ellos decían

que tenía que ser yo porque o si no se metían a la alcaldía a pelear. Los evadí todo el tiempo, tantas eran las ganas de llegar a mi casa que no me importó el camino y la lejanía, alquilamos unos caballos y, en un día, hicimos lo que se hacía en dos, llegamos hasta un hospedaje, nos atendieron muy bien, pero yo no dormí por mis deseos de estar a salvo y con mi familia.

Muy madrugados llegamos hasta la terminal, mi papá debía continuar el camino en la mulita y yo en el bus escalera, como llegamos tan temprano el carro se demoró mucho y cada vez más se acercaban muchos grupos de ese bando ilegal, reuniéndose y me señalaban, cuando yo escuché el ruido del carro no espere a que parara si no que me tire, para estar segura, el carro reversó y de una prosiguió el recorrido, ellos lo hicieron devolver y le hicieron recomendaciones sobre mí al ayudante, más adelante, nos detuvo otro grupo en otro sitio y le dieron la orden al chofer de entrar a esa vereda a recoger unos muertos, había que cruzar un puente que estaban reconstruyendo porque ellos mismos lo tumbaron con dinamita, el carro pasaba y las tablas caían al río, una señora que iba a mi lado me decía que eso daba mucho miedo, pero yo lo único que pensaba era que no me fueran a dejar allá y que tuviera la oportunidad de llegar a mi casa. Llegamos hasta donde tenían cinco cadáveres, al ver que el carro llevaba tantos productos y personas no hicieron bajar a nadie y desistieron, nos hicieron devolver y los subieron a un camión.

Gracias a Dios, llegué a mi casa, no lo podía creer, lloraba de la alegría y el asombro, me sentía extraña, me miraba la piel y la sentía oscura, el sol me fastidiaba, todos en mi casa llenos de emoción por tenerme ahí y más porque sabían que volvía para no regresar allá. Esperamos a que papá llegara y ahí sí la felicidad fue completa. Empezó el cansancio y dolor en todo el cuerpo debido al esfuerzo del viaje, me daba mucha dificultad ponerme de pie y dar un paso.

A los tres días llegó a mi casa el compañero de trabajo diciendo que el jefe de núcleo estaba muy enojado porque yo me había venido faltando unos días para terminar el contrato. Me le presenté con mucho sacrificio, puesto que me costaba mucho caminar, le ofrecí disculpas contándole parte de lo que había vivido, porque estaba muy disgustada por su inhumanidad, le di los agradecimientos y renuncié. Él me rogó mucho, me ofreció muchas oportunidades para que continuara allá y que al año siguiente me ubicaba en una escuela cercana, pero yo volví a agradecerle y no acepté, tenía que ver por mi seguridad y libertad, por mi integridad personal. Me hizo escribir una carta, se la presenté y me fui. A los días, llegó a mi casa el jefe de núcleo del municipio de Betulia a ofrecerme trabajo en una de las escuelas de allá, nos quedamos de encontrar en un sitio para recibir instrucciones, pero cuando lo estaba esperando con mi niño, se me

acercó una persona perteneciente a un grupo ilegal y me dijo que me querían mucho, pero que no me quería ver allá con ellos, que tenían un carro listo para llevarme y que como estaba con mi hijo mucho mejor, para que estuviera acompañada, pero que estaban esperando una distracción para raptarme, que si tenía la oportunidad me escapara. Disimulé, entré a un supermercado y, por la parte de atrás, llamé un taxi y me escapé para mi casa, esa noche me toco tirarme por un solar para la casa de un tío y amanecer allá por si de pronto llegaban por mí.

Ya me daba mucho miedo salir, mi papa había hablado con el jefe de núcleo de Betulia y le contó lo sucedido; él me dejó razón de que me presentara el 20 de julio a firmar contrato. Trabajé cuatro meses en Vásquez debido a la presión de esas personas, y el 20 de julio me presenté en Betulia, firmé mi contrato y me fui a laborar a la escuela El Cuchuco. Como había presencia de grupos paramilitares, los guerrilleros no pudieron entrar allá. Trabajé muy satisfactoriamente por un año y me sentía en la gloria debido a que las condiciones eran otras, a pesar de que el otro grupo también ejercía su mando y quería hacer su voluntad, los puse en su lugar para poder trabajar en paz. Ya me encontraba en provisionalidad, pero figuraba en el C. E. R. Piñonal, entonces me ubicaron en esta escuela, no me despedí de la comunidad de El Cuchuco porque no hubo tiempo ni lugar.

Tenía con los estudiantes y la comunidad muchos planes para realizar juntos, cuando llevaba tres semanas me trasladaron internamente para el C. E. R. Julio Giraldo. Como ya estaba embarazada de mi segundo niño, el jefe de núcleo y el alcalde me decían que me iban a mejorar las condiciones porque estaba más cerca del casco urbano. En este establecimiento trabajé nueve años, tiempo en el que se forjaron unos lazos grandes de amistad con toda la comunidad educativa en general. Me gane el respeto y el amor de todas las personas; el personal fue aumentando cada día más, la gente me consideraba un todo allá, hacía parte de cada uno de ellos.

Yo era la primera en todo, enseñé comportamiento, normas, respeto, convivencia, en este tiempo nacieron mis gemelos y otro niño más, así alcancé a tener cinco varones, cada uno de ellos estuvo conmigo en la escuela durante el tiempo de lactancia y la comunidad me ayudaba mucho con ellos. Yo vivía en la escuela o, mejor dicho, en las escuelas donde laboraba, por la lejanía y la falta de vehículo para el desplazamiento. Tenía mucho trabajo en esta escuela y la carga académica era exagerada, pero yo era feliz, mis estudiantes muy receptivos, una comunidad envidiable y tanto tiempo compartiendo tristezas y alegrías. Como siempre, entregando alma, vida y corazón por mi profesión que amo y con la tranquilidad que no tiene precio, ese sentimiento de libertad y de no sentir temor de nada.

En el 2011 estaba en el cementerio de Urrao limpiando la bóveda de mi hermano menor que murió ahogado estando ya trabajando en el C. E. R. Julio Giraldo en el 2006 y llegaron cuatro sujetos de ese grupo que me acosaba; empezaron a perseguirme, pero gracias a Dios no pudieron atraparme. Nuevamente, a estar encerrada cuando estaba en casa, yo me iba a laborar los lunes de madrugada y regresaba los viernes en la tarde o en la noche a mi casa. Cuando estaba en El Cuchuco me tenía que ir desde los domingos para regresar los viernes en la noche. Este grupo armado trató de mil maneras de privarme de mi libertad, no hallando posibilidades. Pusieron a dos guerrilleras a custodiarme dos meses para ver de qué forma podían hacerme daño y tampoco lo lograron.

Llevo todos estos años pidiendo traslado para Urrao, pero como docente en propiedad, ya que, en el 2004, cuando tuve mi segundo niño, a los días fue la presentación del concurso para vinculación y lo aprobé, trayéndome grandes logros y posibilidades de ir progresando más. Ya con todos mis hijos, sin poder estar con ellos y mi esposo, me dediqué a pedir traslado año por año desde que tuve los gemelos, pero no he tenido suerte. Llevo diecisiete años y medio ejerciendo mi profesión con mucho cariño y orgullo en Betulia, pero alejada de mi familia, que son mi todo, la razón por la que lucho y me levanto cada día. Mi madre es mi pilar, mi base y ejemplo a seguir, siempre ha estado conmigo, celebrando mis triunfos. Hice mi licenciatura, mi especialización y mi maestría con sacrificios, pero esto es lo que me gusta y mi motivación de perfeccionamiento siempre.

En el 2013, el alcalde en Betulia se dedicó a hacer persecución a todos los docentes; hacia traslados porque sí, porque él era «el que mandaba», eso decía. Entonces, empezó a mover internamente a todos para donde quiso, luego me llegó el rumor de que me iba a trasladar a mí también para más lejos, lo confronté y se negó, pero cuando le pregunté las razones, me dijo que él hacía lo que le daba la gana, que por eso mandaba y que esperara las notificaciones. Lo enfrenté y lo empujé, le dije que aprendiera a tener pantalones, a ser honesto y que tranquilo que yo para donde fuera iba a estar muy bien, pero que a él le faltaba poco para entregar y que las puertas le iban a quedar cerradas; se subió al carro con los guardaespaldas y salió huyendo, a la semana siguiente me mandó llamar para que le firmara y le dejé dicho que el enfermo busca al médico y no fui, trató de una y mil maneras de hacerme firmar con sus empleados, pero yo evadía, porque ya me había comunicado con Secretaría de Educación y me dijeron que hasta que no dieran la orden no me podía mover de mi plaza. Con la ayuda del jefe de núcleo, quien había estudiado Derecho, hicieron las notificaciones de traslado argumentado en las leyes y de esta manera nos pudieron mover a los que faltábamos.

La comunidad se indignó, muy educadamente se remitieron donde el alcalde y el jefe de núcleo una comisión muy considerable con memorandos para que no me sacaran de allá, pero no lograron sino que se burlaran de ellos y les tiraron los papeles en sus pies, les dijeron que si seguían peleando por mí ,me iban a mandar lejos del municipio donde no pudieran volver a verme, al otro día me tocó empacar en medio de una tormenta y en la oscuridad porque se había ido la luz, el alcalde fue a la escuela y dijo que cuando llegara la que me iba a reemplazar que era una docente contratada ya no podía estar. Dejó en la mayoría de las escuelas a los docentes contratados y a los vinculados que llevábamos muchos años de experiencia o dentro de las sedes nos sacó sin ninguna consideración. La despedida fue mortal, lloramos como si se hubiese muerto un ser querido, me hicieron calle de honor y de los 120 estudiantes se fueron retirando de la escuela hasta el punto de quedar la mitad.

Yo ya estaba en Las Ánimas, donde hay pocos estudiantes y la cobertura no es segura; no había estudiantes suficientes para ser atendidos por el compañero profesor y yo, pero el alcalde dijo que no había problema, me tocaba subir una loma de una hora con mis cosas y mi niño pequeño al hombro, hasta que los jóvenes de la vereda empezaron a llevarme caballo o a ir por mí para ayudarme; yo extrañaba mucho la comunidad y los estudiantes, todos los días me llamaban a saludarme y a darme quejas de los tratos que les daban las profesoras a cargo, yo me ponía a llorar y a lamentarme de la situación, pero mis nuevos estudiantes me decían que ya no me iban a dejar ir, que me querían más que a los demás. Yo no me resignaba y contaba todos los días a mis nuevos educandos porque creía que me faltaba más, tenía a mi cargo quince, después de que en la otra escuela eran más de sesenta durante todos los años que trabajé allí.

Al cabo de los días, me di cuenta de que el alcalde estaba arrepentido de mi traslado porque la escuela iba decayendo y los estudiantes eran cada vez menos, entonces pensó en regresarme de nuevo, pero la secretaria contó y él se dio cuenta, entonces la suspendió del trabajo y me dejó en Las Ánimas un poco más, porque luego empezó con la persecución nuevamente y como el personal no daba para los dos docentes recurrió a trasladarme aún más lejos. Yo no me dejé, volví a comunicarme con Secretaría de Educación de Antioquia, les conté la situación, fui personalmente a la gobernación, me dijeron que si en Urrao encontraba una plaza vacante les avisara para trasladarme, pero difícil, porque siempre han acostumbrado a guardar plazas vacantes buenas para ellos ocuparlas con los docentes que tienen en mente.

Me dijeron que no tenían proyectos en mano de Betulia, pero que ellos debían dar la orden, porque son los que mandan. Todos

los días me llamaban a ver si ya estaba laborando en la escuela que tenían predestinada, se llegó el momento en el que ni el compañero ni yo respondíamos las llamadas porque nos tenían estresados. Pasamos parte de los últimos meses del 2013 y todo el 2014 en esa lucha y acoso laboral, el alcalde decía que me iba a mandar para el hueco más feo que tuviera Betulia; entrando en la escuela Las Ánimas me enfermé mucho por el polvo, me dio rinitis, un caballo me tumbo dejándome secuelas de dolor en la columna y la cintura; no pude ir a tiempo donde un médico porque no nos daban permisos.

En marzo de 2015, un jueves a las 6:00 p. m., recibí la llamada de Julio Blandón, funcionario de la Secretaría de Educación, para decirme que el traslado ya estaba listo y que al otro día debía presentarme a primera hora en la sede San Martín de Porres a prestar mis servicios. Yo le respondí que era imposible, que me encontraba de polo a polo, que esa no era hora de trabajo para hacer esa clase de llamada y que por más que tratara de llegar no lo lograría. Entonces me dijo que estuviera tranquila, que me comunicara con mis jefes inmediatos y que realizara mis actividades pendientes del día siguiente y me presentara a trabajar a la otra escuela el lunes de Pascua. Así fue, salí callada de la vereda, no le dije nada a nadie porque me daba mucha tristeza dejar a mis niños y a la comunidad que fue tan querida con nosotros. Llegue a laborar a San Martín de Porres el 6 de abril de 2015 y allí estoy desde ese entonces, muy contenta, con pocos niños, pero estoy yo sola en mi escuela sin peligros de que sobre y ya me van a sacar, siempre con la esperanza firme de que me resulte traslado, porque ya mis hijos están muy grandes y yo no he podido disfrutarlos mucho. Amo a mis estudiantes y adoro mi comunidad, pero mi familia es única, en febrero de 2020, uno de mis gemelos se me enfermó, algo sorpresivo que nunca lo esperábamos, porque ellos nunca han sido enfermos; estuvo entre la vida y la muerte, fue intervenido quirúrgicamente en su cerebro dos veces y una por otorrinolaringología, no había probabilidades de vida o de que quedara completamente sano, pero como Dios es tan grande, me hizo el milagro y tengo a mi niño conmigo después de haber pasado con casi tres meses en la unidad de cuidados intensivos del Hospital General de Medellín.

Doy gracias a Dios, a la vida, a mi familia y todas las personas que he tenido la oportunidad de conocer, porque he crecido con todos y mis logros se los dedico a su apoyo.



El profesor Ricardo

Sergio Hugo Ramos Ocampo

*Institución Educativa Rural La Sucre
skidroud@hotmail.com*

El ulular del claxon de los vehículos se sienten por doquier; Ricardo, sentado frente al ordenador, termina de preparar su clase de español para mañana, el bullicio de las afueras no le desconcentra, pues ya está habituado, como a todo, digamos; se acostumbró a la algarabía o, más bien, a los alaridos de los estudiantes en la mañana, en la entrada al colegio, en el salón, en el descanso, en el otro descanso; en suma, en toda una jornada. Se acostumbró a tomarse un café antes de iniciar clase —de alguna forma, esto lo reanima, le da una especie de poderes especiales que le permiten desenvolverse como «filósofo clásico» en el aula con sus estudiantes—; se acostumbró, además, antes de iniciar la primera clase de la semana, a apostarse a la entrada del salón para observar con parsimoniosos ojos el semblante de cada estudiante —esto lo hacía con el fin de auscultar el ánimo con que llegaban a clase el primer día de la semana sus alumnos y, así, saber qué estrategias didácticas y pedagógicas debía aplicar para suscitar interés en ellos—, seguidamente repartía a cada uno prospectos reflexivos —como él los llamaba—; eran fragmentos, extraídos de obras literarias, películas, pensamientos propios que Ricardo, en su época de estudiante universitario, fue recopilando. Con estos daba una especie de preámbulo a la sesión de clase y predisponía a sus estudiantes a tomar una postura crítica durante esta.

Para Ricardo es el tercer año en la Institución Educativa y es su única experiencia como docente del área de Español y Literatura. Su gratitud por dicha institución es deferente y afable, pues esta le ha permitido forjarse como profesional y ser humano. En los últimos años, el nivel académico de los estudiantes ha decaído.

do, y esto es de gran preocupación no solo para Ricardo, sino, también, para toda la comunidad educativa, pues la institución se ostentaba como una de las mejores de la región. Desde hace un tiempo, la violencia ha venido golpeando sigilosamente a la población; mucho antes, este lugar era pacífico y turístico, toda su gente gozaba del progreso, la cultura y la economía. Empero, la violencia con sus brunas falanges se dejó entrever en las calles del pueblo, ya nada era igual, las miradas de su gente se atisbaban lánguidas y pusilánimes. Lo que alguna vez fue el sonido de un pitillo de «bombón» en las ruedas de una bicicleta, ahora se ha convertido en el tableteo nocturno de un arma de fuego. Ricardo no duerme tranquilo, la noche pasada tuvo una pesadilla en la que estaba en su pueblo trabajando en la estación de gasolina, cuando a lo lejos observaba cómo llevaban amordazado a un campesino, para más adelante asesinarlo a sangre fría y dejar su cuerpo, ya no febril, en la puerta del cementerio.

Ricardo había presenciado latentemente la escena, pues en sus aires de niñez, siguió a los malhechores hasta el fin del suceso, una vez que el cuerpo inerte se desprendió de la vida y se golpeaba frenéticamente en el pedregoso suelo, los ojos de aquel moribundo se conectaron de manera selecta con los ojos de Ricardo. En ese momento, un sobresalto interrumpió el grave sueño, el impertinente despertador análogo hacía su dramática aparición en lo sombrío de la madrugada, prorrumpiendo el silencio de la habitación. Ya era hora de prepararse para ir a estudiar, ¡a trabajar!, pero a Ricardo le gustaba decir estudiar, porque, realmente, esa es la tarea de un profesor, estudiar el salón de clase, a sus alumnos, al andamiaje social que les rodea.

En la jornada de hoy, a los estudiantes se les citó un poco tarde, pues los docentes habían dispuesto algunas horas para reunirse con el fin de disertar algunos asuntos, entre ellos, el desempeño de los estudiantes. Uno de los profesores, el de Sociales, comentaba acerca de la evaluación de final de periodo, objetaba que esta no estaba diseñada según el contexto y que la mayoría de sus estudiantes habían perdido la prueba. Ricardo pensaba igual, y propugnaba por cambiar la estructura del currículo de la institución, innovar el PEI, articular el trabajo de los profesores, pues cada uno trabaja por su cuenta. Entre otras objeciones y puntos de vista, el rector de la institución corrió su silla y trastocado afirmó:

—Llevo en esta institución casi desde que se fundó, y es la primera vez que escucho tales declaraciones, además, por algo se nos reconoce como una de las mejores.

—¡Sí, es cierto!, pero como explica usted, hay un bajo nivel académico reciente de la mayoría de los estudiantes, y se debe tener presente que ya nuestros alumnos no hacen parte solo del casco urbano. Si analizamos el censo estudiantil, 70 % de ellos

son desplazados. Lo anterior dicta que, si los tiempos cambian como las personas, la educación también debe hacerlo, debemos ser inventores constantes, así como el carpintero constructor de puertas de madera, que a simple vista es siempre la misma, pero si se observa con detalle, siempre tendrá un grabado diferente. Por ello, las circunstancias actuales nos reclaman que debemos cambiar la infraestructura pedagógica de nuestra institución, y se debe empezar por cada uno de nosotros, pues, como bien se vislumbra, cada quien es ensimismado en su trabajo, se supone que somos los moldeadores de la conciencia de los jóvenes que discurren por estas paredes, pero con nuestro ejemplo individualista y con la pereza mental con que iniciamos la semana no mostramos afable ejemplo —respondió Ricardo.

Hubo breve silencio en la sala, el coordinador elevó su brazo y pidió la voz:

—Señor rector, con su respeto debo decir que también estoy de acuerdo con las palabras de los docentes, debemos replantear nuestro sistema educativo y organizarnos democráticamente, es decir, debemos remar juntos en el devenir del conocimiento, pues la marea está alta y se necesita la ayuda de muchos para sobresalir y no subyacer.

De improviso, una gran bulla de voces alejó la concentración de la reunión, a lo lejos se veían algunos estudiantes alrededor de otros que estaban concéntricos debatiéndose a golpes, el coordinador, atendiendo a esto, salió del recinto con vehemente presteza, llegó a la muchedumbre y, categórico, apartó a los dos estudiantes que en singular afrenta se pronunciaban fuertes palabras. El suceso acortó de inmediato la reunión, los profesores se dispusieron ipso facto a volver a sus habituales labores, los últimos en salir fueron Ricardo y Alfredo, el profesor de Sociales.

Alfredo, como Ricardo, era también un poco novato en la docencia, tan solo en su devenir profesional transcurría el segundo año, empero, era un buen maestro por vocación e inteligente en su oficio; los dos colegas habían compartido poco, a pesar de llevar casi el mismo tiempo en la institución, solo se hablaban en reuniones y jornadas pedagógicas, pero, en cierta forma, esta reunión para los dos fue algo diferente a muchas otras. Alfredo le habló a Ricardo para que siguiesen concertando sobre sus ideas después de la jornada, esto intimidó un poco a Ricardo, pues siempre se ponía nervioso con personas que apenas estaba conociendo, pero a la vez le suscitó esperanza por buscar un aliado en pro de resolver los conflictos de la institución. La única persona con la que hablaba abiertamente era la profesora Susan, de Inglés. Los dos, hacían una buena pareja de maestros —sentimentalmente también, ambos eran jóvenes y con visión—, se apoyaban mutuamente en su trabajo.

Después de terminar la jornada, Ricardo se encontró con Susan y le habló acerca de Alfredo, le vaticinó que podrían desarrollar un buen grupo de trabajo y la invitó al encuentro con el profesor. Los tres se reunieron en la cafetería, comentando lo acontecido en la saboteada reunión. Cada cual exponía su trabajo enfocándolo en la parte de la evaluación.

—Es cierto que no hay autonomía en la institución a la hora de que sea el mismo docente el que se encargue de diseñar sus propias estrategias evaluativas, pero no por esto nos debemos coartar. Yo hago caso omiso a esto, el coordinador lo sabe, el rector también, quizás se deba al largo tiempo que llevo en el colegio, y no refutan, pues, además, de que los diseños evaluativos que nos exige la institución en el aula son poco factibles, y los estudiantes ya se saben las respuestas, y paradójicamente algunos pierden, yo cambio las reglas del juego, junto con mis estudiantes creamos las propias herramientas que den cuenta al final el progreso académico que se lleva. Los grados superiores evalúan a los grados inferiores, es decir, son ellos mismos, claro, yo guiando el proceso, los que formulan, proponen, escriben, contradicen, entre otros factores, en lo que se está fallando y lo que no, y de ahí se desentraña el proceso de evaluación. Y sin darnos cuenta, sin tan siquiera parpadear los estudiantes aprenden en el trascender. Qué triste es ver a otros colegas sin saber el daño que hacen, poner una buena nota a los estudiantes a sabiendas de que no han comprendido lo dispuesto en el curso; y esto lo hacen por el temor a ser expulsados de su trabajo —formuló Susan.

Ricardo y Alfredo asentían positivamente a las palabras de Susan, sin embargo, a Alfredo lo cuestionaba algo:

—Entonces, la pregunta que me asalta es: si cierto número de estudiantes pierde casi la totalidad de una prueba, ¿se debe al diseño de esta o a la práctica de enseñanza que el docente ejerce?

Ricardo tomó la palabra:

—Sabes, Alfredo, también me he hecho la misma pregunta, y llegué a la conclusión de que ambos factores son inherentes, los dos en relación biunívoca cumplen un rol. Te cuento una anécdota: mi mamá, que también era profesora, cuando yo era aún un niño, los días en que no tenía escuela, me llevaba a sus clases y me sentaba a presenciar su trabajo. Una vez, estaba realizando un ejercicio evaluativo, entregó las hojas con las indicaciones, comentó cómo se debía proceder y una vez hecho esto se retiró del salón, no sin antes decir: «Buena suerte y espero sean honestos con ustedes mismos»; y para impresión de todos se retiró del salón. Te imaginarás cómo aconteció todo el ejercicio, todos respondieron acertadamente. En la noche, al llegar a casa, le pregunté a mi mamá por qué se había retirado del salón y había

dejado solos a sus estudiantes, le conté que la mayoría habían hecho trampa y ella sabiamente respondió: «Hijo, en la vida tienes que aprender que nada es gratuito y todo debe ganarse con esfuerzo, es claro que algunos estudiantes se copiaron y otros no, pero si no lo notaste, todos se ayudaron como grupo y no individualmente, unos aclaraban, otros decían que esa no era la respuesta y al final aprendieron. Al día siguiente, la maestra, mi mamá, se dirigió al grupo diciendo: «Como es de suponerse, todos sacaron una buena nota, y espero que hayan sido honestos con ustedes mismos». Otra vez para asombro de todos, volvió a entregar el mismo examen, algunos refutaban, pero, al final, a la salida, agradecían a su maestra, pero en los atisbos de la memoria, me trae el recuerdo las palabras de un estudiante: «Profe, no puedo entregarle el examen porque no hice nada, en el primero me lo hicieron y no fui honesto, como usted dijo, le pido me perdone y pueda brindarme otra oportunidad para presentárselo». El alumno en sollozos, pedía a mi madre una nueva oportunidad para realizar el ejercicio y al final se la dio.

Ya se estaba haciendo tarde y los tres profesores partieron con presteza para sus casas, no sin antes prometerse tener un espacio y seguir la conversación.



Con otra mirada

Vilma Cristina Yepes Gaviria

Institución Educativa Mariano J. Villegas, sede La Trinidad
vicrisye@yahoo.com

«La carta de navegación de una Institución es el PEI, dicha carta tiene múltiples emisores como múltiples receptores, esta, a su vez, debe someterse a infinitas lecturas, infinitas adaptaciones y socializaciones».

De lo contextual

La I. E. Mariano J. Villegas se encuentra ubicada en el municipio de Montebello, en el Suroeste antioqueño, limita al norte con El Retiro, al oriente con La Ceja, al occidente con Santa Bárbara y al sur con Abejorral. Posee diez sedes rurales adscritas; cuenta con sección de básica primaria y básica secundaria, existe jornada única, los estudiantes tienen acceso al restaurante escolar. La institución tiene media técnica, opción que en los últimos años les ha brindado a los jóvenes otra visión y expectativas en sus proyectos de vida.

Los estudiantes son hijos de campesinos dedicados en su mayoría al cultivo del café, cítricos y otras hortalizas. Son familias primordialmente nucleares, aunque también hay familias monoparentales y extensas. Los adultos que no tienen como base económica la agricultura se dedican a trabajos administrativos en la Alcaldía o al comercio.

Montebello es un municipio pequeño pero muy acogedor y tranquilo, posee hospital, emisora, almacenes, iglesia, parque; es poco reconocido debido a la falta de promoción de sus atractivos turísticos, ubicados en su mayoría en sus diversas veredas; en los últimos años las alcaldías le han apostado al senderismo y ecoturismo por sus fascinantes paisajes y reservas hídricas.

De lo anecdótico

Construir un PEI a 2350 m. s. n. m. no ha sido cuestión fácil; el frío juega una mala pasada y, por más que la mente desee recogerse en un espíritu académico, el cuerpo manifiesta sensación de hambre y una urgente necesidad de pasar por el baño cada cierto tiempo. Pese a estas trivialidades, se hace el esfuerzo y, finalmente, se cumplen las tareas propuestas por el directivo de turno en las jornadas pedagógicas o en el Día E establecido por la institución.

Cabe anotar que esta construcción, si bien recae sobre una comisión especial, delegada por los directivos docentes, es responsabilidad de todos los miembros de la comunidad educativa, por eso todos colaboran con encuestas, proyectos, protocolos y todo lo necesario para que esas fases de construcción, se cualifiquen y suban al nivel de construcción o, ¿por qué no?, llevar el PEI al nivel de implementación.

Montebello, hasta hace pocos meses contaba solo con una institución educativa, ahora tiene competencia, por llamarlo de alguna forma, y ella misma es la que ha jalonado que la Mariano J. Villegas y sus sedes adscritas se movilicen y emprendan trans-

formaciones, precisamente, con acciones plasmadas desde su PEI. Por eso ya pasó de ser una I. E. pasiva a una activa, así sea empujada, pero ya sobresale en la comunidad.

De la comunidad: «Compartiendo algo en común»

La Gestión Comunitaria de la Mariano J. Villegas está basada en la atención a la diversidad, que se refleja en las actividades programadas desde la etapa de planeación escolar hasta la culminación de esta, no obstante, no siempre la participación es la adecuada, de ahí que, como agentes orientadores y gestores, debamos realizar las modificaciones pertinentes para mejorarla.

Bajo la metodología investigación-acción-participativa, pretendemos lograr involucrar a toda la comunidad educativa en diferentes eventos y actividades durante todo el año lectivo, a saber: elección del Gobierno Escolar, Asamblea de Padres, Escuelas de Padres, Día E, Feria de la Antioqueñidad, Feria de la Ciencia, debates para Personería, Desfile de Mitos y Leyendas, certificaciones, grados... con el fin de mejorar y atender las relaciones escuela-comunidad, así como velar por la convivencia y la atención educativa a grupos poblacionales con necesidades educativas especiales —docente de apoyo— bajo una perspectiva de inclusión y prevención del riesgo.

Las relaciones con la comunidad nos permiten hablar, poner a disposición de esta un conjunto de servicios para apoyar el bienestar, como la utilización de la planta física y los recursos con los que cuenta la institución, así también como los proyectos y los procesos como el servicio escolar estudiantil y el comité de convivencia.

En el área rural, la gestión comunitaria, es el centro de las gestiones, pues, por la misma condición de ruralidad, se apoya en la comunidad, la comprende para poder permearla y crear pactos o alianzas que les permitan caminar juntos, pues si se va con el ánimo de imponer, ningún proyecto que se proponga va a tener efecto o va a ser bien acogido. Es por ello por lo que se trabaja huerta escolar, donde los padres de familia, quincenalmente, comparten un rato en la institución y colaboran con la adecuación de las eras. También están los festivales escolares, que pueden ser de valores, talentos o la necesidad que se priorice. En las ferias de la Antioqueñidad y la Ciencia, los convites para el arreglo de los caminos veredales y los proyectos de medio ambiente se limpian las fuentes hídricas de las zonas cercanas a las sedes educativas y cualquier actividad educativa, finalmente, se convierte en actividad de comunidad —actos cívicos, celebración de fecha especiales, entre otras—.

El PEI de la Mariano J. Villegas es innovador en la medida en que conoce su población, realiza las adecuaciones para satisfacer las necesidades de su comunidad y, permanentemente, evalúa las acciones y gestiones a través de un plan de mejoramiento institucional, a fin de realizar los ajustes razonables apropiados y contextualizados.

Participación y convivencia: comité de convivencia escolar, asamblea de padres de familia, participación de estudiantes.

Prevención de riesgos naturales y psicosociales: programas de prevención de riesgos físicos, programas de prevención y atención de riesgos psicosociales.

Permanencia e inclusión: atención a poblaciones con necesidades, proyecto de vida.

Proyección a la comunidad: uso de la planta física, servicio social obligatorio, Escuela de Padres, curso de sistemas, enseñanza de la lectura a los adultos.

Los mecanismos de participación en una institución educativa no deben agotarse en el Gobierno Escolar o en los espacios que se brindan en los estamentos de dirección, es necesario generar nuevos mecanismos con estrategias claras que resulten del consenso con la comunidad educativa y que permitan que ella se involucre en todos los aspectos relacionados con el proceso de formación.

Finalmente, se debe resaltar que las concepciones que los padres de familia tienen con respecto a la participación en los procesos escolares, dependen del contexto en el que se encuentra inmersa la institución educativa, así como también de la subjetividad de los integrantes de la comunidad, lo que hace imperiosa la necesidad de acercamiento a las familias para conocer sus características y creencias.



Lo que llevamos dentro

Bladimir Pineda Sepúlveda

*Centro Educativo Rural La Venta, sede La Primavera
blassepulveda89@gmail.com*

■ inicié mi labor en el magisterio en el 2009, cuando ingresé como docente provisional a trabajar en la vereda Pavarandó, zona selvática de Urrao. En el 2010 me vinculé en propiedad en Betulia, en el Centro Educativo Rural La Manguita. En los albores del 2012, cuando me encontraba laborando en el Centro Educativo Rural El Cuchillón, de Betulia, como docente de básica primaria, presenté carta de renuncia irrevocable a mi cargo con el objetivo de trasladarme a otra ciudad y hacer realidad el sueño de formar un hogar y formar empresa.

Una vez radicado en mi nueva morada, inicié estudios de Ingeniería Electromecánica y empecé a dar rienda suelta a los propósitos de mi propio negocio y ser feliz al lado de las personas que me acompañaban en esos instantes de mi vida.

Pasados seis meses, aproximadamente, y debido a múltiples circunstancias que se las dejó al azar, la suerte o, quizás, a cualquier otro aspecto al que los seres humanos atribuimos las razones de las vicisitudes de la existencia, todo aquel idilio soñado y planeado terminó.

Durante la segunda mitad del 2012, todo el 2013, el 2014 y principios del 2015, me desempeñé en diferentes oficios, trabajando con organizaciones oficiales, con entidades privadas y fundaciones que, si bien me brindaron una perspectiva diferente de la realidad y me abrieron un sinfín de posibilidades profesionales, nunca llenaron el vacío que experimentaba una parte muy profunda pero poderosa de mi ser por regresar de nuevo a la labor docente.

Ingreso nuevamente al magisterio el 4 de agosto del 2015 como docente de primaria vinculado en propiedad en Bucaramanga, Santander. Había cumplido el objetivo de volver a mi profesión, empero, tenía un amplio sinsabor, pues me encontraba a cientos de kilómetros de casa. Estuve como docente en aquel maravilloso lugar durante cuatro años, aprendiendo mucho de la cultura local, compartiendo con mi hermosa hija y rodeando de gente cálida y sincera; características típicas de la raza santandereana.

En el 2019, regreso a mi hermoso departamento, específicamente, a la Institución Educativa Rural Abelardo Ochoa, en Salgar, para laborar en la sede Troya con estudiantes de básica primaria mediante el modelo Escuela Nueva.

En aquellos momentos mi corazón experimentaba una inmensa alegría, pues había regresado a mi tierra natal y me encontraba rodeado de los míos; pero al mismo tiempo presentaba un extraño sentimiento de melancolía porque mi hermosa hija se había quedado en aquella pintoresca ciudad.

En esta hermosa comunidad de gente campesina, honesta y trabajadora, dueños de una histórica cultura, típica de los habitantes de las montañas antioqueñas, viví grandes momentos y experiencias significativas de mi labor como docente.

A finales de mayo del 2019, soy trasladado para Urrao, al Centro Educativo Rural La Venta, sede la Primavera, para laborar en secundaria con el modelo de posprimaria. Como en muchas otras ocasiones lo había sentido, me encontraba lleno de una mezcla anormal de sensaciones: júbilo, alegría, nostalgia y tristeza.

Inicié esta nueva empresa con unas ganas descomunales, con un entusiasmo fuera de lo común y un deseo de dar todo por aquellos diecinueve jóvenes, que significaban un enorme reto y a su vez representaban diecinueve universos distintos por explorar. Una vez instalado en el nuevo establecimiento, empieza una etapa de aprendizaje mutuo con los estudiantes y la comunidad educativa. Inicié el proceso con la intención de fortalecer, desde la Gestión Académica del Proyecto Educativo Institucional, la actualización de los planes de estudios y todo lo concerniente al análisis de la metodología y las cartillas del Modelo Educativo Flexible Posprimaria.

Con el paso de los días, me doy cuenta de que el modelo de posprimaria propuesto para trabajar en la sede se encontraba con sus componentes a media marcha, ya que la realidad no correspondía a lo plasmado en los manuales y las guías de implementación. No había ningún tipo de material impreso para el desarrollo efectivo de las clases, planes de estudio, ni estructura organizativa de la metodología. Debido a ello, inicio con una fase de diagnóstico de la realidad educativa del lugar, con el objeti-

vo de identificar las principales falencias de los estudiantes en cuanto al aspecto académico, de modo que se pudiera plantear una alternativa de solución. Durante dos meses, estuve diseñando y aplicando diferentes estrategias e instrumentos que me permitieran tener una visión acertada de aquella realidad. Realicé pruebas escritas, encuestas, análisis de conocimientos previos, trabajo con herramientas tecnológicas, entre otras.

Las deficiencias más notorias, que arrojaron los instrumentos aplicados, estaban relacionadas con la comprensión lectora y la incapacidad para extraer el sentido de un texto; identificar las ideas principales y las secundarias; determinar un problema o asunto central; describir una secuencia, y realizar inferencias. Pude observar que los estudiantes hacían una lectura literal del texto, pero no desarrollaban procesos de pensamiento para construir sentido. Asimismo, la composición textual en los educandos se componía de elementos ortográficos muy básicos. Hace falta afianzar las competencias escritoras, especialmente, en torno a las reglas ortográficas de puntuación y tildes en las palabras. De igual manera, la producción textual es mínima y la apatía por el tema salta a vista.

En el aula de clase los estudiantes abordan la lectura y la escritura cuando esta hace parte de los procesos de instrucción, no manifiestan un deseo de leer y, si lo hacen, tienen deficiencias en la pronunciación y la fluidez de esta. Cuando se les pregunta sobre el contenido de la lectura, la construcción del sentido se apega a lo que dice literalmente el texto, sin que se evidencie un trabajo o procesamiento cognitivo de la información.

Adicionalmente, la sede rural presenta problemas con la conectividad a internet y el acceso a las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), ya que los estudiantes han carecido históricamente de estos elementos. Es entonces, cuando inicio una estrategia de incorporar las herramientas tecnológicas al desarrollo de las clases. Empiezo haciendo la gestión para el arreglo de los equipos de cómputo existentes, el préstamo de tabletas a otras sedes de la institución y el diseño de un software con herramientas de lectura y escritura para los estudiantes.

Actualmente, la estrategia está en fase de ejecución ya que, debido a la emergencia educativa presentada este año por la pandemia de la covid-19, algunas actividades debieron ser suspendidas. En mi trabajo diario considero que se hace importante integrar estos elementos a los procesos de lectura y escritura, como una manera de resignificar el aprendizaje, fortalecer en los estudiantes focalizados diferentes tipos de competencias y robustecer el componente académico del Proyecto Educativo Institucional, en lo relacionado con planes de estudio y metodologías de trabajo.

Estoy convencido de la importancia de abrir puentes para zanjar las brechas entre la educación rural y la urbana, donde los modelos ofrecidos en los contextos campesinos sean pertinentes y de calidad, que no sean copia de otros lugares y, por ende, contribuyan al avance, la calidad, la permanencia y la equidad en la educación colombiana.

En este sentido, la propuesta presentada quiere reforzar el modelo constructivista social y de aprendizaje activo de la institución y, así mismo, enfatizar en que los procesos lectoescriturales no solo corresponden a procedimientos de aprendizaje estáticos, sino que se configuren como procesos transversales al crecimiento y el desarrollo de los aprendientes de un modo más moderno y digitalizado.

La relación, con el proceso de actualización del PEI, radica en que la deficiencia en el proceso lectoescritor de una persona repercute directamente en el eficiente desarrollo de todos los ámbitos de la vida; siendo uno de los principales problemas de la educación actual. Los estudiantes que demuestran altos índices de comprensión y producción textual tienen una mayor probabilidad de éxito en la mayoría de los componentes de la vida escolar, social, familiar y profesional. Esto nos lleva a repensar los diferentes planes de estudio, la relación del currículo actual con la pertinencia y la calidad de lo que se enseña en los entornos rurales, lo que los estudiantes y docentes consideran significativo el modelo de educación rural actual.

Se enfatiza en la relación existente entre los modelos posprimaria y Escuela Nueva y la relación entre los fines de la educación contemplados en la legislación en esta materia y lo que necesitan aprender los estudiantes en una zona determinada. También incorpora las TIC como herramienta esencial en la formación de competencias de lectura y escritura y estilo de vida de la comunidad involucrada.

Dentro del marco del proceso de actualización del PEI, enfatizando en la gestión académica, se plantea tener los planes de estudio organizados, actualizados y con la debida pertinencia para el contexto. A su vez, incorporar el uso de herramientas tecnológicas al modelo educativo como una manera de acercar a los estudiantes a las diferentes realidades de nuestro mundo actual. Hoy, soy un convencido de que la educación es la herramienta más efectiva para combatir muchos de los males sociales de nuestro departamento y país, y de que los sueños que llevamos en el alma siempre terminan prevaleciendo. Lo que llevamos dentro nos hace estar donde debemos.



Madera fina

Jhon Jairo Serna Moreno

*Centro Educativo Rural La Venta, sede El Salado
jhonj69@gmail.com*

En la vida de los hombres
y en nuestro gran existir
siempre buscamos la forma
de poder sobrevivir.

Termino el bachillerato
con ansias de trabajar,
porque una buena carrera
mi padre no me iba a dar,

el cuarto de siete hijos
lo pude yo comprender,
que sentadito en mi casa,
no me iban a mantener.

Y siguiendo los caminos
de mi padre en construcción
aprendí a construir casas
una buena profesión.

Yo siempre recordaba
cuando me iba a graduar
que antes de terminar once
debía pagar servicio social.

Entre las tareas estaba
enseñar como docente
sueño que se me frustró
pues ya tenían la gente.

Trabajando construcción

conocí una buena mujer;
con la que hoy es mi esposa
forme un hogar, me casé.

Y fue ella quien me animó,
que debíamos estudiar,
estudiar pedagogía
y hacerme profesional.

Empezamos la carrera
y aunque con dificultad
en cuatro años y medio
la logramos terminar.

Después de tantas tareas,
quedo un recuerdo bonito
y que llegó a nuestro hogar
estudiando tres hijitos.

Y aunque ella era vinculada
cinco años atrás en educación,
terminamos la carrera
y yo seguí en construcción.

Para ejercer la docencia
no había forma de ingresar
ya que por esos tiempos
a nadie podían vincular.

Pero se presentó el día
que a esa bonita escuela

donde trabajaba mi esposa
me tocó a mi embellecerla

Placa polideportiva,
encerrar la escuela en malla,
hice un parque infantil
y también me toco pintarla.

Y por el clima tan frío
mi esposa pidió traslado
y el alcalde actual que estaba,
al que mi trabajo le había gusta-
do,

la trasladó para otra escuela
me dio la oportunidad
de que en esa bonita escuela
yo me fuera a trabajar.

Los niños se preguntaban
quién les iba a enseñar,
que esperaban profesora
y les llegó el oficial.

Fue algo muy divertido
empezar de educador;
utilizar lo que había hecho
cuando yo era constructor.

Se cumplió esa tarea
que antes se me había frustrado,
ejercer como docente,
y hasta hoy me ha gustado.

En esas estuve tres años
interactuando con la comuni-
dad
en campeonatos de fútbol
me presentaba a participar.

Me quitaron esa escuela
porque al participar
en ese primer concurso
yo no lo pude ganar.

La partida fue muy dura
pues, siendo provisional
yo lo tenía muy claro:
me debía marchar.

Los niños y la comunidad
que tanto me querían:
que la carta de protesta
a quién se la dirigían.

Les dije no hay que hacer nada
porque ya no hay vuelta atrás,
entiendan que así es la norma,
lo debemos aceptar.

Me logré ubicar nuevamente
en otra escuela rural
un poco más retirada
también de provisional.

Me parecía haber llegado
a una gran comunidad
y unos lindos estudiantes
que les debía enseñar.

Que la vida es un camino
que Dios nos tiene trazado
que mientras creamos en él
nos lleva por el indicado.

Me di a conocer de todos,
de la comunidad y los niños,
que con el pasar de los días
me cogieron gran cariño.

Y aunque por retirada
me tenía que quedar,
en las tardes después de clase
la empecé a organizar.

Pegar unos pocos bloques
y arreglar alrededores
ya que allí no dormían
profesoras anteriores.

Era una bonita escuela
y aunque la luz no tenía
como todos los demás
allí yo sobrevivía.

Me di cuenta de otra escuela,
otra que había más arriba,
que no tenía maestro
porque niños ya no había.

Me dijeron que esa tenía luz
me causó curiosidad
y con padres de familia
la fuimos a visitar.

Televisor, DVD
pipeta, fogón de gas
películas educativas

y también la luz solar.

Me dirigí al secretario de Educación Municipal para que autorizara a mi escuela esas cosas pasar.

Que a mí sí me servirían para un mejor enseñar ya que había muchas cosas que se podían robar;

y que de luz yo entendía un poco de electricidad que esa planta de energía yo era capaz de instalar.

Después de tanta insistencia, el secretario de Educación, de pasar todas las cosas, me dio la autorización.

Toda la comunidad de esto participó y la escuela de Santana con todo esto se quedó.

Pero lo que más faltaba: lo de la planta solar, y en las tardes poco a poco al fin la logré instalar.

Me llevé una gran sorpresa al televisor encender; que canales nacionales allá se podían coger.

La comunidad contenta con esa buena gestión, cuando yo me quedaba iban a ver televisión.

Los niños muy fascinados con películas y temas que se adaptaban algunas al modelo Escuela Nueva.

La escuela se convirtió en un lugar de atracción; con esta tecnología ya no había deserción.

Me voy para Medellín, presento el concurso docente;

este sí lo pasé, ya que estudié arduamente.

Me quería quedar en mi escuela y escogerla preferiblemente, pero esta no se podía, era afrodescendiente.

Escogí una en la lejanía de mi mismo pueblo Urrao, a dos horas en moto y otras cinco caminando.

Fue dura también la salida de la escuela de Santana, niños y comunidad no querían que los dejara.

Pero siempre en esta vida hay que seguir el camino, ejercer la profesión, la docencia es mi destino.

Allá me fui a trabajar ya en periodo de prueba después de tanto caminar siempre llegué a aquella escuela.

Era un cambio muy brusco ya que en esta no había todas las comodidades que la anterior escuela tenía.

Bien cansado que llegué, no sabía que al descansar y después de tanto sueño la bruja me fue a visitar.

Fueron días aburridos, me tenía que aguantar, porque el periodo de prueba lo tenía que pasar.

Tenía treinta y siete niños, era una buena cosecha, nunca los había tenido, enseñando hasta esa fecha,

Cuando regresé al pueblo me tenía que ir preparado, para espantar a la bruja, que tanto me había asustado.

Visité el mediquillo del pueblo,
como él no había ninguno,
me dio contras, espantaespíri-
tus
y la Biblia en el Salmo 91.

Llegué nuevamente a la escuela,
esa noche no sentí nada;
con las contras de don Suso
a la bruja yo espantaba.

Continuaba en mi labor
enseñando más tranquilo,
en el día con los niños
y en las noches sí muy pilo.

Cierta noche llegó la bruja,
como no se me podía acercar
empezó un largo rato
en el techo a molestar.

Le grité: ¡deje la joda!,
venga mañana por sal.
Recé el Salmo 91
y dejó de molestar.

Sorpresa me dio al otro día,
después de una ardua labor,
llegó la mamá de un estudiante
a pedir sal de favor.

La sal se la fui a prestar
y cuando la fui a coger
de esa noche me acordé
y mirando la señora no lo podía
creer.

Después de ver la maldad
hice un lindo pedestal
y una bonita virgen
decidí yo colocar.

Sábados y domingos
y después de trabajar
miré una quebrada en frente
que podía utilizar.

Con el agua que bajaba
producía la energía
y con una planta Pelton
la escuela yo alumbraría.

Con permiso del señor
dueño del predio a utilizar
nos dimos en la tarea
con los de la comunidad.

Pero este hermoso proyecto
no lo pude culminar
ya que muy prontamente
me iban a trasladar.

Anime a la profesora
que yo le fui a entregar
y este bonito proyecto
sí lo pudo ejecutar.

Y entre escuelas que pasé
siempre pude yo entender
que a todos los campesinos
siempre debemos querer.

A la escuela que llegué
de docente a trabajar
podía así a mi familia
más seguido visitar.

Enseñándoles a los niños
los valores, la lectura
y que debemos aprender
también de nuestra cultura.

Nos dimos en la tarea
de mitos y leyendas averiguar
y con su educador y comunidad
una buena lectura formar

y en fiestas tradicionales
pudimos representar.
Les doy un corto fragmento
que me puedo recordar.



La Esmeralda

Lucelly Cossio Cossio

*Centro Educativo Rural La Venta, sede El Paso
lucellycossio@hotmail.com*

Es difícil volver a recordar la crueldad de la injusticia y el impacto que esta produce en los seres humanos más indefensos como ancianos y niños. Desde muy pequeña añoraba entrar a la escuela, me parecía un lugar muy agradable, admiraba las maestras de ese entonces, las veía como mujeres muy rectas, estrictas, serias y con una impecable presentación personal, que ante la sociedad deslumbraban con su estatus, embelleciendo la profesión docente; pienso que eso despertó en mí el anhelo de ser maestra; fue por eso por lo que continúe mis estudios en la Normal Superior Sagrada Familia, de donde me gradué como bachiller pedagógica.

Al pasar el tiempo logre ingresar a trabajar en el magisterio cubriendo incapacidades, ausencias y licencias de maternidad. Uno de los reemplazos fue en la vereda Santa Isabel, de Urrao. Estaba feliz, pero no sabía la lección de vida que en este lugar me esperaba.

La vereda está alejada del casco urbano, pero al iniciar su recorrido es fácil sentir el aroma de la vegetación, la tranquilidad y la belleza del paisaje, atravesada por una imponente quebrada de agua cristalina, con fincas coloniales a los lados de la carretera, la misma que llega hasta la escuela llamada Centro Educativo Rural La Esmeralda. Esta, a simple vista, se veía bonita, pequeña y acogedora. La cancha y el centro de salud estaban al lado, solo había dos vecindades cerca. Inicié el trabajo como educadora multigrado enseñando en la totalidad de la básica primaria. Todo iba muy bien, la comunidad educativa me aceptó y me brindó su apoyo en lo que estuviera dentro de sus posibilidades.

Al poco tiempo, en el municipio se agudizó el orden público y la vereda Santa Isabel empezó a sentir la presión de los grupos armados al margen de la ley y, por supuesto, los habitantes estaban lejos de pensar que la violencia llegaría a sus hogares.

Una mañana, al llegar a la escuela, preparaba todo para recibir a los estudiantes, como era costumbre, hacía la oración, llamaba a lista y en las filas hacía las observaciones pertinentes para iniciar las clases. Todo transcurría con tranquilidad, hasta que el silencio fue perturbado por el sonido de voces que pasaban por la carretera; en pocos momentos la escuela y la caseta estaban llenas de guerrilla. Menos mal era hora de salida, despaché a los estudiantes de la parte de arriba y me fui con los que vivían hacia abajo; sentí un poco de miedo, al llegar a la casa pensaba en lo que debía hacer si al otro día los encontraba en la escuela.

Al ser primera vez que esto me ocurría, sumado a la poca experiencia como docente, lo único que tenía claro era que mi responsabilidad estaba en tener a salvo a mis estudiantes, por suerte, al otro día, al llegar, ya no estaban. Fue un descanso para mí, además, no se veía evidencia de que hubieran hecho algún daño en la escuela, pero lo malo es que continuaron estas visitas con mayor frecuencia. Este grupo se aprovechó de la ubicación estratégica con otras veredas vecinas y su lejanía con el casco urbano para empezar a entrar camiones con alimentos y carnes frías que repartían en canastillas, dejándolas en cada finca y, posteriormente, proceder a quemar los carros. Gracias a Dios, el tiempo de este remplazo en la escuela llegaba a su fin. Sentí un descanso porque la situación se estaba poniendo difícil para trabajar, pero por ese entonces mi esposo tenía en la vereda una finca donde me quedé viviendo.

En el pueblo, las personas ya murmuraban sobre lo que pasaba en la vereda y las represalias no se hicieron esperar. Un día cualquiera, en las horas de la tarde, empecé a sentir el sonido de los proyectiles de las balas, se veían hombres que bajaban por las cordilleras y, a lo lejos, se observaban humaradas. Sentí miedo, pero mi esposo me dijo: «El que nada debe, nada teme; esos mínimo son paramilitares que se dieron cuenta de que en la vereda estaba la guerrilla y vienen a darles un escarmiento a las personas que andan con esos guerrilleros». Esas palabras me tranquilizaron por el momento, pero qué equivocado estaba. Llegaron a la finca varios hombres malencarados, con armas y uniformes, se identificaron como Autodefensas Unidas de Colombia, nos hicieron salir de la casa, entraron, tomaron todo lo de valor. Eso no les bastó, le prendieron fuego a la casa porque supuestamente todos los que vivían en la vereda eran guerrilleros; nos advirtieron que no la apagáramos porque bajaban y nos mataban.

La casa de la finca tenía una gran parte en cancel y esta empezó arder con mayor fuerza hasta que las llamas alcanzaron las cuerdas de luz que produjeron un estruendo espantoso, una explosión que nos hizo estremecer del susto. Me retiré con mi hijo que lloraba por no poder sacar sus juguetes. En ese momento me invadieron el miedo, la rabia, la impotencia, el desconsuelo y, por último, la tristeza de perderlo todo. No tenía ni ropa, solo la que llevaba puesta, lo poco que teníamos ya era cenizas.

Los vecinos, al escuchar la explosión causada por los cables de energía, empezaron a llegar a la finca; todas las personas con lo poco que podían cargar. Solo se oían los lamentos de los niños y los ojos llorosos de hombres y mujeres que lo habían perdido todo. Estaba anocheciendo y apagamos las brasas para poder entrar a dos habitaciones que eran de material y la cocina de leña que no la habían alcanzado las llamas, repartí la comida que había en las ollas a los niños; con tres cobijas y dos colchonetas que no se habían quemado los colocamos para dormir; los adultos no fuimos capaces de conciliar el sueño. Cuando amaneció, todos nos bajamos caminando, es indescriptible la impotencia que sentí al comenzar el camino por el que la mayoría lloramos. Al llegar a la carretera vimos una volqueta del Municipio que nos estaba esperando y en la que todos nos subimos para llegar al casco urbano. Ese fue uno de los desplazamientos masivos más grandes registrados en Urrao.

Como era de esperarse, la vereda estaba desolada, solo subían los finqueros a mirar algunos cultivos y el ganado que todavía estaba; a simple vista, se veía calmado, pero lo que antes era una vereda próspera se había convertido en una tierra desolada en la que solo reinaba el miedo. Por supuesto, la escuela cerró por falta de niños. Habían pasado varios días desde el desplazamiento, muchas personas estaban en el Hogar Juvenil; mi hijo, mi esposo y yo estábamos viviendo en una habitación que mi familia me dio de manera provisional, pero llego el día en que no aguantamos más y decidimos volver a la finca como lo iban a hacer algunas familias.

El día que llegué vi que se acercaban hombres con caballos por los potreros y estaban arreando ganado de todas las fincas; con temor, mi esposo se acercó y preguntó por qué se llevaban el ganado de la finca y le respondieron que estaban buscando un ganado robado, pero que ellos dejarían las reses, que no eran robadas, en la finca La Palmera, que queda donde termina la vereda. No contentos con la respuesta, decidimos subir a esperar en la portada de la finca al comandante para hacerle el reclamo por las reses que estaba moviendo, él amenazó de muerte a mi esposo colocándole el revolver en la frente y diciéndonos que no volviéramos a la vereda. Nadie sabe el miedo que sentimos.

Ese día, las Autodefensa Unidas de Colombia robaron todo el ganado que había en la zona, pero no les bastó con el saqueo, dinamitaron el puente que comunicaba con la carretera principal, dejando a la vereda aislada. Estos hechos fueron la causa de que muchos propietarios de fincas empezaran a abandonarlas o a vender sus tierras.

Pasó el tiempo, que todo lo cura, llegaron algunas ayudas que brindaban la Alcaldía y el Gobierno nacional para volver a vivir en la vereda después de casi año y medio; algunos habitantes, debido a la falta de oportunidades, aunque temerosos, decidieron volver. Por mi parte, seguía trabajando en remplazos cortos y por mi mente no pasaba la idea de volver a la vereda.

Al cumplir dos años de la escuela estar sola empezaron a llegar estudiantes, pero ninguna educadora en propiedad se quería ir para allá por la historia que la precedía. Un día cualquiera, el jefe de núcleo me llamó y me hizo el ofrecimiento de una plaza con la garantía de que me la daban por orden de prestación de servicios, noticia que me inundó de felicidad, pero esta se terminó cuando me dijo que era en la vereda Santa Isabel, en la escuela La Esmeralda. El desconsuelo que sentí fue inimaginable, pero en la situación de pobreza que me encontraba no me quedó otra opción que aceptar.

El primer día que subía a abrir la escuela, la línea me llevó hasta el paraje llamado El Tigre, donde ya no había puente, solo un palo amarrado con lazos; este empezaba grueso, pero a medida que se iba recorriendo el tronco se adelgazaba, tanto que si se miraba el precipicio, se corría el riesgo de caer a la quebrada. Sabía que para llegar a la escuela caminando me faltaban nueve largos kilómetros, comencé a recorrer el camino con miedo y a recordar todo lo que había pasado; me provocaba devolverme, llegaban a mi mente todas las imágenes de lo que había ocurrido.

Al llegar a la portada de la finca no pude contenerme más, lloré hasta que me quedé sin ver, no sé cómo saqué alientos para subir a la escuela y, cuando llegue, fue peor; no había nada de lo que yo recordaba, paredes sucias, pupitres tirados, cuadros rayados sucios y quebrados, la papelería del archivador con la mayoría de los libros de la escuela estaban quemados o tirados en el suelo, puestos en forma de cama y al lado varias botellas de ron y aguardiente, se veían quemadas algunas ollas de la cocina, polvo, telarañas, los pisos muy mugrosos y de los baños ni hablar. Después de resquebrajarme nuevamente, no sé de dónde saqué fuerzas, fui por el presidente de acción comunal y algunas personas de las casas cercanas para invitarlas a que me ayudaran a poner algo de orden en lo poco que quedaba en la escuela, para mi fortuna todos eran conocidos míos y ese día me brindaron de lo poco que tenían, y entre una buena charla se me fue el día. No

me quería quedar amaneciendo y bajé a coger bus a la carretera principal, pero como ese paraje tenía fama de ser peligroso, ningún carro me paraba. Ese día llegue a mi casa en el pueblo casi a las siete de la noche.

Empecé a trabajar. Subía en la línea veredal hasta El Tigre y seguía a pie con las personas de la vereda hasta llegar a la escuela, pero me regresaba para el pueblo todos los días, cuando me dieron el primer sueldo compre una bicicleta para ir a trabajar. Si mal no recuerdo, eran alrededor de treinta kilómetros diarios, pero a pesar de que mi esposo ya había arreglado un poquito la finca, me resistía a vivir en la vereda. Pasó el tiempo y comencé a pintar la escuela con algunos padres que en las horas de la tarde me ayudaban; ellos me convencieron de irme quedando en la vereda entre días para terminar de organizar lo que faltaba. Los estudiantes se iban incrementado y cuando ya estaba todo como tranquilo, comencé a participar de la organización de la vereda como secretaria de la Acción Comunal, involucrándome cada vez más para buscar el bienestar de mi comunidad.

El ejército empezó a patrullar con frecuencia la vereda y un día cualquiera armó carpas al lado de la escuela. No sé de dónde saqué fuerzas y le dije al comandante que no se hicieran en ese lugar. Él, muy amablemente, me dijo que venían caminado varias horas y debían descansar, pero que a primera hora del día siguiente se irían. Despaché al personal y me fui con mis estudiantes. Al día siguiente no había nadie en la escuela, fue un descanso para mí.

La vereda mostraba indicios de reactivación, pero volvieron a surgir grupos armados al margen de la ley, era fácil encontrarlos por el camino en horas de la mañana o al atardecer. Eso para mí era aterrador porque a veces era difícil distinguir quién era de un grupo o de otro. Recuerdo que trataba de no hablar con los estudiantes de estos temas violentos, pero cuando se me daba la oportunidad realizaba actividades en las que mis niños y niñas estuvieran felices, lo que me reconfortaba y me ayudaba a seguir adelante con mi profesión. Llego un momento en que me sentía como uno de los miembros más importantes de la vereda, que todos me respetaban y me demostraban su afecto.

Con el pasar del tiempo la vereda se iba poblando con las mismas familias que se habían desplazado, pero seguía incomunicada. Por lo general, las personas no tenían transporte y se movilizaban a pie. Un día, subí con varias personas, incluyendo el señor Diofanor Serna; con él charlé hasta llegar a la escuela donde nos despedimos y me preparé para recibir los estudiantes. Al llegar los que vivían en la cabecera de la vereda me contaron que habían visto un grupo armado muy raro, los calmé, dialogué con ellos un buen rato y continué con la clase que tenía preparada para ese día. Al entrar del descanso escuchamos unos

disparos, me asusté mucho pero, como no siguieron, la señora que me ayudaba en el restaurante me tranquilizó y me dio una bebida aromática con algunos tranquilizantes que para ese entonces debía tomar.

Al pasar unas dos horas escuche que me llamaban en la carretera, salí y casi me desmayo al ver cuatro padres de familia que me dijeron que les mandara a los niños para la casa, que la vereda estaba muy peligrosa; llevaban a Diofanor Serna en una barbacoa echa con cuatro palos amarrados y una sábana que lo cubría. Me narraron con pelos y señales cómo le dispararon a quemarropa al pobre hombre. Entre a la escuela, no sé cómo tomé fuerzas para medio contarles a los estudiantes lo que había sucedido de una manera que no los afectara, despaché al personal y me fui detrás de ellos con los estudiantes que vivían para la parte de abajo. Nadie sabe la incertidumbre que sentí y la crisis de nervios me dio. Por esos mismos días sufrí varios quebrantos de salud delicados, por lo que me trasladaran por medicina ocupacional para otra institución.

Con esta experiencia me di cuenta de que había elegido mi verdadera vocación, creo que todos los obstáculos que me tocó sortear me enseñaron a ser mejor persona, más fuerte, decidida y apasionada por mi profesión; comprendí que las dificultades que he tenido les dieron valor a las metas que me he propuesto a lo largo de la vida.



Un mundo tras mis orejas

Luz Miriam Palacio Rueda 
Centro Educativo Rural La Venta
jhonj69@gmail.com

Antes de iniciar mi historia, quisiera contarles quién era yo hace más de treinta años. Fui una joven de estrato bajo, hija de un padre alcohólico, la menor de cuatro hijos y logré, con muchos esfuerzos, graduarme de profesora a los dieciocho años. El desempleo, como siempre, me jugó una mala pasada y fue muy difícil emplearme. A los veinte años me casé con un joven, al igual que

yo, con poco empleo, tuvimos una hermosa niña que nos nació prematura y aquí empieza mi historia.

Después de estar más de cuatro años sin empleo, logré ganar un concurso municipal y me fui a trabajar a una vereda de mi hermoso municipio de Urrao, a la que me demoraba en llegar más de doce horas a lomo de mula.

Estaba feliz, era mi primera experiencia como maestra, además necesitaba el dinero. Mi padre me acompañó durante el primer mes, mientras me adaptaba a mi nueva vida. Fue triste dejar a mi pequeña hija tan enferma e indefensa y a mi esposo. De la vereda solo se sale cada mes con los campesinos y en los días de ferias. Un lunes, salimos al amanecer en un carro de escalera que iba lleno de campesinos, perros, gatos, mercados, gente colgada de las barandas para no caerse; llegamos a la vereda El Sireno y allá cominos algo en un caserío, todos ensillaron sus bestias y cogimos el camino de herradura. Eran unos senderos horribles, llenos de pantano, con tablas pequeñas por todos lados y a veces faltaban algunas; los caballos se veían en apuros para no caerse al río Nendó. Sentía mucho temor, la gente caminaba silenciosamente, mi padre y yo nos turnábamos la yegua porque no teníamos sino una —que me habían fiado—, pero no sé qué era mejor, montarse o caminar y ver tan de cerca la muerte al mirar ese abismo que nos esperaba en caso de algún resbalón.

Cuando ya llevábamos más de cuatro horas de camino, todos los campesinos bajaron de sus bestias para alimentarse. El lugar era hermoso, eran unos llanos inmensos, cerca se encontraba una escuela llamada La Quiebra. Estaba yo encantada con ese lugar cuando de un momento a otro empieza aparecer una multitud de soldados, con gran admiración le pregunto a mi padre por qué había tantos soldados en un lugar tan lejano, él, con voz baja, me contesta: «No, hija, no lo son, es guerrilla». Jamás en mi vida había conocido un grupo armado ilegal.

Luego, continuamos el camino, mientras más andábamos, más maravillada quedaba de la naturaleza que veía alrededor; grandísimos árboles, decorados por una gran cantidad de nidos que colgaban de cada una de sus ramas, flores de diferentes colores, variedad de hojas, musgos; creía estar en un mundo imaginario. Al final, cada uno cogía su camino y nosotros llegamos al nuestro.

Era un lugar de tablas, los papás les habían hecho unas sillitas de madera a los niños para que estudiaran; no tenía tablero, había una cocinita y una pieza de madera con dos camitas. Los campesinos, con todo su amor, las habían elaborado para que durmiera su maestra. Todo esto me llenaba de gran emoción y admiración por estas personas que, sin conocerme, me tenían todo preparado. Yo era la primera maestra que llegaba a la vere-

da, por eso no había escuela construida, ningún niño o niña sabía leer ni escribir.

Al otro día, llegan poco a poco unos hermosos niños y niñas con sus boticas, con unas ropitas muy humildes y una inocencia sin igual. Unos vivían a una o dos horas de camino, algunos venían comiendo caña de azúcar, les preguntaba por qué lo hacían y respondían que antes de venirse para la escuela les picaban caña a los caballos y aprovechaban para comer ellos también y así aguantar la jornada. Algunos estaban muy delgados y con sus dientes muy descuidados. ¡Cuánta dulzura transmitían! Solo le pedía a Dios que me ayudara a sacar adelante esta misión que me había encomendado. Era bello verlos sentados en sus rudimentarias sillas, trabajar escribiendo con tiza en una puerta donde todo era rústico; coloreábamos con flores y hojas, las herramientas eran muy pocas, me disponía siempre a enseñar con agua, con greda, empleando siempre los recursos del medio.

Mi padre me enseñó a cocinar con leña, yo no sabía ni prender un fogón de esos; él, a pesar de ser alcohólico y haberle tenido mucho miedo, era otro hombre allí. Conocí cómo fue su vida de niño y supe por qué optó por la bebida. Aprendí a valorarlo mucho; cuando me veía preparar, en medio de la niebla y el frío, mis clases para el próximo día, porque así era el clima casi todas las tardes, me decía: «Mija, mientras más le aprendan los niños, más la van a querer los padres de familia». Eso hice yo siempre, hacer que mis niños aprendieran, pero no tanto como cada día aprendía yo de ese nuevo mundo que estaba tras mis orejas y no conocía.

Terminado el primer mes, mi padre ya no volvió conmigo, conseguí una joven para que fuera la manipuladora del restaurante escolar, que ya empezábamos a recibirlo. Ella amanecía conmigo y los niños estaban felices porque ya recibían alimentos, calienticos y variados.

Cuando la joven y yo nos acostábamos se escribía una historia diferente. Eran unas noches largas y tenebrosas; de un momento a otro, se sentían caballos que llegaban, pasos, cadenas, sonar de machetes; me moría de miedo, sentía grandes escalofríos, no veía la hora de que llegara la mañana. Cuando arribaron unos padres de familia a la escuela les pregunté por qué toda la noche me espantaban con caballos, pasos, sonar de machetes, y ellos me dijeron que esa caseta que ahora era la escuela era un lugar de fiestas y romerías, que allí había, en tiempos anteriores, muchas peleas, heridos, muertos. Esto me causaba mucho más temor.

Yo enseñaba hasta los sábados para poder tener tiempo de salir cada mes y que los niños no se atrasaran cuando me fuera. Los sábados siempre me iba amanecer a la casa de alguno de mis estudiantes y volvía domingo en la tarde. Así conocía sus formas

de vida, cómo eran sus familias, sus costumbres. Era maravilloso ver el río Mandé cuando iba a visitar las casas de los niños que vivían cerca de este, era cristalino, en muchas ocasiones se observaban peces que nadaban tranquilamente; era suave, tranquilo, sencillamente hermoso, nadábamos, pescábamos. La fauna y las flores del lugar me hacían sentir en otro mundo; los niños colaboraban con la pesca, comían chontaduro y plátano, además, los papás también cazaban muchos animales de monte.

Pasado algún tiempo, empezaron las elecciones presidenciales. En aquel entonces se diputaban la presidencia Andrés Barranta y Ernesto Samper. A los educadores de la zona nos tocaba ser jurados de votación en la vereda Barrancón, en Mandé. Yo salí con la educadora de Mandecito y con los delegados, íbamos a caballo, nos demorábamos entre cuatro y cinco horas para ir hasta allá. Cuando llegamos, todo me parecía un sueño, era un caserío construido en madera, palos parados y encima las casas, todo era llano y con arena a su alrededor, la población era afro. Cuanto más nos acercábamos, más bello me parecía. Pero no era tan perfecto, en medio del caserío se encontraba un árbol frondoso y, vaya sorpresa cuando vemos algo que de allí colgaba, un hombre, sujetado de pies y manos por un lazo.

El profesor Elkin, mi compañero de escuela en la actualidad, era el educador de ese lugar, nos esperaba con mucho cariño y nos acogió con amor en su escuela. Le pregunté por qué ese señor estaba allá colgado y muy discretamente nos dijo: «Ahora lo sabrán». No habíamos acabado de ubicarnos cuando llega alguien a decirnos que nos necesitaban para una reunión, salimos de la escuela y había un gentío reunido en medio del caserío y un grupo armado —diferente al que me había encontrado antes de llegar a mi escuela— que nos decía: «Recuerden que profesor que no asiste a las reuniones paga \$20.000, y que aquí nadie hace lo que quiere».

Nos decían: «Anoche matamos a un hombre que murió para que otro viviera, porque se puso de sapo y este que está aquí es un ladrón». Mi corazón temblaba, le pedía a Dios que no fueran a matar a ese señor que nos observaba con mirada de desolación y pidiendo piedad. Después de hablar un rato más nos dijeron que no iban a arruinar las fiestas matando a nadie más: «Este hombre va a rocear los alrededores por tres días, día y noche, mientras los demás disfrutan».

El caserío tenía solo un baño para todos, eran unas tablas casi podridas, donde una se agachaba y por debajo pasaba una agüita, todo era lleno de moscas y zancudos, cuando salíamos de hacer nuestras necesidades todo nos picaba, teníamos que echarnos vaselina, para evitar la picazón.

Las gentes preparaban sus panes con gaseosas y los iban vendiendo. Pusieron una planta eléctrica —ninguna vereda por

allá tenía energía—, y empezaron a bailar. Las parejas bailaban casi sin moverse, toda la noche en una misma baldosa. Nosotros estuvimos un rato, pero la fiesta fue día y noche; alrededor solo se observaba una luz y era un señor con una linterna rociando los pastizales, rozando los alrededores. Por varias ocasiones nos tocó ir a esa comunidad de Barrancón en Mandé. Luego continuábamos con nuestra vida normal en las escuelas.

Cierto día, llevé mis estudiantes a dar un paseo cerca de la casa de una de mis alumnas; pasaba una quebrada hermosa, cuando llegamos, todos se querían bañar, les dije que se pusieran la ropa de baño y nos metimos al agua, pero cuál sería mi sorpresa cuando vi que, hombres y mujeres, se tiraban desnudos; había jóvenes ya adolescentes, bien formados. A mí me parecía raro, pero para ellos todo era natural. Nos entramos a almorzar a la casa de mi estudiante mayor, Aleyda, y había dos señoras que nos atendían, le pregunté quiénes eran estas señoras y me dijo: «Profe, una es mi mamá y la otra una de las mujeres de mi papá que vino a cuidarle la dieta a mi mamá». Todo era normal, todo, los hombres con varias esposas, las niñas y los niños bañándose sin ropa interior; nada importaba, creo que vivía tan encerrada en mi mundo que jamás me di cuenta de que había otro muy cerca de mí, atrás de mis orejas.

Al llegar a mi casa me siento enferma, encuentro a mi niña que también había estado delicada de salud; me incapacitan por una semana, razón por la que no pude viajar con los compañeros docentes y personas que iban a la feria cada mes. Me tocó emprender el viaje sola, coger mi yegua, mi mercadito y enfrentarme a un día de camino solitario, a lomo de mula. No se veía una alma en ese camino, llegué a un charco grandísimo y la yegua no quería meterse en él, pero al lado solo había un pedacito de tierra y fácilmente nos podríamos caer por el abismo. Obligué a mi animalito a meterse en el charco, porque era eso o matarnos por la orilla, pero cuando nos sumergimos en él empezamos a hundirnos; ya mi yegua tenía parte de la cabeza en el lodo, yo salté, no podía hacer nada, estaba perdiendo mi animal, mi mercado, ya no me daba para devolverme, ni para continuar. Seguí a pie, no había casas cerca. «Dios mío, qué hago», pensé. Por esas tierras no se ve gente sino cada mes en las ferias. Me senté en una barranca a orar y a pedirle a Dios que se acordara de mí y mandara a alguien a ayudarme. Pasaban las horas y nadie aparecía; poco a poco mi yegua se ahogaba, yo estaba sola, en medio de la nada, no sabía qué hacer, amaba a mi compañera de viaje y no la podía dejar ahí muriéndose, pero también amaba mi vida, podría aparecer algún animal salvaje.

Pasado el tiempo, después de mucho llanto, angustia y desolación, escuché unos ruidos, eran unos indígenas que venían. Ni yo hablaba su lengua, ni ellos la mía, pero al ver a mi yegua

muriéndose, cortaron ramas de los árboles, las metieron dentro del lodo y, no sé cómo, lograron sacarla. El destino nuevamente me había jugado una buena pasada. Allá aprendí que, así te estés muriendo, debes caminar con todos, sola no eres nadie. Cada día que pasé en la escuela que Dios me encomendó, llamada Placer Argáez, me llevó a reflexionar sobre la cultura que cada comunidad tiene, sus costumbres, mis metodologías; fue allí donde recibí la mejor práctica para ser la maestra que soy.

Ahora, veintisiete años después, cuando encuentro jóvenes que llegan y me dan un fuerte abrazo y me dicen: «Profe, ¿me recuerdas? Tú me enseñaste a leer en Placer Argáez», siempre les digo: «Y tú me enseñaste a enseñar». Cada vez que veo a mis compañeros educadores salir a enseñar a un lugar apartado, digo que allá va un guerrero, un héroe. Desde hace diecisiete años enseño en una escuela cercana, el C. E. R. La Venta; tuve tres hijos más, mi esposo y mis dos hijas mujeres también son docentes. Hoy solo decimos: «Orgullosamente maestros».



Hacia una evaluación democrática en la escuela

Víctor David Jiménez Montoya

Institución Educativa Rural Jaipera
vic.dajimo@gmail.com

«Para empezar, la queja: los alumnos no estudian; no entienden lo que leen; escriben cualquier cosa; no tienen interés en el conocimiento... y luego la razón: “No me queda”; “no entiendo lo que leo”; “te lo dije con mis palabras y vos no me entendés”. Este es un clásico diálogo posevaluación, donde el alumno “corrige” oralmente lo que dijo por escrito entonces... El criterio de evaluación se fue modificando prácticamente —insisto en lo de prácticamente—: el criterio cuatro en realidad es un tres con cinco, el tres con cinco un tres y el tres es muchas veces un aplazo sensibilizado que reconoce el derecho a la educación».

Cristina Corea

Nos avistamos, sin duda, en un momento de la historia en el cual el desarrollo social de la especie —nosotros— fracturó los objetivos de vivir y nos adentramos en culturas cada vez más hostiles para el complejo ser humano que individualizó los objetivos y se redujo a únicos juicios de evolución en el marco de la obtención y el rendimiento. Asistimos, sin duda, a un futuro cada vez más nublado y ausente de medidas de humanización por responder con especial interés a dos postulados de la vanguardia existencialista que nos individualizó en la idea de tener —material— y de conservar —estabilidad humana a partir del tener—; estos objetivos, que por demás inician respondiendo a intereses particulares de la interacción con el otro y que requieren imponer en el colectivo ideas emancipadoras del altruista deseo humano de superación, permearon la escuela e impusieron objetivos a la misma deshumanización que nos vendieron bajo la pálida máscara de estándares y competencias.

Hoy es necesario volver al camino de la humanización del ser humano, de encontrar los caminos del éxito en el diálogo constructivo de saberes a partir de encuentros con el otro, de validar la experiencia construida en sociedad y de la comprensión del mundo desde lo real y lo subjetivo, de pensar en sociedad de conocimiento, no solo científico y teórico, sino de conocimiento transformador y posibilitador de nuevas libertades éticas y estéticas que garanticen soñar desde la escuela en la participación de escenarios políticos y éticos que den sentido al existir. En resumen, lograr que el mundo crudo o real sea el espacio para alcanzar la validación del conocimiento o, por nombrarlo de algún modo, sea el escenario para demostrar la validación de los objetivos de la escuela, denominado por otros como evaluación.

Así las cosas, la educación y el proceso formativo traen por sí mismo el objetivo de posibilitar, para quienes en él participan, la obtención de las condiciones sociales necesarias para interactuar con pertinencia en un contexto determinado. La educación, entonces, será el resultado de un proceso fundamentado en la dignidad y la integralidad del otro a partir de la puesta en marcha de múltiples engranajes pedagógicos, humanos y sociales, que se dibujan en el ser humano cuando este encuentra los recursos para tal fin.

Es en este sentido en el que la evaluación escolar, como ejercicio de validación de los conocimientos, posee en sí un sentido formador y transformador de las dinámicas escolares que aborran el sentido egocéntrico de concebir el conocimiento en paquidérmicos dueños de las verdades, enclaustrados en hermosos centros delimitados por paredes. Hoy, la evaluación rompe el molde y se presenta como un ejercicio democrático de participación; propone, en su dimensión formadora, la participación

activa de cada uno de los miembros de la comunidad del conocimiento como eje garante de la calidad en el proceso, empotrada de igual forma en un concepto de evaluación integral, constante y coherente con el objeto de conocimiento en relación con el contexto. Hoy, sin duda, los establecimientos educativos carecen del nuevo concepto de evaluación desde su concepción antropológica, como en su praxis cotidiana. Pensar en la evaluación democrática de la escuela, la evaluación participativa, individualizada, respetuosa de los tiempos y de las individualidades no es más que una utopía, un sueño calcado en anaqueles de nuevas pedagogías que tal vez se leen pero no se escriben en los PEI que evocan la Ley General de Educación, el norte del sistema educativo. Esta evaluación, «la de hoy», se ha supeditado a la evaluación mentirosa de estándares e indicadores que obedecen a mercados globalizados de la educación sin sentido formativo e integral. En este caso, la evaluación en el aula es un simple pretexto para adoctrinar los conceptos y supeditar con ello los resultados.

Pensar en los nuevos giros, abruptos tal vez, de las nuevas tendencias educativas, nos lleva a concebir en las teorías educativas vigentes un concepto de evaluación que deja de lado la humanización del proceso educativo como fin principal de la escuela y la convierte en el mecanismo para supeditar el alcance de sus metas en ese afán desaforado de formar ciudadanos como lo enuncia la Carta Constitucional de 1991. En estos términos, la evaluación educativa, en los niveles de enseñanza básica y media, tiene única y exclusivamente propósitos formativos, es decir, de aprendizaje para todos los sujetos que intervienen en ella. La evaluación es aprendizaje en la medida en que es un medio a través del cual se adquieren conocimientos. Los profesores aprenden para conocer y mejorar la práctica docente en su complejidad, y para colaborar en el aprendizaje de sus educandos conociendo las dificultades que tienen que superar, el modo de resolverlas y las estrategias que ponen en funcionamiento tal actividad. Los estudiantes aprenden de y a partir de la propia evaluación, de su corrección y de la información contrastada que le ofrece el profesor, que será siempre crítica y argumentada (Álvarez, 2001, p. 12).

Tomando en cuenta la percepción anterior, con la que se fundamenta el Decreto 1290, es pertinente enunciar que la evaluación es, por sí misma, un proceso formativo con el que el maestro está revisando, no solo la obtención de conocimientos, sino, de igual manera, el desarrollo del proceso en la difícil tarea de individualizar el conocimiento. Este ejercicio constante y paulatino será, en otras palabras, el direccionador de las acciones y el validador de objetos, en la medida en que este sea un proceso permanente, progresivo, transparente, objetivo y creativo en lo cognoscitivo y en la interacción social, desde las dimensiones comunicativa, axiológica, corporal o biológica, socioafectiva, es-

piritual, moral y tecnológica, fundamentado en la cooperación, la autonomía y la conciencia social.

Este nuevo concepto y fin educativo de la evaluación en el aula está fundamentado en el reconocimiento de las diferencias individuales y de los diferentes ritmos de aprendizaje; por eso se debe garantizar la objetividad en el proceso evaluativo, de acuerdo con las capacidades del estudiante, sus actitudes, aptitudes, esfuerzos e intereses, para con ello lograr alcanzar la meta enunciada en la Guía 11 del Ministerio de Educación Nacional cuando reza la ministra: «La meta fundamental que debe regir a todo maestro o maestra, es la de procurar de manera absoluta que todos sus estudiantes alcancen de manera exitosa los fines propuestos», pues, de lo contrario, estaría en una terrible discusión con la premisa que en el mismo documento se consagra a la educación como formadora de seres integrales en este enunciado: «Nadie va a la escuela con el propósito de no aprender nada, ser excluido o perder el año; por el contrario, se llega a ella, con diferentes ritmos y desarrollos de aprendizaje, intereses y disposiciones». Queda claro, entonces, que la educación es el espacio para encontrar y construir en comunidad los mecanismos facilitadores del existir en pro de una incursión exitosa del ser humano en la sociedad.

A manera de cierre, se puede afirmar que la evaluación pone al descubierto parte del llamado currículum oculto del profesorado; planteamientos didácticos aparentemente innovadores pueden ser discutidos cuando se observa qué y cómo se evalúan los aprendizajes promovidos y hace con ello una confrontación entre el maestro, el estudiante y el objetivo planeado, y asume el compromiso de emparentar los resultados con los procesos; sin embargo, la evaluación escolar posee, en sí misma, una serie de condicionamientos internos y externos que podrían alterar los resultados del proceso o tergiversar la lectura de los resultados de la evaluación en sí misma. Apalancar la evaluación en el ejercicio participativo y democrático hace que la construcción colectiva de objetivos establezca al igual una acción colectiva en función del éxito y la obtención de los objetivos.

En consecuencia, la participación de los agentes educativos en la construcción de los objetivos permite desarrollar una evaluación objetivo, siempre y cuando se establezcan los criterios de participación en ella. De esta definición no se infiere directamente que la evaluación se tenga que identificar con exámenes y que deba implicar necesariamente un acto administrativo; esta identificación es resultado de una visión parcial de la función que tiene la evaluación en el proceso de enseñanza-aprendizaje. La evaluación de los aprendizajes presenta básicamente dos funciones: una de carácter social de selección y de clasificación, pero también de orientación del alumnado, y otra de carácter peda-

gógico, de regulación del proceso de enseñanza-aprendizaje, es decir, de reconocimiento de los cambios que se han de introducir progresivamente en este proceso para que todos los estudiantes aprendan de forma significativa y participativa en busca de establecer que dicho proceso contenga las características necesarias para alcanzar la formación integral como lo enunció: valoración integral, objetiva, transparente, flexible, permanente, progresiva, coherente convergente, divergente, responsable con la sociedad, didáctica, con diversos recursos y diversas estrategias en el marco de la inclusión de criterios de autoevaluación, evaluación y heteroevaluación, logrando con esto la construcción de evaluación formadora de Nunziati; en otras palabras, enunciando que la coevaluación y la autoevaluación, entendidas como representación de las propias capacidades y formas de aprender (Allal, 1988; Paquay et al., 1990) permiten: (i) la comunicación de los objetivos y la comprobación de la representación que de estos se hacen los alumnos; (ii) el dominio por parte del que aprende de las operaciones de anticipación y planificación de la acción; (iii) la apropiación, por parte de los estudiantes, de los criterios y los instrumentos de evaluación del profesorado.

En resumen, la evaluación formadora e integral se compone de los siguientes criterios, cada uno en igual proporción de importancia y rigurosidad:

Autoevaluación: evaluación por parte de los estudiantes de sus propias producciones.

Evaluación mutua: evaluación por un alumno o grupo de alumnos de las producciones de otro alumno o grupo.

Coevaluación: evaluación de la producción de un estudiante por él mismo y por el profesor o la profesora.

Con estos tres elementos fue posible la construcción de unos planes de afianzamiento de aprendizajes y de aplicación de conocimientos durante todo el proceso antes, durante y después, como lo sostiene Sanmartí y Jorba, citando a Allal (1988), al enunciar como fundamento pedagógico una evaluación antes de la enseñanza —colectiva y diferenciada—, durante la enseñanza —formativa, es decir, interactiva, retroactiva y proactiva— y después de la enseñanza —sumativa—. Autoevaluación, evaluación mutua y coevaluación estarían determinando el fin último de la evaluación pedagógica escolar en el aula como posibilitadora de aprendizajes significativos en función de la calidad educativa.

La evaluación es un proceso formativo, toda vez que se constituye en parte del proceso de construcción de conocimientos, integra a las diferentes formas colectivas de valoración e incluye un concepto democrático de aplicación.

Es preciso anotar que asistimos a una nueva escuela y a un nuevo mundo del conocimiento y es necesario, para ser parte de este encuentro con el saber, vestarnos de gala, rasgar las vestiduras que nos atan mentalmente a la vieja historia educativa —por demás exitosa—, de una evaluación coercitiva, lacerante, castigadora y desaprobatoria para ayudar a romper las cadenas de la encuadernación y homogenización del conocimiento y abrir las ventanas de la individualización y la creatividad, para que también para nosotros la escuela sea un espacio de deconstrucción y desaprendizaje para aprender con otros. Por una educación posibilitadora de nuevos mundos y nuevas felicidades, la alegría de aprender por y para mi ser, de volver a centrar el gusto de la participación en el encuentro de las risas, los saltos, los colores; en el encuentro de la felicidad del compartir, de crear un mundo nuevo en el que caben la danza, el teatro, la música y, lo más importante, la oportunidad de aprender cada vez algo nuevo.

Esquirla 1. Hoy, en las ventanas abiertas de la ausencia, cuando la escuela modificó sus espacios y se vio obligada a migrar hasta los hogares, las familias se vieron inmóviles en el tiempo y se perdieron en las tareas, los talleres, las actividades que nos invitaron a los docentes a realizar y que dieron valor a la escolarización, al rol del pedagogo que enseña y que acompaña; lástima que esa evaluación, un poco más objetiva y menos apasionada del quehacer docente sea fruto del dolor que trae en sí mismo el desencuentro de la pandemia, de un virus que desdibujó la escuela para favorecer la familia.

Esquirla 2. Asistimos, sin duda, a la construcción de un nuevo escenario humano, un espacio para la resignificación del ser, del vivir, del actuar; la escuela no puede ser inferior al reto de crear la posibilidad de concebir un mundo para la paz y la armonía. La escuela que nos espera nos dará la oportunidad de volvernos a abrazar, jugar, bailar, colorear, tal vez correr solo para divertirnos; la escuela que nos espera fundará sus cimientos no en la evaluación del desenfrenado paso del tiempo y los contenidos, sino de la democratización del individuo que se vincula a una sociedad para elegir sus sueños y sus anhelos.

Esquirla 3. Cuando la evaluación sea un fundamento de la enseñanza y el respeto a la integridad del otro adorne el quehacer educativo, nuestra sociedad asumirá con gusto el reto de la transformación que hoy nos exigen la ciencia, la cultura, el arte, pero, en especial, el reto al que nos invita el encuentro con el otro.



Génesis y pensamiento utópico de un maestro

Rafael Oscar Betancur Correa

*Institución Educativa Rafael Uribe Uribe
filosralf21@yahoo.es*

En la construcción de una personalidad intervienen muchos factores, temporales, geográficos, culturales, políticos y religiosos, entre otros... En Colombia, como en cualquier latitud, el proceso educativo, natural en el hombre, ha surgido de las mismas intencionalidades con que se inició el proceso de conquista y colonización, marca indeleble de injusticias y desigualdades que persiste en los pueblos y en los individuos a lo largo de los siglos. Allí, donde existían pequeñas aldeas, grupos humanos con proyectos de vida, sin ser aún llamados «proyectos» por la técnica del lenguaje, se encontraban hombres y mujeres aprendiendo a ser humanos.

Dentro del seno de una familia surge un sujeto con conciencia propia, alguien pensante, inmerso en medio de una comunidad, influenciado incluso por el paisaje. Sabe que ha sido llamado por un nombre que lo hace individuo dentro de un colectivo, inicia su propio camino hacia el conocimiento, los significados y los significantes; se reconoce allí una infancia que corre dichosa sobre unos suelos, bebe sus aguas, juega en sus calles, ora en su templo y, desde las cimas de las montañas, lanza sus sueños.

Valparaíso, terruño grande de sus ancestros, él lleva tu nombre como un tatuaje dentro del pecho, así mismo como en su médula espinal se ha plasmado el paisaje del cañón del cauca, el cerro del Potrerillo y los imponentes farallones. El infante empieza a ser partícipe de las vivencias cotidianas, se le inscribe en una escuela, aprende a ser y crecer con los otros. Desde múltiples propuestas académicas, sobre todo del testimonio de

sus formadores, como modelo futuro para convertirse en maestro, refuerza sus tradiciones y relatos orales, lee e interpreta el abanico de múltiples ideas y pensamientos de los más grandes e ilustres pensadores y escritores; comenzando por las fábulas, haciendo el recorrido por las abstracciones numéricas, alcanzando la interpretación de los acontecimientos históricos, los gloriosos y dolorosos de su patria y del planeta entero, tratando de comprender el mundo que le rodea, procurando adaptarse como la parte a un todo.

El principal núcleo de cultura lo constituyen las ideas y, sobre todo, los valores tradicionales que van unidos a ellas, ideas y valores que las colectividades han producido y adoptado a lo largo de la historia. (Velásquez, 2018)

Los principios morales y éticos, con los que creció, los halla dispuestos y muchas veces confusos y contradictorios en directrices institucionales de toda índole; en normas, manuales, reglas, juicios de valor que vienen desde afuera; los mismos que acepta, sí, porque los han sabido llamar «institución». Mas no se conforma con ellos y menos se somete a ellos en salvaguarda de su libertad; se inician en él las rupturas para lograr junturas.

Un día, aprende lo valioso del vuelo, sus sueños de libertad, de progreso, sus anhelos de superación personal fijan en el horizonte una meta: ser persona para permitir que otros lo sean. Ha roto el cordón umbilical que le une a su tierra, se ha desprendido, se retira como el maestro al silencio de la montaña. ¡Oh, sorpresa! No es la paz y el sosiego lo que encuentra, es la agitación de una humanidad ansiosa, de una sociedad sumida en otros ideales más o menos impredecibles; individualismos, poder, acumulación de capitales a costa de lo que sea, engaños, tramas y trabas politiqueras. Es hora de revisar y valerse del equipaje con que ha sido preparado para la vida.

En el espejo retrovisor de su existencia se reflejan unos seres íntegros, intachables, los mismos que forjaron en él las bases que del hogar traía. Es un reencuentro con sus directores de escuela y de colegio, aquellos que pusieron en su ser la impronta de una vida honesta y del respeto por los demás, inspirados, ante todo, en sus convicciones personales y apuntalados en las orientaciones de quienes, representando una sociedad, y con el ejemplo, procuraban otrora forjar ciudadanos de bien para honrar con el respeto a la vida, en todas sus manifestaciones, y orgullosos de la patria.

Pasan por sus recuerdos aquellos seres que enseñaban con la vocación de maestros, que inspiraban aprecio y reconocimiento en sus discípulos, puesto que enseñaban desde su propia experiencia lo que su visionaria y sana conciencia social dictaba, modelos de vida para su existencia.

Mas, toda historia personal o colectiva, real o hipotética, en sus tiempos, en sus protagonistas, en sus objetivos, cuenta con luces y sombras. Ese espacio educativo llamado escuela, allí en medio de un paraíso, entra en una dura caparazón, se hace ciega, muda y sorda al clamor de niños y jóvenes; no es el momento para ponerlo de manifiesto, sobre todo, aquellas verdades amargas que se sumergen en la oscuridad del tiempo, cuando este no es propicio, así sea por la intervención equívoca de un solo hombre. Baste decir que la mayor oscuridad visible es el acomodarse a las circunstancias y resignarse, porque así tiene que ser, porque no hay nada más que hacer o porque «no hay quién le ponga el cascabel al gato».

Argumentos, quejas, reclamaciones al proceso educativo y a la institución misma. «No se trata de máquinas... se tienen sueños... la pobreza material, priva de comodidades materiales... la pobreza de propuestas educativas serias esclaviza para siempre». En su interior se escuchan los señalamientos; líderes foráneos sin compromiso real, directivos docentes y docentes, la mayoría de ellos «de paso»; los profes perdieron su horizonte, se trabaja solo por el salario; las familias no encuentran la ruta para sus hijos, los jóvenes perdieron su rumbo y cambiaron sus valores.

En el parque de su pueblo, una ceiba centenaria, pizarra natural en la que se graba esta historia, testigo mudo de muchas generaciones, muere lentamente viendo a su gente sumida en el letargo de la indiferencia. Allí, la vida y la muerte, la muerte y la vida, dos caras de la misma moneda, cuota de un nuevo amanecer.

No se te olvida Valparaíso, pues se te quiere; por el mensaje que de tus cumbres reparte el viento, el verde de la esperanza. Ese eco de aprender a ser desde lo educativo «amando el conocimiento, la verdad y la justicia», como reza a la entrada de la institución, como valores perennes en la construcción de una sociedad más justa para todos.

Lejos de los suyos, con ese equipaje sin estrenar, pero enriquecido con lo vivido en tierras extrañas, desde otros escenarios sociales y educativos, da cuenta y es consciente de una realidad, la escuela y el colegio que albergaron sus sueños de niño y adolescente avanzan y se constituyen, a pesar de todo, en institución educativa con un gran nombre Rafael Uribe Uribe. «Tiene el derecho por mil títulos para estar en el pedestal de la historia patria» (Henao, 2014, p. 11).

Qué gran motivación e inspiración para la reconstrucción de su Proyecto Educativo Institucional, en ese prospecto de vida entregado a la patria, en ese paisano, mártir laureado en todo el territorio nacional que, refiriéndose al proceso educativo expresara:

Es enseñando hechos y la razón de los hechos, la sustancia no la forma, como educaremos ciudadanos hábiles y fuertes, como formaremos con urgencia el presente y el porvenir de la Patria. (Uribe, 1904)

En este chispazo de aliento pedagógico y social pensado en los albores del siglo xix, tan claro y vigente hoy, siente que cobra vida la imperante exigencia de los jóvenes de su pueblo.

Inquieto por tal demanda, decide el regreso, le surgen nuevos interrogantes, nuevos retos; experimenta incomprendiones, malos tratos, incomodidades, frustraciones, a pesar de todo persiste en su empeño convencido de que es a partir de la educación el cambio de su patria chica para impactar la patria grande. Cómo superar la talanquera del conformismo social, cómo sortear y reducir la brecha del resentimiento ciudadano incubado por tantas décadas en un pueblo tan pequeño, cómo salirle al paso para no seguir abordando el ejercicio de la enseñanza aprendizaje desde las superficialidades, siempre con la disculpa de «la responsabilidad es del Estado».

Ya en sus sueños, con la Ley General de Educación como puntal, parafraseando los ideales de su paisano general, se embarca en un proyecto que involucra a las nuevas juventudes de estudiantes en proyectos prácticos, provistos de conocimientos pragmáticos, ante todo, en la lucha por la vida, con el ardiente deseo de inspirar en estas nuevas generaciones el amor por el emprendimiento, las letras y las artes.

Desde las laderas del alto de Potrerillo ve hoy su pueblo, por sus caminos verdes aún pretende ser el niño alegre que iba a la escuela y a su colegio. La vida misma le presenta las oportunidades y ese ser humano, sin olvidar su infancia, e ingenuo por sus percepciones, se encuentra allí, laborando como docente.

En el presente, sigue labrando allí su existencia, su proyecto de vida ahora pertenece también a la institución educativa de ese pueblo que le vio nacer y que tanto ama.

Comprende la responsabilidad de pensar con otros, para sí y para otros, un PEI que sane las heridas causadas por las diferencias sociales, políticas y religiosas del pasado, integrando en propósitos comunes a toda la comunidad. Que, con directrices claras, permanentes y, sobre todo, continuas en el tiempo, sea el faro moral e intelectual que ilumine el camino de las presentes y futuras generaciones. Que desde lo administrativo visualice y ponga en ejecución prácticas que aviven el sentido de pertenencia de todos los miembros de la comunidad por la institución y el municipio. Que a partir del ejercicio pedagógico motive los procesos con dinámicas actuales y significativas para los estudiantes de hoy, sus familias y sus expectativas de vida.

Desde el seno de la institución educativa se forjarán así hombres y mujeres que harán de este pedacito de cielo una verdadera tierra de esperanzas, digno de llamarse «El Valle del Paraíso», donde se entona con amor el himno de Valparaíso

Tierra de mis mayores, de mis amores, cuna sin par,

ahora, con tu permiso, Valparaíso vengo a cantar.

Tierra, tierra antioqueña, bajo la ceiba eres canción,
patria, mi patria chica, cumbre gloriosa de la nación...

Traigo para entregarte, Valparaíso, mi corazón.

A ser profesor se llega por el azar, a ser maestro se llega por las convicciones.

Bibliografía

Velásquez, G. (2018). Valor social de la educación y la cultura. Universidad Eafit.

Henao, Javier. (2014). Rafael Uribe Uribe: un gran colombiano. Bogotá: Universidad Libre. https://puntokritico.blogspot.com/2018/04/socialismo-de-estado-rafael-uribe-uribe_6.html.



Desmitificando la ciencia Rafaelita

Jesús Alonso Combariza Díaz

Institución Educativa Rafael Uribe Uribe
jesus.a.combariza@hotmail.com

La ciencia tiene cara de ogro: intimidante, tenebrosa, que infunde una sensación de temor o desmotivación al nombrarla. Era una de las tantas frases que resonaban en los pasillos de la institución y cuyas emociones maquillaban las caras arrugadas y perezosas de los que cruzaban la fría puerta del aula. Todo un espectáculo de

Dante: parecían almas en pena marchando en lerda fila hacia el averno.

El rector era consciente del oscuro diagnóstico y conocía la historia de trasfondo. Meses enteros sin un docente al frente, profes de tiza y tablero a reventar, y una ciencia inobservada y asensorial tallaron a pulso la máscara del monstruo. «Un doliente del tema es la mejor solución», decía con voz ceremoniosa en las tardes de charla y café. El hombre que capitaneaba el barco no solo era de espíritu científico, también un gran pedagogo, tanto con estudiantes como con docentes. Meses atrás de mi arribo a la fresca localidad valparaiseña, y enmarañado entre las selváticas montañas nortesantandereanas, me había contactado con la esperanza de hacer de su ideal, del ideal institucional, una realidad. En esa época vivía en la incertidumbre de seleccionar el lugar correcto para hacer mi iniciación en la docencia, un espacio con un contexto que redujera al mínimo el daño colateral que causa la inexperiencia. Pero la indecisión se difuminó con una frase motivadora: «Usted es el que esta institución necesita, arriéguese a aprender». Pedagogo hasta el final.

A 45 días y 741 km de distancia me hizo rodear virtualmente del contexto valparaiseño: clima, comercio, rutas, población, economía, problemáticas sociales y, en concreto, el contexto educativo. Me hizo enamorar «a las malas» de la tierra a la que se había encariñado. En su afán vocacional de enseñar y liderar, supo ilustrar con didáctica claridad el mapa del recorrido a realizar: lo que había, las problemáticas del entorno educativo, su diagnóstico y antecedentes, como punto de partida; el proyecto educativo como guía o medio; y los estándares básicos de competencias como fin. El mapa del tesoro estaba trazado; ahora, ¡a buscarlo!

El 9 de julio de 2018 disfruté por primera vez del cálido clima natural y social de la comunidad. Fue la caballerosidad del rector la que me guio por los lugares comunes que frecuentaba y las recomendaciones de rigor. Pero al día siguiente dio a conocer su carácter científico, de liderazgo y de pertenencia por su institución.

—Vamos a mirar el aula de clase —me dijo.

—Mejor vamos a mirar el laboratorio primero —le respondí.

Una sonrisa de satisfacción me señaló que había dado en el blanco, ya que si lo que se quería era perseguir las metas de calidad expuestas en los estándares, y enrutadas en el proyecto educativo institucional, el mejor mecanismo era el laboratorio. La praxis de la ciencia permite los mejores aprendizajes significativos de los conceptos que otrora habían sido enmascarados como monstruos; como lo había escuchado de una gran docente

alguna vez: «Si lo que se quiere es aprender ciencia, llévelos mejor a un huerto».

En realidad, no había laboratorio. El espacio sí estaba, pero era más un almacén de chécheres que otra cosa. Lleno de polvo, animales muertos y basura por doquier, el lugar presentaba más un riesgo potencial que un aula para el aprendizaje debido a la presencia de las sustancias químicas, desorganizadas sobre los mesones y el piso, sin etiqueta, y muchas de ellas con signos de deterioro, derramamiento o incorrecto almacenamiento. Dos meses, agosto y septiembre, trabajando en las horas de la tarde —claro está, horas extras no remuneradas—, debieron pasar para limpiar y clasificar objetos, descontaminar mesones, organizar estanterías, recuperar materiales, arreglar líneas de agua y energía, etc.

Cuando terminó la fase de recuperación, el rector, satisfecho con el avance, contrató la instalación de una nueva línea de gas para la ubicación de nueve puestos de calentamiento con mecheros Bunsen, lo que incrementaría la capacidad instalada del laboratorio a veintisiete estudiantes —tres por puesto, lo recomendable en trabajo pedagógico en ciencia—. El nuevo rector, Ever Argüelles, contrató la renovación de la dotación en instrumental de laboratorio y sustancias químicas, y a inicios del 2020, se estableció el reglamento interno de funcionamiento del laboratorio y las normas de seguridad que lo rigen. Sin embargo, el cambio más importante se dio en el estudiantado: una notable predisposición positiva de la actitud hacia el trabajo en ciencia. La motivación derivada de la novedad, el descubrimiento, la curiosidad por el saber hacer en el laboratorio había mellado en la monstruosidad enquistada de la ciencia en las mentes juveniles. En cada práctica diseñada, cada observación experimental, cada asombro, se evidenciaba la exitosa consecución de los logros establecidos en la institución. En los pasillos fue relevada la ruinosa frase: «¡Qué pereza ciencias!», por una más gratificante: «¿Qué vamos a aprender hoy, profe?». Las prácticas de laboratorio se complementaban con las salidas de campo dentro y fuera de la institución, y las visitas guiadas en los parques de Medellín. Todas estas acciones fortalecían la relación del estudiante con el área, la motivación y el trabajo consciente y en equipo. El tesoro había sido descubierto.

El proyecto cobró trascendencia cuando, a mediados de 2019, una estudiante del grado noveno realizó una pregunta problematizadora a partir de una observación que hizo del entorno: «Profe, ¿por qué hay tantas mariposas en la institución y que no se ven afuera?». Esta cuestión fue el detonante para abrir un nuevo espacio que fortaleciera y trascendiera los procesos de la Gestión Académica: el Semillero de Investigación en Procesos Agroindustriales y Ciencias Aplicadas (Payca).

Aprovechando las horas libres o extracurriculares de las jornadas de la tarde, se inició la investigación junto con algunos estudiantes interesados en la identificación de las especies de lepidópteros diurnos existentes en el campus de la institución. El producto de la investigación, que fue el catálogo de especies, fue premiado a finales del 2019 por el programa de iniciativas ambientales de Corantioquia con un recurso para iniciar la segunda fase del proyecto: El Mariposarium del Cartama, un laboratorio de biología viva para el estudio de temáticas propias de la biología y las ciencias naturales. La iniciativa ha fortalecido aún más el acercamiento de la ciencia a los estudiantes, muchos de los cuales ahora forman parte del semillero de investigación, participaron en la construcción del nuevo laboratorio y son parte activa de los programas del proyecto con el apoyo y el acompañamiento de los padres de familia que, contagiados por la curiosidad despertada en sus hijos, participan en el camino del descubrimiento y el asombro por los procesos de la naturaleza —aún desde la casa como consecuencia de la pandemia— con el programa Adopta una Mariposa. Habíamos encontrado la joya de la corona del tesoro.

El laboratorio es el espacio por excelencia para perseguir y lograr los objetivos institucionales en calidad educativa en ciencia, para motivar el interés del estudiante por esta a través del descubrimiento y la práctica del saber hacer, y para inspirar y despertar en los jóvenes ideales que motiven su formación continua o profesional para el futuro. El laboratorio es el Van Helsing de la ciencia, el desmitificador, el cazador de monstruos, el desenmascarador del terror. Eso sí, correctamente administrado, gestionado y diseñado. Es frecuente escuchar noticias acerca de accidentes ocurridos en laboratorios de instituciones educativas producto de la negligencia tanto de estudiantes como de docentes, y por los cuales las autoridades toman la decisión de sellarlos; o escuchar comentarios de instituciones que, aun contando con laboratorios excelentemente dotados, tienen estas aulas especializadas, estos mapas de tesoros, estas poderosas herramientas educativas, selladas y acumulando polvo por miedo al riesgo químico o biológico y a la accidentalidad o por la falta de preparación profesional de los docentes. El laboratorio no es solo pared y cemento: es un espacio de recreación en ciencia. Es un huerto, un jardín de flores y mariposas, es un bosque. Es lo que la recursividad y el ingenio, articulado a las demás áreas del saber y a los procesos institucionales, permita el desarrollo de aprendizajes significativos y la consecución de los fines misionales de la institución. Todos tenemos el mapa del tesoro en nuestras manos: solo es cuestión de querer y arriesgarse a aprender.



El idealista

Mario de Jesús González Cano

*Institución Educativa Rural Abelardo Ochoa
Mario4504@hotmail.com*

Era un joven astuto, inteligente y suspicaz, con anhelos de triunfar como todos los de su edad. Quería llegar a ser alguien en la vida, por ende, intentaba proyectar un mejor futuro para los suyos. Vivía con sus longevos y gastados padres en lo profundo de una sombría y ondulante arboleda, en una humilde casa abrigada por imponentes guadales, afanosamente erguidos en su afán por alcanzar la inmensidad celestial.

Su tiempo, habitualmente, lo alternaba entre ayudar en las labores desprendidas del entorno de su hogar, cumplir al máximo con sus responsabilidades académicas, y en ocasiones trabajar en las tardes, o quizás, uno que otro día de la semana para conseguir algún sustento; su precaria realidad económica, además, de la inhabilidad física de sus padres, le exigía encontrar la forma para obtener algún aporte que contribuyera a la economía familiar.

Este muchacho, flaco, alto y laborioso, siempre respetuoso, delicado y considerado con los de su entorno, se conocía con el apodo de «el Mono». Su tez blanca empalidecida, se confundía con los destellos refulgentes de sus largos, ondulantes y amarillentos cabellos. A pesar de su corta edad, su cara ya empezaba a irradiar secuelas de deterioro ocasionado por su ineludible exposición a las inclemencias climáticas.

Sus padres, «mis viejos», como solía llamarlos, desgastados en salud y en edad, constantemente acompañados por su servil, diestro y desdentado perro, apenas podían realizar labores que no les demandara demasiado esfuerzo. Ellos eran su única compañía y razón de ser. Entre todos, armonizaban el ambiente

de su humilde casa, formada por una única y larga habitación construida en bareque, techada con latas, en la que había dos camas, un par de sillas, una mesita y un pequeño espacio donde se improvisaba una pequeña cocina de leña. Asimismo, en sus grandes y majestuosas paredes había una imagen del Corazón de Jesús y una fotografía descolorida de su primera comunión. Todo esto era cuidado y protegido con inigualable esmero; cual preciado y significativo tesoro de su estirpe ancestral.

El Mono asistía a una sencilla pero pintoresca escuela ubicada en la cúspide de una colosal planicie, cuyo ascenso se forjaba a través de un camino elevado generalmente sosegado y salpicado por un sofocante sol temprano, cual flama que surge como incendio consumiendo en alma y espíritu a todo aquel que emprendiese su tediosa travesía osando escalar su prominente colina.

Aunque en las mañanas, cuando apenas empezaba a reflejar la luz pálida del alba sobre la sombría montaña, el silencio del camino se mostraba más abrumador que el temeroso frío de cada amanecer; silencio mismo que se rompía con los majestuosos ritmos del trinar de las aves, que al fusionarse con el profundo e inquietante aroma expelido por las flores, formaban juntos el inconfundible elixir reconfortante, de cuyas esencias no se ansiara desprender jamás.

Todas las mañanas, al igual que sus similares, el joven Mono se levantaba muy temprano, disimulando desde su somnolencia las insoportables heladas que cada madrugada consigo arrastraba. Encendía una vela; ¡aún estaba oscuro!, y se le dificultaba visualizar su entorno con naturalidad. Se organizaba a la mayor brevedad posible para iniciar los quehaceres cotidianos, para luego emprender un viaje de una hora que tardaría en llegar a la escuela, algunas veces, por supuesto, sin un buen desayuno, pues su situación económica no le ofrecía muchas alternativas.

En algunas ocasiones, las rutinas mañaneras en su casa le tomaban al Mono más tiempo del usual, de tal manera que sin darse cuenta llegaba tarde a la escuela. ¡El portón que aseguraba la entrada ya estaba cerrado! Cuando esto sucedía, llamar o tocar la puerta para que le abrieran nunca fue una opción, ya que temía que le regañaran o enviaran por el acudiente.

Le preocupaba el solo hecho de pensar que sus ancianos padres emprendieran tan molesto viaje sin oficio alguno; estaba seguro de que nada podrían hacer al respecto, aparte de pasar la pena porque, como dicen: «nadie sabe lo de nadie». Entonces prefería saltar sobre los muros y hacer tiempo en la cancha hasta la segunda hora de clases. Mientras esperaba, aprovechaba la soledad para descansar o leer, al mismo tiempo que recuperaba algo de energías, pero escondiéndose entre los arbustos del lindero tratando de pasar desapercibido.

El joven tenía un gran gusto por la lectura. Uno de sus esparcimientos predilectos era departir con las personas, especialmente con la gente experimentada. Ambas interacciones tertulianas dejaban la experiencia enmarcada como huella significativa al punto de considerar consecuentemente el arte de leer como parte esencial en la vida del ser humano. Así que tenía muy claro este concepto; suponía la habilidad de asimilar el contenido de los escritos como parte fundamental para la formación integral de las personas, de hecho, percibía que su mente era cada día crecidamente activa, más abierta hacia ambientes realísticos, forjadora de su propia transformación e inspiradora para crear su propia forma de entender e interactuar con el mundo.

En el salón de clases, el Mono experimentaba unos acontecimientos muy diferentes a los que su imaginario presumía sobre lo que podría ser el entorno escolar; un espacio donde, además de fomentar una formación didáctica, conllevara, no solo a la adquisición de conocimientos, sino también donde se pudiese deleitar con regocijo de la gran diversidad que allí se albergase. En su ideario vislumbraba la escuela como un recinto de aprendizaje y, a su vez, de disfrute de toda esa gama de valores y complementos que impactan y fortalecen el camino hacia el éxito.

La diferencia de su percepción no radicaba específicamente en el sentido de tener que atender a las clases, porque siempre le agradaba la idea de aprender, interactuar, conocer, compartir, sino, de poder formar parte de ese todo, de pertenecer efectivamente a la escuela, que fuera escuchado y comprendido, ya que tenía una concepción claramente sensata sobre el sentido de la escolaridad, o al menos había leído algo sobre ese respecto, por lo tanto, podría suponer que había algo que le agobiaba en la realidad vivenciada, algo que, por mucho que se involucrara, le cohibía evolucionar.

Había una serie de acontecimientos que siempre agobiaban a este joven mientras departía en el entorno educativo. Los mismos que se convertían en protagonistas del escenario fantasmal que había que compartir durante la coexistencia escolar.

La primera zozobra estaba relacionada con la imposición de vivir bajo un régimen que conllevara a ser seguidores de normas, o a posiciones verticales, independiente de las consideraciones situacionales del contexto, además, el hecho de que se compartiera una realidad estática, única, sostenida por la ciencia tradicional, y otra, concebida como un devenir constante y construida a partir de las múltiples perspectivas humanas.

Asimismo, cuestionaba la metodología de enseñanza de muchos profesores. ¡Sentados en sus escritorios, cual inabordables solemnísimos y sublimes poseedores de un conocimiento!, frente a unos estudiantes ¡rezagados, confundidos y temerosos!, intentando captar una información dilapidada entre rumores y

silencios, cuyos contenidos se evaporarían confundidos entre los incansables parloteos de los estudiantes, deseosos por salir a descansar.

Pero, de repente, se pierde la armonía y la calma; todo se complica... no es lo que se esperaba. ¡Aparece la tragedia! ¡Es hora de pasar al tablero! Se escucha una voz retumbando la escasa calma que motiva el pensamiento, aumentando el palpitante del corazón. Muchas preguntas... escasas respuestas. Retumban las paredes abismadas tras un silencio sepulcral. Solo una voz tenebrosa, provocadora de miedos e inquisidora del derecho a equivocarse y a la libre expresión. Se pierde la conciencia y llega el olvido. «¡Descerebrados! ¡Desvergonzados! ¡Buenos para nada!». El cansancio aumenta, se contamina la angustia. No se capta... no se entiende... no se es... no se está... no se aprende.

Todo queda en el olvido, solo prevalecen las lesiones ocasionadas por determinaciones impositivas de enfoques e influencias propias, que olvidan que la escuela podría ser uno de los ámbitos privilegiados para el reconocimiento de la multiplicidad de perspectivas, y convertirse en una alternativa para aprender a articular la trilogía: sentir, pensar y actuar con otros para construir y transformar.

El joven visionaba al sujeto de la escuela en su capacidad para crear un futuro diferente al presente; más humano, empático y con valores éticos bien cimentados, que conllevara a ser personas del mañana con una mentalidad incomparable a la actual, sin limitaciones para lograr metas de calidad.

Imaginaba que, para lograr esta realidad se requerirían docentes que lograran reinventarse de acuerdo con el contexto, sin enfocarse en determinada situación, sino más allá de la realidad. Docentes que fueran conscientes de llevar una relación entre humanos en los procesos educativos, en los que se reconozca al estudiante como sujeto que requiere paciencia, comprensión y que, además, sea considerado como parte de un todo; acogido, no solo como persona, sino también como ser que necesita ser visibilizado y orientado desde sus potencialidades y necesidades, pero, sobre todo, «ser escuchado y comprendido», ya que muchas veces se aprende desde la diferencia.

Consideraba que se hacía perentorio cambiar este paradigma, por lo tanto, exhortaba a brindar la oportunidad a quien aprende, a que pudiera participar con libertad, donde sintiera que sus ideas fueran escuchadas, y pudiera desarrollar capacidades que propendieran hacia la superación de sus limitaciones.

Asimismo, que se reconociera la existencia de un sujeto que vive muchas veces en familias desintegradas; representada en unos niños que deben cumplir responsabilidades en el hogar, que se convierten en niños huérfanos con padres vivos.



La salida pedagógica

María Fernanda Polo Méndez

*Institución Educativa San Antonio de Padua
mariapolomendez@gmail.com*

Soy docente de la Institución Educativa San Antonio de Padua, como profesora me emociono y gusto de las actividades extracurriculares, incluso los actos cívicos los disfruto como el producto del esfuerzo de mis estudiantes. La salida pedagógica fue una oportunidad de visitar otros espacios, cambiar la dinámica académica y experimentar nuevas opciones pedagógicas.

Llegué en 2019, y como es natural, me interesaba, y aún, conocer los territorios donde laboro. La salida pedagógica fue una oportunidad para explorar parajes del municipio y observar, desde dentro, cómo una actividad pedagógica puede transversalizar diferentes áreas y oxigenar las prácticas pedagógicas.

La Institución Educativa San Antonio de Padua es un colegio bonito y acogedor ubicado en el municipio de Támesis. Tiene largos corredores, adornados por el azul y el blanco de sus paredes; espacios deportivos y grandes zonas verdes que hacen de este un lugar adecuado para estudiar. En especial, junto a la cancha de fútbol hay un gran samán bajo el cual los estudiantes se entretienen haciendo tareas, charlando y jugando. Es uno de los sitios predilectos de los jóvenes. Muchos comentan, y con acierto, que en las temporadas escolares y con el bullicio y la alegría juvenil, este gran árbol se torna verde y frondoso y que, en épocas de vacaciones, parece como si estuviera en un otoño triste, pues pierde sus hojas y se torna café. Así es como está el gran árbol durante esta pandemia. Al fondo se erigen majestuosas y grandes montañas y entre ellas baja el río San Antonio y algunas cascadas, como La Peinada, que hacen de este territorio un gran caudal. El clima es ambiguo, si puede dársele este apelativo. Algunos días amanece muy despejado, con un sol que

pica en la piel y entre sus nubes se erige el cerro de Cristo Rey, donde está un monumento religioso que da honor a su nombre. En los días fríos, la neblina cubre las montañas y a veces es tan espesa que oscurece los corredores e impide ver más allá de los propios pasos. Además, el paisaje de la institución está adornado por las flores de los jardines y algunas rocas, unas más grandes que otras y que, en especial, guardan en su parte superior un petroglifo, huella de los antepasados de la región. En este contexto, la idea de la salida pedagógica, mencionada por el rector en la inducción, al llegar al colegio, fue una oportunidad para conocer más este municipio y, de paso, disfrutar de una actividad novedosa.

En mayo empezaron las reuniones del equipo docente. En la primera presentaron el proyecto. Cada grupo desde el grado preescolar hasta once tiene su ruta en el municipio y que se organiza de acuerdo con la distancia, la complejidad del camino y la edad de los estudiantes, que iban desde la Casa de la Cultura hasta lugares como Cristo Rey o el cerro de la Virgen. Iban a ser recorridos con cientos de estudiantes; toda una odisea. En el fondo, me emocionaba la salida y, a la vez, me preocupaba: controlar tantos alumnos no dejaba de ser complejo. Empecé, pues, a indagar con los estudiantes y los compañeros docentes. Los estudiantes, muy animados, decían que era algo diferente y que, aunque había que entregar informes o tareas de la ruta, era muy rico, como un paseo, pues no conocían mucho su pueblo y esta era la mejor forma de aprender. Para mí sorpresa, a los profesores también les llenaba de emoción la toma del territorio como solemos llamarla. Cada director, acompañaba a su grupo y apoyaba a otros docentes, así como los coordinadores y la orientadora escolar. Algunos intercambiaban sus rutas para conocer nuevos destinos, otros decían que los muchachos les daban sentido a los lugares, así como las actividades propuestas, en tanto cada grupo hacía de la ruta una experiencia diferente. La tarea apenas empezaba. Entre las actividades estaba la prerruta, en la que los profesores hacíamos el recorrido sin estudiantes para indagar los posibles temas que podrían abordar.

La prerruta me causó muchas expectativas. Qué agradable caminar con los profesores. Iríamos con el coordinador académico, el profesor de Sociales y el de Inglés. La profesora de Tecnología no podía hacer el recorrido porque se había lastimado un pie. Aquel día, con los primeros rayos del sol, empezamos a demarcar la ruta Támesis-Palermo, por la vereda San Luis, que llaman la ruta de las flores y el café, un nombre muy acorde; las montañas tenían cultivos de café y las casas, hermosos jardines y balcones con flores de múltiples colores. Esta es una de las veredas más pobladas del municipio, a lado y lado del camino hay casas modernas y otras típicas de la zona cafetera con largos corredores que encuadran paredes blancas y se adornan con puertas,

ventanas y balcones de un rojo vivo. Hogares de ensueño, que alegraban el canto de las aves y la tranquilidad de las montañas sembradas de cafetales.

En un primer momento, llegamos a un vivero que se caracterizaba por cultivar plantas ornamentales y fumigar con productos orgánicos. Allí nos detuvimos con los profesores y hablamos con la dueña de casa quien aceptó, muy amablemente, contar a los estudiantes sobre el cuidado y el mantenimiento de sus plantas.

Seguimos el recorrido y en un segundo momento llegamos a la planta de tratamiento de aguas La Peña. Allí, no solamente comercializaban agua potable, sino, además, un café especial.

Ya después el recorrido pasó de una carretera destapada a un camino por el medio de los cafetales y que conectaba dos montañas con un puente de madera colgante, muy bien construido y que permitía observar una hermosa quebrada que pasaba por entre las montañas.

Seguimos caminando y llegamos al Centro Educativo Rural El Hacha, donde el profesor Benigno nos recibió muy amablemente y con un tinto en la mano nos enseñó esa hermosa escuela. Llamó a sus estudiantes con júbilo y les dijo: Conozcan a sus profesores, ellos los van a recibir en la sede central cuando pasen a sexto. Los muchachos nos miraban con los ojos llenos de felicidad porque en sus anhelos estaba estudiar en el pueblo.

Mas adelante, nos sentamos a desayunar y desde la carretera se observaba el cerro del Cacique, de allí pasamos a El Guamo, a la carretera que conduce de Palermo a Palo Cabildo, por el camino hasta la quebrada La Mica. Dejamos la ruta que va de Santa Teresa a Palermo y bajamos la trocha. Ya cansados y con las rodillas adoloridas, seguimos bajando y nos encaminamos al corregimiento de Palermo, hacia donde debíamos llegar aquel día. El cansancio fue mitigado con un delicioso almuerzo que nos brindó la esposa de un profesor y desde ahí retornamos en carro a Támesis.

La salida pedagógica la estructuramos con una guía de trabajo de forma transversal; el cambio de las viviendas, el café, el agua, el ganado, la deforestación, la sustitución del café por los monocultivos y los diferentes caminos eran los temas que enfocaban el aprendizaje a partir del contexto. Pero no eran informes escritos, sino que desde la fotografía, en diferentes planos, los estudiantes contaban sobre los cambios tecnológicos, sociales, ambientales y culturales para enmarcar una exposición que sería sustentada por grados en una fecha específica.

Llegado el día, cada estudiante llegaba con su permiso firmado en mano, su morral en la espalda y un palo o bordón rústico. Cientos de estudiantes harían la toma del territorio. Los niños

de preescolar, a la salida del colegio, escucharían historia en el hogar del abuelo e irían al parque educativo y luego pasarían por el puente de Boyacá; desde allí, los estudiantes de grado once irían al icónico cerro de Cristo Rey. Los de octavo, en este caso, se dirigían con nosotros, los profesores de Humanidades, Sociales e Inglés y el coordinador, caminando hasta Palermo. Era un recorrido largo, de tres o más horas, que asumimos con la dicha y el ánimo que dan las salidas pedagógicas.

Los profesores íbamos muy enfocados en la cuestión académica y en la organización del recorrido. Llegamos al vivero donde se cuidaban las plantas ornamentales; los chicos, muy animados, escucharon a la señora, tomaron fotografías, hicieron preguntas y nutrieron sus conocimientos.

En Aguas de La Peña los estudiantes se sentaron sobre el césped a desayunar y luego, por grupos, entraron a recibir las charlas sobre cómo se trataba el agua para que fuera potable y después, cuál era el proceso para obtener un café especial que era producido en Tâmesis y comercializado en toda la región.

Más adelante, empezamos a caminar más allá de lo académico, los estudiantes iban alegres conversando, pendientes del otro. En algún momento, una estudiante manifestó que se sentía indispuesta, en su hogar no había desayunado; con sorpresa sus compañeros empezaron a sacar diferentes productos y a ofrecerle para que ella comiera. Fue un momento muy especial porque descubrí que mis estudiantes, más allá de ser unos adolescentes con ánimos de pasar un buen rato y aprender de su contexto, eran seres muy colaboradores y preocupados por el otro porque sus compañeros estuvieran bien en el recorrido.

Todo en la caminata transcurrió sin mayor contratiempo, delante iba un profesor, en el medio del recorrido iban los estudiantes con otros profesores y al final el coordinador cuidando de que todos fuéramos juntos y nadie tuviera inconvenientes. Cada estudiante contaba historias sobre el camino, algunos decían que al fondo, entre los lagos, estaba la finca de Pablo Escobar, otra sobre la violencia que en otras épocas había azotado estos caminos. Entre las historias curiosas, una estudiante contaba cómo un día había escapado para llegar a pie a Palermo, junto a su amiga, y la ausencia de luz en la noche las había asustado, entonces habían regresado a sus casas corriendo a pedir disculpas por sus actos impertinentes. En fin, cada cual contaba una historia para amenizar el camino y otros, muy juiciosos, tomaban fotografías para hacer su informe. Cuando ya llegaba el mediodía, nos aproximamos al corregimiento de Palermo en donde el bus y una chiva nos esperaban para llevarnos de nuevo a casa.

Muy cansados, llegamos al colegio sanos y salvos, con el deber cumplido y la satisfacción de que los muchachos se han portado excelente. Después, cada grupo de estudiantes sustentó

frente a los de octavo las historias construidas y al final hicieron una autoevaluación en la que demostraron la gran acogida de la salida pedagógica.

Como profesora, de tantos proyectos que he vivido, este es uno de los que más me ha impactado, pues logré constatar que aunque mis estudiantes llevaran años viviendo en el municipio, no conocían su territorio y solo con estas salidas pedagógicas tienen una aproximación real y renovada de las maravillas de Támesis.



Por el derecho a la palabra y el reconocimiento de los vínculos

Sandra Milena Muñoz Mora

*Centro Educativo Rural Jesús Aníbal Gómez
mariposaazul6@gmail.com*

No sé si pueda encontrar muchos antecedentes que den cuenta de una hipótesis que a lo mejor haya pasado por la reflexión de los maestros, lo que sí puedo asegurar es que cobra sentido porque la he podido vivenciar durante todos los años que llevo en servicio, trabajando como docente en la ruralidad. Los niños en el campo se han negado el derecho que tienen a la palabra y, si bien son niños con una inteligencia ancestral que los convierte en verdaderos hijos de la tierra, y esta los ha acercado a los conocimientos naturales que les permite el reconocimiento de su territorio; de esos códigos sencillos que incluso les facilita la supervivencia adentro de su tribu, han crecido siendo niños con una timidez particular, con un ánimo introvertido que, si bien los convierte en seres extraordinariamente dotados de saberes nativos, no les ha permitido sentir el llamado interior de las palabras.

De niña, escuchaba con mucha frecuencia entre las conversaciones de los mayores, esas frases mutilantes que con grito a bordo obligaban a los más pequeños a estar muy lejos de las con-

versaciones de los adultos: «cuando los adultos hablan los niños no se meten», «los niños no opinan, obedecen», «los niños nada tienen que decir porque no saben todavía nada de la vida». Entre esas frases de crianza obligada y en un contexto social en el que a los niños y las niñas no se les permite hablar, o si se les permite, se hace sin que lo que digan tenga un valor o una oportunidad de respuesta y de confrontación, se siembra el miedo a hablar, se va naturalizando el silencio, el sonrojo que paraliza y que hace que los niños y las niñas eviten, incluso, ser saludados. Van creciendo con pocas palabras, se van llenando de expresiones corporales que les amparan y les reemplazan la función verbal, dejan de verbalizar sus sentimientos para convertirlos en escasos actos de mover la cabeza, girar sus ojos, levantar sus hombros o, como réplica colonial y esclavista, recitar «sí, señora», «no, señora».

Y puede ser que no sea falta de talento, de palabras o motivos para expresarse, pareciera ser que en muchas situaciones es la ausencia de reconocimiento la que cristaliza la palabra y la enmudece, el reconocimiento necesario para sentir confianza y hacerse dignificados en el derecho que tienen a expresar sus emociones, sentimientos, conocimientos del mundo y, con ellos, descubrimientos que, sin duda, quieren compartir y celebrar con otros; generalmente con los adultos, quienes se han acostumbrado a silenciar de golpe cualquier canto de sorpresa, increpando su acto de grandeza con un «eso es lógico u obvio», peor aún, burlándose de aquello que los adultos consideran un acto de ingenuidad o «pendejadas de niños».

Y es que en el contexto rural el diálogo, las tertulias y las conversaciones parecieran ser actividades de grandes, de viejos, en las que no están invitados los más pequeños; situación que los deja sin el respaldo del adulto, fundamental en los primeros años de vida. La valoración que los convoca a atreverse a hablar, a preguntar, a discutir con los otros y a sumarse en su comunidad en el acto sencillo y fundante de compartir una historia.

Los niños no dejan de hablar, pero atravesados por un ambiente hostil que los limita en la significación de sus expresiones, en el placer del relato, en el derecho a publicar sus emociones, sus aprendizajes, sus búsquedas y descubrimientos, han ido enmudeciendo, como si eso los salvara de regaños, gritos o actos de ridiculización entre su tribu. Se les va negando con sucesos de no reconocimiento ese derecho que se guarda para la adultez, desconociendo que para lograr que el adulto se comunique con destreza tendrá que adquirir esas capacidades durante sus primeros años de vida. No pretendo hacer ver que en las poblaciones rurales los niños y las niñas carecen de habilidades comunicativas creativas, sin duda, como el resto de los de su edad, poseen la capacidad creativa de comunicarse, lo que digo es que

el poder de la palabra ha estado lejano a sus posibilidades y eso tiene que ver con el reconocimiento.

Recuerdo algunos casos que pueden evidenciar, desde la experiencia, cómo el no reconocimiento de su ser puede quitarle la voz a un niño o a una niña. Mencionaré cuatro historias, distantes cada uno en el contexto y en el tiempo, pero similares en las condiciones.

Diremos que María, Pablo y Simón hacen parte del mismo mundo, como todos los niños y las niñas disfrutan del juego y tienen en sus bolsillos los sueños, el tiempo y la alegría que les atraviesa también sus miedos.

María llegó a la escuela con cinco años de vida, con una alegría infinita, pero sin palabras para describirla. Quizás por su edad era muy difícil entender con claridad lo que ella quería decir, pero todos en la escuela podíamos comprenderla. Y es que los niños rara vez se ven diferentes. Los conceptos de diferencia son estructuras que terminamos construyendo los adultos para clasificar, seleccionar y hasta separarnos unos de otros.

María empezó a crecer y se hizo muy notoria su dificultad para lograr terminar una palabra; su voz partida y temblorosa impedía mantener la claridad en lo que quería decir. Por dictamen de su familia, ella era tartamuda, como también lo eran su mamá, su abuela, sus tíos y, según ellos, hasta el perro de la casa ladraba con tartamudez. Eso era un defecto heredado, según su padre. La niña fue dictaminada por la familia, que con acciones lastimeras incrementaban la dificultad. Para completar el cuadro fue atendida por una profesional especialista que aseguró que sería un problema con el que tendría que aprender a vivir.

Cuando a los niños o las niñas se les roban las palabras, cuando les limitamos su poder de expresar, se aíslan. Es probable que el no poder hablar con claridad y el sentirse impotente a la hora de hablar con cierto equilibrio, generó en ella miedo al rechazo, miedo a la burla, miedo a los juicios de su propia familia; es posible que ella misma se haya victimizado y se ocultó del mundo. María se silenció.

Pablo, un niño señalado para crecer rápidamente, un niño instruido para ser la voz de mando entre sus hermanos, para mantener el legado de autoridad patriarcal por encima de su hermana e, incluso, de su madre, estaba atrapado entre tener que ser un niño adulto porque era el mayor y entre no poder hablar con fluidez aunque llevaba años en la escuela. Pablo también tartamudeaba y el problema se hacía mayor cuando, por ser el mayor entre sus compañeritos, no podía cumplir con lo que para él era su misión: dar órdenes. Pablo creció escuchando de su padre ofensas y gritos, la orden irrestricta de tener que «hablar como un hombre».

Pablo se silenció en la escuela, en donde los demás niños tenían que enseñarle que no debía ser violento, que no podía abusar de los más pequeños. Pero por su hermana sabíamos que en la casa usaba su voz de mando a pesar de su tartamudeo. Pablo tenía la bendición de su padre para enseñarles a su madre y a su hermana quién mandaba en casa, pues las mujeres solo debían obedecer a los hombres. El niño se debatía entre el dilema de tener que «hablar como un hombre» y no sentir confianza en ello, porque su voz estaba desdibujada por lo que el padre denominaba comportamientos de «amanerado». El no reconocimiento de Pablo como niño y la no oportunidad de permitirle su derecho a la palabra, estaba destruyendo en él sus ganas de construir su propia historia de vida.

Simón tenía en ese momento un alma dulce y tranquila, pero llena de dolor. Además de un historial escolar como «pasaporte de turista» por varias escuelas y muchos maestros que, luego de tres meses, seis meses, un año, dejaban en él histórico su dictamen de que era un niño con dificultades de aprendizaje, en el mejor de los casos, en el peor de ellos había juicios condenatorios que radicalmente sentenciaban que no podría aprender a leer ni a escribir. Su madre decía amarlo, sin siquiera saber cómo hacerlo porque de no ser así ya lo hubiese abandonado. Ella, sin muchas capacidades, sin muchas oportunidades, lo educaba silenciándolo con gritos, descalificando sus saberes y sus emociones, recordándole en cada momento de su vida que el sería un «burro» igual que el papá. Simón lloraba cada vez que se le pedía responder a una pregunta y cuando la actividad incluía libros, su dolor era mayor; el niño se había hecho a la idea de que por sí solo nunca leería un libro. Pues, incluso, eso le había dicho su maestra anterior y él confiaba en lo que ella le decía, porque, como él manifestaba: «Mi profe sabía mucho». Por eso fue por el mundo escolar repitiendo grado tras grado, hasta sumar cuatro primeros y un preescolar.

Ahora bien, las anteriores historias evidencian claramente que la ausencia del reconocimiento en el otro, el maltrato que invisibiliza y transgrede derechos, el uso violento, denigrante y lastimero de las palabras, terminan por ser factores de mutilación del lenguaje, pero no son los únicos. Cuando hablo de que los niños y las niñas se limitan en sus palabras, las evitan, son tímidos en la acción social de relación con otros, no estoy afirmando que la única causa sea una familia que no acompaña, que no conversa y que transgrede derechos y pautas de crianza amorosa. Estoy hablando de que la falta de poner la mirada en el otro imposibilita que se sienta visto y reconocido. Es precisamente el acto de volvernos a conocer de detener la mirada, comprender al otro en su esencia, verlo desde adentro y creer en él, lo que puede generar un punto de inflexión.

De ahí la importancia del vínculo en la vida de los seres humanos, el vínculo es lo que le permite al sujeto saber que su existencia es valiosa, el vínculo es la base de su fuerza y es a través de esa conexión que se permite el reconocimiento. Es fundamental que el niño o la niña sepan que hay alguien conectado con sus palabras, alguien que comparte sus búsquedas y sus descubrimientos, que además es un oidor de sus historias y sentimientos.

Enseñar desde el vínculo, entendiendo que tanto maestro como alumno hacen parte del mismo mundo, debe permitir una relación que posibilite enseñar a comunicar con el alma y aprender desde ella. Una relación en la que se genere en el niño y la niña la confianza en lo que sabe, que descubra el valor en su capacidad, su talento y que logre conectarlo con sus creaciones, las cuales le permitirán encontrar la confianza necesaria para confrontarse y confrontar el mundo.

La escuela debe ser el lugar donde al niño se le permita la búsqueda de su esencia, ir cada día tras el encuentro con todo lo que lo compone. En las historias atrás narradas vemos tres pequeñas personas diferentes, silenciadas por el miedo que puede producir la palabra cuando se carece de seguridad, cuando no se cuenta con la confianza suficiente para posicionar ante los otros su voz y pensamiento. Pareciera ser que desde nuestros primeros años nos enseñan a hablar, pero olvidan enseñarnos a posicionar nuestra voz, a levantarla en el acto de la réplica, de la pregunta o el desacuerdo. Quizás por eso Pablo no fue capaz de enfrentar a su padre y decirle que él quería ser diferente. Quizás el miedo de contradecir el dictamen familiar fue lo que hizo que María tartamudeara cada día más o que Simón no le pidiera a su madre que lo tratara con respeto o enfrentara a su profesora para decirle que él si aprendería a leer.

Hay una frase del poeta Virgilio que identifica mi práctica pedagógica a la hora de considerar el vínculo como factor primordial para lograr relación y acercamiento con mis estudiantes: «Crean porque creen que pueden». Y esta parece ser la premisa que garantiza que los niños pueden alzar su voz, puedan visibilizarse en el derecho que tienen a la palabra. El asunto es que necesitan creer en sí mismos y, para eso, debe haber un maestro o una maestra que crea en ellos y que les enseñe a creer. Porque es posible que puedan y esto se logra en la confianza, el reconocimiento y el vínculo.

Fui la maestra de mis tres personajes y de muchos que se suman a hermosas historias que hacen parte de este viaje que vivo en el acto de metamorfosis constante. Si bien crecí en medio de las historias, las palabras y vínculos, con las montañas cercando mi paso y el río cuidando mis sueños, con el lenguaje ancestral del abuelo y la sabiduría natural de mi padre, con los caminos

que se abrían trazando mi ruta en la vida, también tuve entre mi tribu aquellos que intentaron silenciarme, robarme las palabras e incluso obligarme a creer que no tenía derecho por ser mujer.

Tuve docentes de esos que alentaron el fuego creador en mi espíritu y me permitieron el derecho a la palabra. En ese renacer en el que llevo varios años se hizo necesario pensar de otras maneras, leer más, ir por las veredas reconociendo al otro y a los otros como parte de mi búsqueda. Es así como pude entender que lo que personas como los antes mencionados lo que necesitaban era sencillo: María, Mateo, Pablo y Simón, como muchos tantos, necesitaban ser reconocidos, necesitaban establecer y sentir un vínculo que les permitiera hallar la confianza en su interior y en los otros, sentirse parte de un lugar en el mundo.

La Escuela de Colores es el mundo donde la búsqueda es colectiva, donde la escuela no está pintada con los colores designados por el gobierno de turno, sea alcalde, rector o profesora, donde niños y niñas pintan cada ladrillo atravesados por su derecho a pensar, sentir y hablar. La escuela, para mí, es el lugar donde los ciudadanos construimos nuestros propios vínculos, donde logramos ser reconocidos y desarrollamos la confianza necesaria para creer en nosotros y los otros, y en el poder transformador y creador de las palabras.

La Escuela de Colores es donde los libros, los cuentos, los círculos de la conversación, la poesía y el encuentro proponen el lenguaje como ejercicio creador positivo y combate con el mundo el uso de las palabras negativas que reducen el campo de visión del universo, fortalecen el miedo y logran invadir el alma de inseguridad. Son las palabras las que nos ayudan a representar el mundo, a comprender nuestra propia historia, a construir nuestros relatos, nuestra personalidad, forjan nuestra capacidad de entender el mundo en su globalidad y diversidad.

María y Pablo, a pesar del dictamen, hoy hablan con sonoridad y claridad, manteniendo el equilibrio y la seguridad en sus narrativas. Cuando se es docente, a veces no se sabe cuál de tantas estrategias fue la que dio resultado. Tengo claro que todo en la educación corresponde a un proceso y que hasta nuestros desaciertos hacen parte de ese viaje. Claro está que una cosa es una estrategia fallida y otra el abuso instaurado de prácticas dolorosas que transgredan los derechos e impidan los vínculos y el reconocimiento.

Termino entonces de contarles la historia. Con María empezamos a cantar muchas canciones, a ella le encantaba la música y dibujar. Entonces empecé a aprender a cantar, me aprendí las canciones que de niña nunca imaginé y cada día, mientras María dibujaba y pintaba, yo le cantaba. Ella empezó a cantar y luego quiso hablar de sus dibujos. Empezamos a inventar historias con

cada dibujo que hacía. Nunca hizo falta repetir lo que ella decía, ese efecto eco le aterraba, cuando sentía que la gente repetía lo que ella intentaba decir. Por lo tanto, entre ella y yo solo había una conversación en donde yo le leía, le contaba mis historias, le cantaba las canciones. Hasta que un día, ya no canté sola, María empezó a cantar conmigo hasta que logró hacerlo sin mí. No supo cuándo perdió el miedo, ni cómo logro decir su nombre sin tartamudear, pero cuando se dio cuenta de que podía hablar sin pausas, ya nunca volvió a parar.

A hablar se aprende hablando, y si quería que Pablo aprendiera a hablar y a usar las palabras para reconocerse y reconocer a los otros, había que conversar. Entonces, sentarse en un círculo de conversación cada día y hablar de la vida, de motos, caballos, técnicas para alambrar potreros; leer cuentos de fantasmas, historias de ciencia ficción, serían, sin duda, estrategias importantes para lograr que Pablo, en algún momento, quisiera tener voz.

Un proyecto musical escolar mediado por la flauta y al que Pablo no podía asistir porque eso eran cosas de mujeres, hizo que empezara a reconocerse. Comenzó a acercarse y con una tarea decidida tuve que convocarlo, incluso desde la exigencia de tener que hacerlo. Una cosa estaba clara, Pablo tenía enquistada la idea de que las mujeres no tenían los mismos derechos que los hombres. Un día cualquiera, saltó al círculo de la conversación el tema, guiados por una exposición fotográfica de grandes mujeres ejemplo de la humanidad: toda una provocación.

Pablo no aguantó más su silencio y decidió hacer una exposición de razones, con las que intentaba probar que los hombres eran mejores. Por un momento olvido que poco se le entendía e incluso se logró evidenciar que hablaba mucho mejor. Nadie dijo nada, sus compañeritos, al igual que yo, lo hicimos ver como un momento normal de clase. Ese día vivimos un gran debate sociopolítico, había en el aire una filosofía natural increíble. Se leyó mucho, se generaron momentos permanentes de diálogo, hasta que un día Pablo, que era el único entre sus diecisiete compañeros en no participar de la clase de flauta, se levantó de su puesto, avanzó hasta mi escritorio y tomó la flauta que había rechazado meses atrás. Pablo terminó siendo el monitor de la clase de música, el profesor de sus compañeros más pequeños y, luego de sentirse seguro en sus palabras, pudo enfrentar a su padre con un discurso cargado de argumentos. Desde ese día Pablo asumió su posición en el mundo, se visibilizó en su derecho a la palabra, llevó libros a su casa y le explicó a su padre que él era un hombre, pero que no quería parecerse a él.

Quiero citar a Michell Petit en una premisa que, creo, sustenta todo esto que he dicho hasta el momento:

Lo que determina la vida de los seres humanos, en gran medida, es el peso de las palabras o el peso de su ausencia. Cuanto más se es capaz de nombrar cualquier cosa, cualquier realidad, más apto se es para vivirla. (1999)

Y es que si, como en el caso de Simón, esa escuela fracasó, el sistema, sin duda, le adeuda a este niño sus cuatro años repitiendo un grado escolar y tres de los cuatro grados de primero repetidos e impidiéndole disfrutar del placer de leer y escribir sus propias historias. Simón había creído por años que no podía lograrlo, huía con frecuencia de cualquier actividad que le supusiera abrir un libro, pero le encantaba que le contara cuentos, que lo abrazara, que le escribiera cartas. Su lugar favorito en el mundo estaba cerca de mí, cuando se dejaba caer en mi regazo mientras yo le leía. Lémos cada día, en cada actividad; era yo quien leía, luego fui dejando libros sin letras por ahí. Con cierto olvido intencionado, se fueron yendo entre su maleta. No había letras, pero él empezó a ponérselas, llenó cada libro de interpretaciones y con ellas la necesidad de escribir. Fue poniendo letras, palabras, hasta que logró construir oraciones. El día que Simón pudo escribir y leer algo suyo, retumbaba por toda la escuela: «¡Lo hice! ¡Yo sí podía leer y escribir! Y la fiesta salía de adentro, de esa felicidad que solo puede sentirse cuando aprender viene del alma.

La escuela, debe ser el lugar donde las palabras dignifiquen al ser en su mejor expresión, por eso es necesario que haya un horizonte institucional que trace como ruta la construcción del aprendizaje individual, reconociendo que para tejer vínculos hay que reconocer al otro constantemente y tejer una confianza de equipo dentro de la tribu. Estoy absolutamente convencida de que la escuela consolida procesos en los que se ve claramente la participación de los otros, en donde la participación da posiciones al sujeto en su derecho a la palabra, en el derecho que tiene de sentirse parte de algo. Si el estudiante se siente parte de la escuela, ese vínculo le permitirá hacerse partícipe de su proceso de aprendizaje. Esa claridad deberían tenerla todos los PEI, trazar en su ruta pedagógica las condiciones para que lo que se viva en la escuela permita a cada sujeto y persona el vínculo y el reconocimiento. Una escuela que ponga en consideración los problemas de la comunidad y, en vez de ocultarlos o maquillarlos, los convierta en objeto de estudio y se permita la intervención y la transformación. Una escuela que crea en el poder de las palabras, en cuanto lo que significan en la historia de vida de las personas.

Yo creo en un PEI en el que la palabra libere y ayude a educar personas con carácter, visión política, pertenencia de sí y del mundo, como lo expuso Paulo Freire cuando hablaba de su método de lectoescritura, conocido como el método de Freire o de

la palabra generadora, en el que se propone la articulación de la teoría con la práctica, desde la reflexión y el diálogo con la realidad, lo que convoca al sujeto a participar de sus procesos, a tomar partido en él, buscando la palabra, no solo como generadora de razones, sino como posibilitadora de transformaciones adentro de la persona, que la liberen de su condición de esclava, de los miedos que le han quitado el derecho al reconocimiento, la palabra y la oportunidad de tejer los vínculos consigo y con su tribu.



De camino a una escuela sembradora de vida

Bibiana Patricia Acevedo Parra

Institución Educativa Damasco
bibianapap82@gmail.com

«De camino a mi escuela, con el morral cargado de ilusión, el corazón arde en sentimiento, quiero hacer de mi vida el poema que haga posibles los sueños para llenar de aliento a quienes la vida tantas oportunidades negó».

El maestro

iniciaré mi relato haciendo alusión al yo maestro como la explosión de un ser cargado de sentimientos, complejidades y vagas ilusiones en la búsqueda de una perfección que en la escuela nunca encontré. A tantos maestros nos construye el ideal de la transformación de vidas ajenas, pero qué sorpresa es descubrir que la escuela no solo cambia a los otros, nos transforma a nosotros mismos.

A medida que andamos y desandamos los caminos de la educación trazamos senderos en el propio ser; un maestro que descubre que no basta con preparar una clase, con actualizarse en contenidos, con diseñar estrategias metodológicas; por el con-

trario, un maestro que todos los días necesita renovarse, revertirse de energías, de hálito de vida, porque es la única esperanza, la llama viva que arde en el viejo candil de niños y jóvenes, de familias llenas de carencias, miedos, ausencias... Ese ser tan imperfecto, tan lleno de dudas y frustraciones, ese yo maestro que es para tantos otros alegría de vivir, ese yo maestro que tantas veces vive prisionero de normatividades, decretos, sistemas de «calidad» y se olvida de la vocación para dar respuesta a los requerimientos de una profesión que en esta sociedad se pone al nivel de cualquier otra labor.

Llegamos a la escuela, sin duda, siendo profesores, docentes, profesionales, para lo que la universidad nos dio una que otra pincelada; llegamos cargados de teorías, conceptos, normas, y nos devolvemos siendo realmente maestros, cuando la espalda viene cargada de expedientes de indisciplina, casos especiales, familias conflictivas, vidas despedazadas, pero también de las satisfacción de la sonrisa tierna, el abrazo inocente, la mirada desinteresada y las mágicas palabras: «¡Gracias, profel!». Se destruye una y otra vez el concepto y el precepto; un día nos construimos y al otro se destruye la armadura contra el dolor, la pena, la debilidad, la impotencia de no poder cambiar esos pequeños mundos que, en medio de la desigualdad de la vida, sueñan con la felicidad.

El estudiante

Como maestros buscamos delimitar en una palabra, en un perfil, en un concepto valorativo, a un estudiante que es único y multiforme; tantos universos atrapados en pequeños envases, sin un manual de aciertos para que una educación que busca ser inclusiva pueda dar significado al ser y valor al existir. Vamos en busca de un prototipo de persona de bien, del ser humano ideal, en medio de unas mediciones que buscan un estándar, un sujeto que tantas veces es visto como un lote en producción que cumpla con las expectativas de un mundo en el que competir o ser exitoso está por encima de ser feliz, de sentirse pleno, disfrutar de lo sencillo y disfrutar del otro, de convivir en armonía con sus semejantes, sentirse en paz con Dios y consigo mismo.

Tantos autores se han referido a lo largo de la historia al estudiante con la metáfora de ese ser que es como la arcilla, moldeable, frágil, quebradizo... pero que en manos del artista logra convertirse en la más bella obra de arte. Si bien es cierto que el artista exhibe su mejor creación en la galería, si buscamos en el taller, han quedado esparcidos los pedazos de la materia prima que se averió, de la que se rompió o simplemente de la que se secó sin adquirir la forma anhelada. Tantas obras de arte que no llegan a la galería, tantas que no son admiradas, tantas por

las que ni siquiera el artista pone la apuesta... Esos son nuestros estudiantes minimizados, frustrados, aquellos en los que este yo maestro, sin ser premeditado, ha logrado dejar heridas en lugar de huellas de amor o de superación.

Tantas expresiones de «el mejor o el peor estudiante del salón» se escuchan en las tertulias y en las reuniones de los docentes, muchas veces en medio del tinto y del cigarrillo en un mal llamado «descanso pedagógico», prototipos de estandarte que nos pone un sistema de educación viciado y muchas veces perverso que se ampara en leyes sindicales.

La voz del estudiante es muchas veces la más silenciada, esa que se expresa en la rebeldía que asociamos a conductas propias de la edad que se modera, se aplaca, se calla fácilmente a la luz de la norma, de un manual de convivencia o de un coordinador de disciplina; es así como talvez dejamos sin criterios para reclamar a los que queremos formar como líderes, como sujetos de derecho.

La escuela

Hablar de la escuela es traer a la palabra el lugar sacrosanto en el que ocurre el acto más bonito de enseñar, el sitio donde la palabra se hace vida, el lugar donde revolotean las ilusiones, se entretengan sueños o se libran las batallas de un ser inconforme consigo mismo en los albores de la adolescencia.

Hablar de la escuela no es pensar en una infraestructura, es más que paredes, puertas o ventanas, es hablar del lugar que en sus ladrillos mudos guarda infinidad de secretos, hablar del templo del saber, ese que con el pasar de los años ha sido usurpado por concepciones débiles del acto de educar, invadida por la indiferencia de niños y niñas que pocas veces ven en ella su segundo hogar. Hoy se ve despreciada por una comunidad y unos padres que se muestran indiferentes y la han concebido como la guardería para sus hijos; más triste aún, se ha convertido en el resguardo de los docentes que, sin definir bien su rumbo, han encontrado en la escuela una zona de confort para alcanzar estabilidad laboral.

Pero no pretendo que mi narración se convierta en sarta de pesares, sería una fatalidad no hablarles de la escuela de mis amores, esa que es pequeña, sencilla, de pisos averiados y paredes inestables; una escuela sin lujos, escondida en las montañas, una de tantas escuelas rurales de nuestro país, la escuela de las puertas siempre abiertas, donde las ventanas permiten la mirada al horizonte, los prados reciben alegres las pisadas de los niños y las niñas que llegan de largos recorridos, cruzando la quebrada o el río. Esa es la escuela del campo, la que vive, inspira a soñar y a perseguir los ideales; la que hace vibrar el ser del

maestro y da fuerza a los pies de este para recorrer el camino de herradura, con el pantano hasta las rodillas y la lluvia golpeando el rostro para llegar de nuevo a casa después de una jornada, no de trabajo, sino de aprendizajes y crecimiento.

No me refiero así a una escuela asilada, es la escuela centro de vida de la comunidad, la que debe volver a integrar a todos sus habitantes al ritmo de las historias de vida de los adultos mayores, del sainete y la obra de teatro, de la música autóctona, del convite y la romería, el taller de los saberes que se traducen a la investigación, a la veterinaria o al estudio de las plantas y la medicina natural; la que reúne a las mamás en la tertulia de costura o del bordado, o la escuela de padres en la que se comparte una receta de cocina. No es una escuela intangible o de utopías, es la que integra y une; no la que siembra sueños para dejar solo el territorio y así engrosar las comunas en la ciudad, es la escuela donde el maestro debe volver a llevar la ilusión, donde debe cargarse el corazón y el lomo de saberes, de sentirse impregnándose de comunidad. Esa es la institución que tú, yo y todos los que llevamos el título de maestros estamos llamados a construir, disfrutar y hacer pervivir en el alma de la humanidad.



Nací para ser maestra

Yois Esmith Quiceno Álvarez

*Institución Educativa Rural Ascensión Montoya de Torres
yojua24@gmail.com*

Tenía seis años cuando ingresé a la escuela en 1990. Empecé como asistente porque en ese entonces solo recibían estudiantes con siete años cumplidos. Mis padres me empezaron a enviar con un único objetivo: acompañar a mi hermana de siete años porque la escuela quedaba a una hora de camino en la vereda La Cordillera, Anzá, y nosotros vivíamos en un sector llamado La Chonta.

Mis padres hablaron con el director de la escuela La Cordillera de ese entonces para que me aceptara como asistente mientras cumplía la edad exigida por el Ministerio de Educación. Allí también había una maestra llamada Margarita Nelly Chavarriaga Caro, que en la actualidad aún se desempeña como docente de esta sede, y en ese entonces estaba a cargo de los grados primero y segundo de básica primaria; ella dijo que no había problema en que yo estuviera como asistente mientras podía iniciar mi vida escolar.

Así que estuve yendo a la escuela con mi hermana y la profesora me trató como una más de sus estudiantes, me enseñaba lo mismo que a los demás niños y, en mitad de año, ya sabía leer y escribir; pero todavía faltaban tres meses para cumplir los 7 años y la profesora les propuso a mis padres que me matricularan para que terminara el grado primero con todos los niños de ese año.

Culminé el año junto con mi hermana y ya sabíamos leer y escribir; así que fuimos promovidas al grado segundo sin ningún problema, fuimos avanzando año tras año hasta llegar a quinto. En ese año me lancé como candidata al Gobierno Escolar y quedé como presidenta.

En 1995, mis padres nos llevaron para el corregimiento de Güintar para estudiar el grado sexto; allí nos dejaron al cuidado de nuestra abuela paterna, muy estricta y exigente con nosotras, pero todo por un bien. Estudiamos hasta octavo en el colegio anexo Güintar, así se llamaba en ese entonces el centro educativo, porque era parte de la Institución Educativa Anzá.

Para 1998, nuestros padres tuvieron que buscar a dónde llevarnos porque en Güintar solo estaba aprobado hasta la básica secundaria, entonces empezaron a buscar cupo en Urrao. Allí, en la Normal Sagrada Familia, una señora allegada a mis padres nos colaboró gestionando el cupo para que nos matricularán para los grados desde noveno hasta once. Fue entonces, como en el año 2000, que recibimos los grados de bachiller académico, un gran logro para mi hermana y yo. Esta meta fue una satisfacción enorme para nuestros padres.

Entre los años 2001 y 2002 realizamos los estudios de ciclo complementario, es decir los grados doce y trece para poder recibir el título de normalista superior. Y así fue, con ese título podíamos ejercer la labor de docentes en cualquiera de las escuelas de nuestro municipio, el departamento o el país.

En lo corrido del 2003, llego como docente en formación al Centro Educativo Rural La Quiuná, ubicado en la vereda La Quiuná, de Anzá. En la actualidad es una sede de la Institución Educativa Rural Ascensión Montoya de Torres. El nombre de la escuela corresponde a una tribu indígena que existió allí. Esta escuela fue fundada por el Dimas Navarro, ya fallecido, quien donó una

hectárea para educación; él mismo construyó una pequeña escuela de bahareque y paja, formada por un pequeño salón, una pieza y una cocina.

Dimas Navarro se encargó de conseguir la primera maestra, Inés Betancur, en 1948. La profesora trabajó durante ocho años; luego vino Nelly Urrego de Cano, quien estuvo por igual periodo. Fue entonces, en 1965, cuando empezó a trabajar Matilde Agudelo, otros ocho años. En 1973, trabajó la profesora Nora Graciano y estuvo cinco años; fue reemplazada por la profesora Matilde Agudelo, que regresó, y más adelante se vincularon a la labor docente: Argemira Mesa, Quimberly, Edison Rivera, Alex Rivera, Yois Esmith Quinceno, Maritza Pulgarín, Jaiber Patiño, Andrés Alzate, Juan Carlos Acevedo, Yemileisy Días, Odilia María, Marina Castrillón y, actualmente, el profesor Alexis Lagos Lemus.

En esta sede inicié mi práctica docente, gracias a la colaboración de la maestra Matilde Agudelo, quien me brindó su ayuda cuando me encontraba realizando mis estudios de Ciclo Complementario en la Normal Superior Sagrada Familia. Estudiaba los fines de semana y de lunes a viernes le colaboraba a Matilde con el grado primero. Ella me daba \$100.000 mensuales para los pasajes, pues cada ocho días debía desplazarme hasta Urrao a estudiar.

Terminé mis estudios de Ciclo Complementario y continué colaborándole a la maestra Matilde. Ella, a punto de lograr su jubilación, inició la gestión ante la Alcaldía de Anzá para que me colaboraran y me dejaran en su plaza inmediatamente saliera su decreto de jubilación. Y así fue, se jubila la maestra y me llama el alcalde de ese entonces para que firmara un contrato en remplazo de la maestra saliente.

El 26 de julio de 2004 firmo un contrato por orden de prestación de servicios, una provisionalidad para seguir trabajando en la vereda La Quiuná en la básica primaria y a cargo de los grados de primero a quinto. Allí trabajé hasta el 2005, año en el que gracias a Dios gané el concurso de méritos y pude vincularme en propiedad.

Al escoger la plaza, decidí seleccionar una vacante que se encontraba disponible en el casco urbano en la Institución Educativa Anzá. Así que tomé la decisión de ir a desempeñar mi cargo allí y ocuparme de un solo grado.

En ese mismo año inicié mis estudios de Licenciatura y logré graduarme en febrero 28 de 2008; en este mismo año, el secretario de Educación Municipal me propuso trabajar en el corregimiento de Güntar en la básica secundaria, pues allí se encontraban sin docente de Lenguaje. Acepté gustosa y desde ese entonces laboro para la Institución Educativa Rural Ascensión Montoya de Torres dando las clases de Lenguaje en la básica secundaria y media.

El 20 de mayo de 2008, me presenté en mi nueva institución y empecé a laborar allí con los grados de sexto a once; una nueva experiencia y con jóvenes, porque venía de trabajar con niños de básica primaria. El rector, Ángel Custodio Puertas, me presenta ante los estudiantes y la comunidad educativa en general como docente de Lenguaje, estos me recibieron muy contentos porque hacía tres meses que no tenían profesor de español y estaban bastante atrasados. En este mismo año graduamos la primera promoción del grado once con un total de ocho estudiantes.

En el 2009, año en el que ya me sentía más en confianza, segura y entregada a mi labor docente, el rector me asigna como directora de grupo del grado once con un total de nueve estudiantes: seis mujeres y tres hombres. Con este grupo logré la unidad, la amistad y la responsabilidad. En este mismo año me llevé una grata sorpresa en junio. Sí, una muy grata sorpresa.

Cierto día, me encontraba dando clase a uno de los grupos de la nocturna y, cuando menos lo esperaba, llegó el señor rector a pedirme los datos para inscribirme en una capacitación, pues lo habían llamado de Secretaría de Educación Departamental para que inscribiera a uno de sus docentes para una formación sobre TIC. El rector había salido en busca de un docente y a la primera que encontró fue a mí, así que me inscribió y me dijo que estuviera pendiente porque se comunicarían conmigo. Y, efectivamente, me contactaron y me dijeron que me presentara en la Secretaría de Educación de Antioquia para darme la información referente a la capacitación a la que había sido inscrita por el señor rector.

En junio de 2009, viajé a Medellín a una reunión en la Secretaría de Educación, nos convocaron en un auditorio del cuarto piso; allí había 34 docentes de varios municipios de Antioquia. Llegó el secretario de Educación y nos dijo que nos prepararíamos porque la capacitación que íbamos a recibir era fuera del país y que íbamos a necesitar visa para poder viajar. Todos nos miramos y nos quedamos mudos, nadie dijo nada de los sorprendidos que estábamos. También nos dijeron que por favor guardáramos el secreto hasta que tuviéramos todo listo, que ni siquiera podíamos decir a los rectores.

En octubre de 2009, iba rumbo a Valencia, España, a recibir una capacitación por quince días sobre TIC. Para mí fue como un sueño, una experiencia maravillosa haber tenido la oportunidad de viajar a otro país a capacitarme en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Son muchas las experiencias que hasta hoy he vivido en la Institución Educativa Rural Ascensión Montoya de Torres, una institución cuya misión es ofrecer a la comunidad de Güíntar un servicio educativo de calidad en los niveles de preescolar, básica primaria, básica secundaria, media académica y educación

para adultos en los CLEI III, IV, V y VI; formando en valores como el respeto, la honestidad y la responsabilidad; potenciando las competencias ciudadanas, cognitivas, laborales y el cuidado del medio ambiente para desempeñarse de manera productiva en diferentes contextos.

Esto es un poco de mi trayecto como docente en Antioquia, me siento muy agradecida con Dios y con mi familia por ser quien soy, por llevar el título de maestra, siempre.



Migrando por los PEI en Antioquia

Reinaldo Nieto Tuirán

*Institución Educativa Santa Gema
reinaldont137@gmail.com*

Ha amanecido y la luz de este día tiene la misma tonalidad que tiñe la luz de los días anteriores. Evoco aquel 21 de julio de 1994, la Misión de los Sabios entregó el informe al presidente Gaviria sobre el camino que debía seguir la educación en nuestro amado país. Ahora sería una carta de navegación con brújulas racionales, los vientos soplaban por fin en la dirección soñada; diez hijos ilustres: Gabriel García Márquez, Rodolfo Llinás, Manuel Elkin Patarroyo, Eduardo Aldana Valdés, Luis Fernando Chapparro Osorio, Marco Palacio Roza, Eduardo Posada Flórez, Ángela Restrepo Moreno, Rodrigo Gutiérrez Duque y Carlos Eduardo Vasco. Estos valientes, entrenados en el ejercicio de lo científico y lo creativo, señalaron un salvavidas para ese maravilloso naufrago bautizado «Educación». ¡Reestructuración Institucional!, gritaron a viva voz tan aclamados genios, pero su clamor, aunque desgarrador, se convirtió en voz en el desierto.

No obstante, los ecos llegaron a mí y aún estoy convencido de ello y soy un acérrimo defensor de sus ideas; he observado, a lo largo de los años en mi carrera docente, que en la elaboración y la construcción del PEI es necesaria la presencia del sector industrial o empresarial del contexto, sin embargo, la ausencia es permanente. Un PEI que no tenga padrinos empresariales está posiblemente condenado a morir, aunque estén presente las mejores intenciones de un directivo o su planta de docentes. Entonces, es necesario legislar y crear leyes que obliguen a las empresas que están cerca de la institución educativa a colaborar en la construcción de dicho PEI. Es válida y contundente la apreciación de los sabios: «Es ineludible una reestructuración institucional». Las universidades y las instituciones deben generar y producir conocimientos, la empresa agrícola debe encaminarse a la producción agropecuaria, los medios de comunicación a la difusión del conocimiento, el Ministerio de Educación a planear y fortalecer la cultura del autoaprendizaje y la búsqueda inquebrantable de nuevos saberes. Teniendo como telón de fondo lo anterior, inicio mi recorrido.

Nuestra migración está enfocada en los múltiples PEI que he vivido, afrontado o enfrentado, de modo caleidoscópico: unos me enseñaron que sembramos en tierras desiertas lejos de un posible oasis, otros que todo es posible si existe ese sentimiento vertical llamado compromiso de equipo, otros esperan que las empresas productivas del contexto hagan la tarea. Inicié mi primer encuentro rural en el terruño y cuna del expresidente Belisario Betancur: Amagá, tierra de mineros dedicados a la explotación del carbón, en la Institución Educativa Luis Parra Molina, ubicada a unos cincuenta metros de una mina en que la muerte enarboló su bandera y se tragó en sus entrañas a más de una veintena de humildes mineros. El PEI de la institución estaba enfocado o direccionado hacia la informática y la tecnología, pero lo más irónico es que nunca había conectividad, no se gestionaban los equipos de cómputo y cuando no sufrían el vandalismo de nuestros propios estudiantes, desde afuera llegaban los cleptómanos de turno. Esta situación me permitió observar que el PEI de nuestra institución naufragó y sufrió los embates de corrientes díscolas: la indiferencia administrativa y el poco sentimiento de pertinencia y pertenencia. En este panorama solo nos acompañaban los vientos inclementes de la procrastinación, esperar que llegase un nuevo alcalde o un rector con raíces de servicio.

Después de dos años, llegó un traslado para el interesante municipio de Cisneros. Allí el PEI estaba bautizado y enmarcado en el modelo pedagógico del Humanismo y el Pensamiento Crítico. Como buen observador, múltiples ideas formaron un remolino, dejándome aturdido y con una cefalea de alta presión. Formulé en mi interior los siguientes interrogantes: ¿es huma-

nístico y cuando hay que definir algo no se aprecia un consenso?, ¿es posible ser humanista y no aceptar la individualidad, la unicidad y la diferencia? En esta institución no observé la empatía que se debe tener con el estudiante, no viví la enseñanza desde el interactuar en el nivel de la fraternidad humana, el humanismo es propiciar ambientes o espacios para generar nuevos conocimientos desde el trabajo colaborativo. En cuanto al pensamiento crítico está la anécdota de la llegada del programa del señor Jorge Barón que necesitaba la presencia de todas las jovencitas en el show. El señor rector aceptó de inmediato sin condiciones. Elevé mi voz y haciendo alusión a un incipiente y menguado pensamiento crítico le pregunté al rector:

—¿Qué ofrece Jorge Barón?

—Es que vamos a salir en televisión —respondió.

—Necesito 400 diccionarios de inglés, 300 diccionarios de español, necesitamos arreglar las baterías sanitarias, acondicionar el restaurante escolar y una pintada de la fachada de la institución —le dije

—Haga usted la carta —me dijo.

La hice, pero Jorge Barón no aceptó. Entonces reuní a los padres de familia y a los estudiantes y ellos determinaron no participar.

El pensamiento crítico es una herramienta que no se potenciaba en la institución posiblemente por la misma debilidad en el personal docente, ya que las áreas que están directamente relacionadas como las Ciencias Sociales y la Filosofía no estaban creando ese espacio discursivo para la defensa de los intereses del cuerpo colegiado. Un PEI que tenga como bandera el pensamiento crítico debe asumir un compromiso profundo de impulsar un proceso serio de lecturas. Como maestro convencido de otros estilos de vida, propondría en primaria los libros de Julio Verne para disparar la imaginación; en grados sexto y séptimo los libros de Orinon Swett Marden, lecturas que fortalecerían el carácter. En octavo, los libros de Leo Buscaglia y un poco de literatura colombiana; en noveno, llevaría los libros de Stefan Zweig, quien daría inicio a una exploración del autoconocimiento; en décimo, todos los textos posibles de Leo Huberman y, con el apoyo del docente de Filosofía, realizar una invitación para echar una mirada analítica a todo el materialismo dialéctico, un poco de la filosofía alemana como Friedrich Nietzsche y Georg Hegel. En grado once, aparte de leer las obras clásicas como La Ilíada y La Odisea, debían zambullirse en las obras de Tagore y Osho, dejando como plato fuerte al escritor africano Frantz Fanon. De modo que, para construir un PEI con perfil crítico, se necesita la buena voluntad de docentes y directivos.

Luego de dos años, nuevamente un traslado, esta vez para Urrao. Este hermoso municipio está a cuatro horas y media del casco urbano de Medellín. Llegué con ese entusiasmo que no se me acaba nunca a una vereda llamada Pavón, a la Institución Valentina Figueroa. Allí el PEI tenía otra connotación, el rector transpiraba y vivía el PEI Agropecuario. Lo primero que me dijo fue: «Usted durará mucho aquí porque aquí trabajamos con amor, vamos y le muestro qué hacemos aquí». Lo primero que vi fue un cafetal y me dijo: «Nuestros estudiantes lo sembraron». Quedé boquiabierto. Luego me llevó al lago, tenían cría de truchas, recorrí el sector de cría de conejos, luego me mostró seis búfalas y me señaló la elaboración de queso mozzarella; visité la zona de hortalizas hecha por niños de primaria, luego el galpón de gallinas ponedoras. No tenía palabras, pero pregunté cómo se hacía y respondió: «Aquí los estudiantes, los padres de familia y los docentes estamos comprometidos». Y seguí preguntando qué ocurría con las asignaturas y su relación con lo agropecuario. Respondió: «Hacemos transversalidad». Y comprendí que yo tenía que enseñar mi asignatura, Inglés, haciendo interdisciplinariedad.

La Institución Rural Valentina Figueroa recibió el primer puesto en la administración de Sergio Fajardo como la escuela más organizada, con una donación de sesenta millones de pesos. En este caso, este PEI nos indica que la voluntad, la dirección y el trabajo en equipo mueven el desarrollo de este. No esperaron recursos del Estado, ni pidieron permiso para hacer lo correcto.

Pasaron cuatro mágicos años y me trasladaron nuevamente. He recorrido contextos citadinos y rurales, de modo que reconozco que los PEI de la ciudad son diferentes, ya que los diversos escenarios los definen. Hoy estoy en el encantador municipio de Buriticá, aquí el PEI es de carácter informático-tecnológico, pero hay un gran vacío, igual que en la Institución Luis Parra Molina no hay conectividad, sin embargo, en mi afán de ayudar y llenar grandes vacíos, en la Feria de la Pregunta, la Ciencia y el Emprendimiento, con el apoyo de los estudiantes de grado once, presentamos una muestra de múltiples productos: fabricación de jabón, perfume para mujer y caballero, ambientadores para el hogar, ambientadores para automóviles, blanqueador, betún, gel para el cabello, cremas con sabores naturales, champú anticasca, bloqueador solar, pestañinas, velas perfumadas, traperas, mochilas de forma artística, además de una muestra de plantas medicinales del valle de Sibundoy, entre otros. Todo lo anterior para demostrar que es posible si hay una elegante y férrea voluntad.

Pienso que el síndrome de la rutina es el peor enemigo de los PEI y de la misma pedagogía. Pienso que cualquier PEI se

puede realizar, pero los componentes fundamentales están en la riqueza psíquica. Sostengo que hoy educamos en la inteligencia, pero hay una dificultad: no estamos educando en fortalecer la voluntad, de modo que hay rectores, docentes muy inteligentes, pero sin voluntad; entonces propongo que todos los PEI deben tener como soporte y función básica buscar mecanismos, estrategias para fortalecer la voluntad de toda la comunidad educativa, observando documentales, películas y libros en los que la voluntad salga fortalecida. Recomendando, en este sentido, la película *El niño que domó al viento*, la lectura de grandes biografías: Helen Keller, Thomas Alba Edison, Luis Pasteur, Nelson Mandela, entre otros.

Creo que la Secretaría de Educación Departamental debe ondear la bandera de impulsar en forma contundente procesos de lectura abiertos, debe propiciar concursos y patrocinar y surtir mejor las bibliotecas rurales. Debe ser una tarea impostergable desarrollar campañas de promoción de la lectura, obsequiando libros según las edades, posibilitar que los niños del campo visiten la ciudad y sus museos, obras y esculturas, y otros lugares que amplíen su visión; todo ello con el deseo de abrir más la conciencia de los niños, para que visualicen la belleza que tienen y no abandonen su espacio territorial.

Los futuros PEI tendrán más alcances si empezamos campañas promocionando la lectura integral y no la lectura silábica; hoy nuestros niños aprenden a leer con el método silábico, que solo les enseña a hacerlo en forma literal, pero no proporciona cuestionamiento y elaboración de preguntas. Son las inquietudes permanentes las que generan nuevos conocimientos, de modo que si queremos en las nuevas generaciones excelentes propuestas para el desarrollo de nuestras comunidades debemos potenciar la voluntad y la lectura Integral.

Cayó la noche y entre sueños mis cavilaciones siguieron...



Caminos de resignificación

Jader Escudero y Sneider Quintero Vargas

*Institución Educativa Rural El Hato
adsajader@gmail.com*

El PEI de nuestra Institución Educativa Rural el Hato del municipio de Caicedo, ha sido creado con la intención de contribuir al desarrollo integral de los procesos educativos de la población reconocida como rural, dispersa y afectada por múltiples fenómenos como lo define el MEN en el Plan Nacional de Educación Rural del año 2018. Por tanto, el objetivo central de la propuesta es poner la consideración, para que sirva de eje articulador de lo que en adelante se vivirá y se contará.

Para lograr tal presunción institucional ha sido necesario tomar un conjunto de decisiones trasformativas que permitan garantizar, en los términos posibles, el derecho fundamental a la educación de las comunidades rurales. Debe aclararse que este PEI sigue en construcción, puesta en marcha y en busca de la mejora continua.

Por tanto, se relatan los hechos más sobresalientes de este recorrido para oficializar las escuelas rurales, con el sentido práctico de una metodología distinta en las comunidades educativas y enmarcado en la reestructuración del Proyecto Educativo Institucional.

Por un lado, el currículo móvil es una estrategia de rotación cotidiana de docentes idóneos en habilidades educativas básicas; sus antecedentes provienen del concepto «maestros itinerantes», pero sin continuidad en la región oriental del país. Incluso en Antioquia se ha tratado de implementar desde antes pero no tuvo mucho eco en la gubernamentalidad. La Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD), lo ha aplicado en zonas en las que el conflicto armado lastima a la población y pro-

voca vulneración de derechos. En efecto, esta nueva propuesta, aprobada desde el 2018, busca que los docentes con idoneidad en las diferentes áreas del conocimiento viajen hasta las zonas veredales y desarrollen sus didácticas específicas, lo que puede garantizar mayor calidad en los procesos de enseñanza-aprendizaje para la población rural dispersa.

Avanzar en este camino ha significado hacer una clasificación de las habilidades profesionales del docente, con el fin de organizar los horarios de manera estratégica, sin afectar la intensidad horaria y la presencia de estos en las sedes educativas. Para ello se tuvieron en cuenta las habilidades comunicativas, artísticas científicas, tecnológicas, socioafectivas y humanas con sus proyectos productivos.

La Secretaría de Educación Departamental acompaña esta iniciativa que en la actualidad se tiene como proyecto piloto en el departamento (Seduca, 2019). En la materialización de este proyecto ha sido necesaria la voluntad de la administración municipal.

Desde el 2016, el C. E. R. El Hato empezó a mejorar las condiciones de docentes, estudiantes y comunidad educativa en general, pero esto no fue tarea sencilla, pues al principio se presentó un océano de incertidumbres al momento de recibirlo. Entonces, nace la propuesta desde la Gestión Directiva, apoyada por la administración municipal, y cuya planeación, elaboración y ejecución pasó por pugnas o conflictos motivados por los emisarios del Sistema de Aprendizaje Tutorial (SAT) y parte de la comunidad que tomó inicialmente una postura ajena al cambio, pero que luego pudo comprender la dimensión del hecho.

Los días pasaban, el clima variopinto, lluvias intermitentes, leves rayos de sol y un frío acogedor. Uno de esos días salí a conocer los distintos lugares del municipio, que por cierto ha pasado por un conflicto bélico por las intervenciones hostiles de grupos criminales en los años noventa. En uno de los cafés, observo una foto que muestra un pueblo pasado, donde se ve el parque y la iglesia, pregunto por esta y me expresa Magda, mujer amable y conversadora, que la guerrilla de las FARC dos veces la tumbo.

—Y esa que ve ahora es más bien nueva —dijo mientras limpiaba la mesa.

Tratando de desviar la conversa hacia mi pesquisa, quise saber cómo veía el cambio en la Institución El Hato con este nuevo modelo educativo que traía la Gobernación. Pensé que ella, por recibir con frecuencia a diversos habitantes, bebedores de café o aromática, podría darme mayores luces, o por lo menos mostrar el sentir de la gente.

—Aquí en el café del parque se ha empezado a escuchar ese murmullo, el ambiente está como raro debido a dizque decisiones administrativas a las que la gente no les hace muy buena cara, una tal nueva propuesta de posprimaria, de oficializar y algo móvil, pero no recuerdo qué es. Dicen que no es posible, mire, nada más, si hago memoria, por acá estuvo uno de los señores que montaron dizque una tutela para hacer valer sus derechos, además, por ahí escuché, sin querer, que lo mejor es sacar a este rector tan problemático y fastidioso que no deja las cosas tranquilas.

Al contar con estas precisiones, apunté lo clave en la libreta y me dirigí a la oficina del señor rector. No había nadie, pero la puerta estaba abierta, así que me atreví a observar las carpetas del archivador. Vi que decía: «Proceso jurídico currículo móvil». De inmediato, la tomé y salí raudo para la habitación a leer los diferentes documentos allí contenidos.

La gente, al principio, descreía de este proyecto porque la costumbre vence y romper hacia lo desconocido genera miedo. Sumado a esto, la búsqueda del poder se impone y aparecen las tramas orquestadas por intereses con máscaras que se muestran como adalides de la verdad. La Corte, dentro de su facultad legal, otorga al municipio de Caicedo el poder sobre la educación de modalidad contratada que hasta el momento tenía el SAT, esto después de la gestión realizada por la administración municipal y por el rector, hombre que cayó en paracaídas al municipio en 2016 y con quien puede conversarse mientras se bebe café:

—Te cuento nadie me entregó el establecimiento educativo. Encuentro que me sobra un docente y debo ingeniarlas para mantenerlo. Eso generó mucho rifirrafe; mira que incluso nos pusieron tutela. ¡Ponle, pues, cuidado! Este centro educativo de siete sedes oficiales, solo ofrecía educación básica en los niveles de preescolar y primaria, grados cero a quinto, los estudiantes egresados de la primaria automáticamente eran direccionados, antes de finalizar el año escolar, a la matrícula de cobertura contratada; incluso, estos utilizaban los espacios y bienes de las sedes oficiales sin ninguna retribución a cambio.

En dicho momento quise preguntarle más, pero llegó otro compañero y el verso se fue hacia otras veredas. Según esto, la decisión de cambiar afectaba las dinámicas ordinarias de la educación rural en el municipio y, como dato no menor, el hecho de oficializar la educación dejaba sin poderes y piso legal al ente privado. Supe, gracias a una carta escrita por el directivo, que la decisión se daba fundamentalmente para abrir espacios de nuevas posibilidades educativas, fortalecer la planta docente evitar el detrimento patrimonial y, no menos importante, la deserción escolar.

La carta, además, contiene información que confirma la solicitud de oficialización del resto del establecimiento. En el segundo semestre de 2016 se dio a conocer a padres y miembros de la comunidad educativa. Así, quedaba listo el proceso para iniciar el siguiente año con los grupos de posprimaria de las sedes Sauces, El Hato, AltaVista y Cascajala, pero, como dicen por ahí: «la cosa se puso peluda» cuando algunos padres de familia, al inicio de 2017, se opusieron a la modificación, esto solo en la sede principal El Hato.

Luego de esas solicitudes y discusiones en espacios comunitarios, se emprenden siete acciones de tutela contra el municipio y solo en una de ellas se vincula al Centro Educativo Rural El Hato. El motivo del alegato era la violación del derecho al acceso y las opciones de elección para la educación de sus hijos. Lo cierto del caso, después de trámites, fue que todos los jueces dieron razón a los entes gubernamentales. Dos tutelas fueron impugnadas y llegaron a la Corte Constitucional. En octubre de 2017, el Alto Tribunal ratificó los fallos de primera y segunda instancia. La posprimaria, como modelo de educación flexible, siguió su curso de oficialización de manera gradual y, al final del 2017, ya estaban consolidadas cuatro de las sedes y otras dos en proceso. El centro que finalizó el 2016 solo con estudiantes de preescolar a quinto, al final de 2017 ofrecía hasta el grado octavo y en El Hato, como sede principal, hasta grado once en convenio interinstitucional con la I. E. San Juan Bosco.

Pero las resistencias de los padres seguían, en parte, porque el Centro Educativo solo tenía oferta hasta el grado octavo y había miedo a que los hijos, al terminar este, quedaran sin cobijo escolar. Por ello, en conjunto, los directores rurales del C. E. R. La Manga y El Hato presentaron a la Junta Municipal de Educación (Jume) una propuesta de reorganización educativa consistente en crear una institución educativa rural que unificará los dos centros en uno solo y tuviera este a su cargo todos los niveles de educación formal, inclusive los ciclos lectivos integrales de educación de adultos (CLEI). Así, entonces, esta nueva institución pretendía recoger todos los grupos de cobertura contratada en la matrícula oficial.

La Junta aprobó la propuesta por unanimidad y los docentes quedaron con el encargo de socializarla en las veredas. Antes de finalizar el 2017, las autoridades educativas del municipio remitieron al ente certificado en educación la documentación exigida para la creación del nuevo establecimiento, que se aprobó por acta de cobertura contratada. Solo quedaba esperar el nuevo calendario escolar y la nueva resolución.

Ya en 2018, la I. E. R. El Hato, ejerciendo su autonomía, busca seguir dando fuerza a la calidad educativa por medio de la actualización del PEI y así ofrecer una educación acorde a las

necesidades del contexto para disminuir la brecha de desigualdad histórica en la ruralidad. Entonces, sin abandonar el espíritu del modelo flexible, se hacen modificaciones curriculares para garantizar docentes idóneos en los campos del conocimiento y se lleva a cabo la premisa del currículo móvil

Finalmente, debe mencionarse que la propuesta del currículo móvil, además de buscar garantizar una educación de calidad y pertinencia, abre la puerta a la población para acceder a diversos beneficios que trae estar directamente vinculado, sin intermediarios, a lo público:

El calendario escolar se desarrolla con normalidad, lo que evita las intermitencias y busca garantizar la permanencia y disminuir la deserción.

Los estudiantes rurales de Caicedo acceden al PAE y a la póliza estudiantil.

Los estudiantes tienen acceso al kit escolar entregado por la Alcaldía.

La creación de los CLEI ha beneficiado a la fecha 320 estudiantes, aproximadamente.

El currículo móvil genera experiencias distintas en los estudiantes al interactuar con docentes diversos.

Gracias al currículo móvil se puede acceder al conocimiento con mayor profundidad y proyectarse a la educación superior.

Según encuestas, 92 % de las comunidades rurales está satisfecha con el currículo móvil.

Se ha gestionado para mejorar la infraestructura de 11 de las sedes.

Aún quedan múltiples desafíos, como la conectividad de las zonas rurales para ampliar las facilidades al mundo tecnológico y del conocimiento en red. Además, se debe poner la lupa en los procesos productivos anclados al territorio y a las posibilidades de proyección del estudiante graduado.

Tanto que tengo para contar, pero ya el reloj marca las horas del final...

Bibliografía

Seduca. (2019). Currículo Móvil como propuesta de mejoramiento educativo en Instituciones Educativas Rurales. Disponible en <http://www.seduca.gov.co/sala-de-prensa/archivo-de-prensa/item/4352-curriculo-movil-como-propuesta-de-mejoramiento-educativo-en-instituciones-educativas-rurales#:~:text=El%20Curr%C3%ADculo%20M%C3%B3vil%20es%20una,el%20grado%20preescolar%20hasta%20once>



Buenos Aires

Laura Patricia Perea Moreno

*Institución Educativa Rural Buenos Aires
lpp.moreno77@gmail.com*

Después de seis años de ser docente en Medellín, una urbe llena de edificios, llego a un lugar que me permite dar un gran giro, empiezo a sentir y tener el contacto con todo el universo de la naturaleza; el sonido del río, el canto de los pájaros, el verde paisaje y una dinámica estudiantil con el ambiente campestre de esta hermosa vereda que, como su nombre lo dice, son buenos aires, pero creo que el lugar, la vereda me escogió a mí.

Llegué a una institución en la que todos te saludan, sin excepción, la persona del aseo, la de la tienda, la secretaria, tus colegas y, sobre todo, tus estudiantes. Con lo que me gusta sonreír, saludar y compartir el tinto de la mañana; qué hospitalidad, a pesar de que no conocía a nadie, me hicieron sentir en casa, no en vano es Cañasgordas conocido como paraíso de propios y visitantes.

Igualmente, los nervios se asoman, los propios del nuevo comienzo. Era una institución relativamente joven, en la que había mucho por hacer; de pocos estudiantes, casi se podría pensar que era una gran familia, pues la mayoría se conocían y eran familiares o vecinos. Unidos todos en un mismo lugar que, como toda escuela, era su sitio de amistad y aprendizajes, pero, sobre todo, se les veía el gusto de estar allí.

Realicé el ejercicio común en estos casos, en todos los grados, romper el hielo, conocernos, presentarnos, jugar, reír y aprender de todos un poco o más bien de mí, como lo dije antes, ellos ya eran viejos conocidos.

Los jóvenes participaron de las diferentes actividades con el objetivo de conocer a la docente «nueva». ¿Por qué habrá llegado hasta acá?, ¿de dónde viene?, ¿cómo trabajara?, ¿se ve ale-

gre?, ¿se ve enojona? Ellos analizan todo en un juego y nosotros también. Ellos pueden percibir a esta negra que, con su alegría, dinamismo y creatividad, los fue involucrando en el amor por la naturaleza y la cultura del amor por el arte.

Poco a poco me fui adaptando a ese lugar cuyo lema era: «Por un aprendizaje dinámico y creativo». En ese lugar pasaban muchas cosas bonitas y espontaneas propias de estudiantes, humildes, de familia campesina y con ganas de salir adelante.

Fui promoviendo, en el transcurso de los días, el cuidado y el amor por la naturaleza. Creé un grupo ambiental cuyo nombre surgió de una primera reunión de estudiantes interesados: GABA (Grupo Ambiental Buenos Aires), un nombre sonoro, corto, que se fue metiendo en la cabecita y el corazón de muchos. Nuestro grupo fue creciendo con los años, además de hacer campañas de limpieza dentro de la sede principal, también trabajamos en otras sedes de la institución. Poco a poco, en la vereda, y después a nivel municipal, GABA había trascendido muros. Participamos en la Feria de la Ciencia del Parque Explora con una pregunta problematizadora: ¿cómo promover en los estudiantes de la Institución Educativa Rural Buenos Aires el cumplimiento de las normas ambientales, teniendo en cuenta la cultura ciudadana como estrategia pedagógica? ¿Con el propósito de lograr la protección de nuestro entorno? Esto lo fuimos desarrollando con campañas de limpieza, talleres a estudiantes y padres de familia sobre la protección y el cuidado del medio ambiente, con alianzas importantes como la Umata, Corpourabá y la Policía Nacional. Nos convertimos en un referente municipal en la parte ambiental, con el objetivo de crear una cultura ambiental en la comunidad educativa hacia el cuidado del ambiente. Este proyecto posibilitó que los jóvenes fueran los líderes en cuanto al cuidado y protección del medio ambiente, así se fue consolidando como la espina dorsal del PRAE de nuestra institución.

Estos jóvenes empezaron a sembrar árboles, a hablar de cultura ambiental, de manejo de desechos, uso adecuado del agua, huertas caseras; todo este trabajo puerta a puerta y desde ellos mismos en la institución a sus compañeros.

Y nace un proyecto para tener ese espacio de diálogos sobre cultura ambiental: Espacios Bioagradables —ecohuertas y kiosco ambiental—, ya que desde el PEI se orienta el componente de convivencia, no solo a convivir con nosotros mismos, sino respetando nuestro entorno, y se priorizan situaciones problemas desde de una cultura ciudadana que fortalezca los valores ambientales como el respeto, la tolerancia, la responsabilidad, etc. Además de ser una alternativa de solución es un proceso educativo para promover y divulgar programas de educación ambiental, siendo una base para la constante reflexión académica hacia la relación con nuestro entorno. De esta manera se desarrolla el

taller Valorando mi Espacio, creado a partir de la convocatoria del fondo CISAL en la que fuimos ganadores en la modalidad de proyecto social, algo que le dio mucha más fuerza a nuestro proyecto y posicionamiento a nivel municipal como una institución dinámica y creativa.

La feria del reciclaje Valoro la Basura, en la que le damos valor y otra mirada a los residuos. En esta experiencia los estudiantes demuestran sus conocimientos sobre el material que trabajan, involucran varias áreas de conocimiento y vuelve a ser importante la creatividad desde el arte y se relaciona con la ciencia, en un aprender a conocer, aprender a convivir, fomentar relación de convivencia con el entorno y entre los miembros de la comunidad; conocer, identificar normas de convivencia ambientales y sociales, aprender a ser, fortalecer el trabajo en equipo, reflexión sobre su propia actitud hacia el entorno, motivar el liderazgo y la autonomía.

En esta misma línea, nace desde la integración de varias áreas del conocimiento la celebración de muchos días ambientales: Día del Agua, de la Tierra, del Árbol, del Medio Ambiente, y cuanto reconocimiento existe para cada recurso. Asimismo, nace el proyecto de antioqueñidad Rescatando lo Nuestro, que resalta en nuestros estudiantes y en la comunidad educativa el amor por nuestra tierra antioqueña, sus costumbres, cultura, identidad y, sobre todo, lo bello de nuestro departamento. Lo que es verdaderamente importante de esta celebración es que las silleas se realizan con material reciclable, igual que los vestidos y la escenografía de los mitos, las leyendas y los toldos.

Con ese gran desfogue de creatividad y dinamismo, participamos en la convocatoria de estímulos del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia y fuimos ganadores para fortalecer nuestro grupo de danza. De esta manera, los estudiantes se sienten importantes, despliegan su energía, sus gustos, su autoestima. Esto se entiende cuando un estudiante te agradece por estar ahí danzando, exponiendo en el foro ambiental, tocando la chirimía en una obra de teatro ambiental, en un evento de cultura al parque. Esos estudiantes campesinos a los que alguien les dijo un día que solo podían recoger café, que les hirieron el autoestima por ser del campo, por tener bajos recursos, estabas ahora reunidos con canadienses explicando su proyecto escolar; jóvenes con un liderazgo en lo ambiental y en lo cultural, enamorados de lo que hacen y, sobre todo, sintiéndose importantes. Es pura expresión de vida hacer que ellos se sientan importante. Esa es mi misión como maestra.

Somos desde las instituciones educativas los llamados a motivar el cuidado y el respeto por la naturaleza, es uno de los fines primordiales de la educación. «La adquisición de una conciencia para la conservación, protección y mejoramiento del medio

ambiente, de la calidad de vida, del uso racional de los recursos naturales, de la prevención de desastres, dentro de una cultura ecológica» (Ley 115 de 1994).

Esta comunidad ha sido una gran experiencia, en la que he desarrollado mis dos más grandes pasiones, el amor por la naturaleza y el arte, igualmente se ha dejado una huella en las familias de la comunidad, no solo es aprender contenidos, es saber hacer algo con ellos, desde su experiencia, vivencias y autonomía. De esta manera, la Institución Buenos Aires es un espacio donde se enseña y se aprende con amor.



Fuente de felicidad

Erika Bibiana Tabares Sepúlveda

Institución Educativa Rural Gabriela White de Vélez
erika.buise26@gmail.com

Cinco años han transcurrido desde que en una mañana viajaba acompañada de una explosión de sentimientos inefables, entre dudas por iniciar una nueva etapa en mi vida, tristeza por dejar atrás familia y amigos, y olvidar muchas rutinas aprendidas en instituciones educativas del sector privado. Aunque no puedo negar la felicidad que me producía saber que conocería otro ambiente diferente a la vida de la ciudad, que obtendría miles de experiencias que me formarían aún más y aprendería mucho de la vida del campo.

¿Sabía para donde iba? La respuesta es NO, yo sería una no tan perfecta extraña a seis horas de distancia de la comodidad que solo pueden brindar la familia y los padres. Pero, aún con la perplejidad en el rostro y en las entrañas, decidí llegar al corregimiento de Nutibara, en Frontino. Al verlo por primera vez, me enamoré de sus paisajes y la diversidad de sus personas, nunca había convivido con comunidades indígenas, pero, más allá de

eso, al conocer nuestra institución y como la llaman con cariño, “La Gabriela”, en honor a la líder social y gestora colombiana Gabriela White de Vélez, nacida en el mismo pueblo, esa perplejidad se esfumó y se convirtió en tranquilidad, pues al llegar a ella se respira una paz que da eco a lo que con orgullo llamaban y ahora con orgullo yo llamo: «Cultura White».

Ese es el sello personal de nuestra familia gabrielitana, donde se practican valores que llevan a la comunidad educativa a convivir sanamente con los otros y con el medio ambiente. Ahora, debía adaptarme a este nuevo e innovador proyecto, pero ¿cómo lo haría? Era el interrogante que me hacía semana tras semana, no quería pasar como una docente más, quería entregar todo lo que había aprendido tras mi experiencia en el sector privado. Así transcurrían los días y, sin darme cuenta, el entorno me dio la respuesta y los puntos clave para la solución de esta incógnita. En primer lugar, sería no olvidar rutinas aprendidas en la ciudad, pues podría dar un nuevo enfoque a las prácticas pedagógicas en la institución y no menos importante tener en cuenta el cuidado y la protección del medio ambiente, ya que soy una enamorada de la naturaleza y siempre he velado silenciosamente por la protección de los animales vulnerados que tengo a mi alrededor.

Algún sabio dijo alguna vez que lo más difícil es empezar y esto no fue muy alejado de mi realidad, pero poco a poco fui llegando a los estudiantes, ellos veían el amor y la cercanía que tenía con los animales, en especial con los perros callejeros, y a qué niño no le gustan las mascotas, difícilmente existe alguno que no sienta agrado por tener una cerca.

Desde ese momento la conexión con los estudiantes fue más fructífera, pero aún faltaba la parte crucial de esta travesía por la Gabriela, el impacto que podría dar todo lo aprendido en el pasado para que fuera significativo en el presente sin herir la susceptibilidad de la tradición de una institución. Así que, cuando en el 2018 me dieron la oportunidad de formar a los niños de transición, sin ninguna intención de tornarme imperiosa y radical, pero sí con el propósito de dar todo lo mejor de mi ser de maestra a aquellos niños en su primer año escolar, supe que esta era mi oportunidad, ya que siempre había trabajado con la primera infancia, nunca con niños mayores de ocho años. Entonces realicé la planificación de mis clases utilizando el ya conocido pero extraño en la comunidad método de Glen Doman, que se caracteriza por ser una metodología flexible que se puede adaptar a las necesidades de cualquier niño, sin importar su condición, y se podría convertir en un método alternativo al ya trabajado en la institución.

Optar por este camino es, de entrada, decidir transitar por una ruta llena de incertidumbres, aunque esto no será óbice para

desarrollar la estrategia y lograr demostrar que podemos transformar nuestras aulas sin miedo al cambio; además, generar espacios para la inclusión, ya que la metodología inicialmente fue desarrollada para niños en situación de discapacidad, y si entro a contextualizarme, el grupo de estudiantes que orientaba —y aún oriento— es muy diverso, con diferentes ritmos de aprendizaje, aparentes dificultades en el lenguaje y niños con una lengua materna diferente al español (Emberá katio).

Este cambio sería de gran importancia, además de que se eliminaría la costumbre de necesitar enormes cantidades de papel fotocopiado con fichas para que los niños aprendan de la misma manera que quizás sus padres y hasta sus abuelos. Además, de esta manera también daba prioridad al cuidado del medio ambiente como parte fundamental del proyecto Cultura White.

Una vez más estaba llena de sentimientos inefables, feliz por la oportunidad de desempeñarme en mi campo con los más pequeños, pero llena de miedo por no seguir bajo lo que hasta el momento venía realizando la institución; no obstante, inicié mi trabajo. Lo primero fue buscar particularidades en los protagonistas de esta hazaña: cuáles eran sus gustos, de qué manera se divertían, qué temas eran de su interés. Así que realicé lecturas de cuentos, observamos videos, salimos a caminar y, ¡oh, sorpresa!, su interés era la naturaleza y, de manera más particular, los animales. Siempre sus preguntas, opiniones o juegos estaban relacionados con aquello que tanto me enternecía y afloraba en mí hermosos sentimientos. Así que no pudo ser mejor. Es importante mencionar en este punto que el método Doman tiene como requisito emplear bits de aprendizaje que, en términos coloquiales, son rótulos con palabras que sean de interés para el niño, sin importar la cantidad de letras que lleva cada una, lo más conveniente es que llame la atención del estudiante y qué mejor si lo llevamos también al cuidado de la naturaleza, así daría práctica a la Cultura White y también me regiría por el modelo institucional llamado «holístico transformador», permitiéndonos relacionar al ser con el saber y el saber actuar, una manera de permitir que el estudiante sea el protagonista de su propio aprendizaje y yo sería su guía.

No puedo describir la emoción que sentí al realizar mis primeros bits de aprendizaje con las palabras caballo, perro, gato, vaca, cerdo, dinosaurio y lagartija; palabras que salieron de mis estudiantes; ellos los más pequeños, pero con una imaginación enorme. Tampoco puedo explicar lo que sentí cuando empezamos el ejercicio de lectura, para ellos un juego, para mí un proceso importante para sus primeros pasos hacia la lectoescritura.

Jugamos a leer estas palabras durante diez minutos, ellos siempre querían más, pero también es bueno dejar un poco de

diversión para después, así los mantuve motivados, cada día aumentábamos cinco palabras más durante veinticinco días y como era un juego de solo diez minutos, podía hacer las demás actividades que sugieren nuestras mallas curriculares, todo alrededor de nuestro método. Los padres de familia estaban extrañados de que sus cuadernos no estaban llenos de planas, sino, al contrario, de un proceso libre de garabateo y exploración de diferentes materiales, alternado con el juego de lectura de rótulos. Pero ellos también estaban muy entusiasmados porque los niños contaban lo que hacían en el salón con frases como: «Mamá, ya se leer mucho». Cuando los padres de familia preguntaban por el proceso, siempre les contestaba que ellos nacieron leyendo a través de lo que observan, solo es representar lo que leen en imágenes a través de códigos —letras—. Para resumir el paso de nuestros niños por el grado transición, fue novedoso, no fue desgastante y tenía un grupo de padres de familia felices, porque la docente con sus palabras «no pidió mucho».

Al iniciar el 2019, el rector de mi institución decidió que debería seguir con el grado primero. Quiero pensar que estaba intrigado por el resultado que llevaría el método Doman, pero no sé en realidad qué lo llevó a tomar esta decisión. Yo estaba feliz por continuar el proceso con el grupo y la confianza que él había puesto en mí.

Para continuar con el relato, me voy a dirigir a este grandioso año 2019, mi grupo tenía ya un enorme amor hacia la lectura, pues en transición conocieron alrededor de cien palabras que reconocían en cualquier escrito y espontáneamente lo escribían con buena ortografía, solo porque recordaban los bits de aprendizaje que siempre estuvieron expuestos en una pared del salón. Además, ya sabían mucho sobre la vida de los animales, pues fue alrededor de la naturaleza que aprendieron a identificar palabras y siempre había algo que aprender sobre ella. Así que este año solo era iniciar el proceso para los niños que llegaron nuevos y así los demás jugaban más entusiasmados porque podían «leer» alrededor de cien palabras.

Para describirlo un poco más técnico, con la misma estrategia de cinco palabras por día, ajustamos cien palabras; cuando estas estuvieron asimiladas, continuamos con aprender los artículos, llamándolos por su nombre, así los niños aprenderían la estructura gramatical de las oraciones con un juego, sin necesidad de dar una clase magistral sobre el tema. Después de aprender a leer los artículos, lo que tardó aproximadamente dos semanas, continuamos con adjetivos y así, utilizando los rótulos y a través de un juego, ellos formaban frases cortas como: el sapo verde, el caballo alto y otras más que escribían con los rótulos. Muchos de los niños, por su propia iniciativa, lo escribían en sus cuadernos. Al ver mi emoción por estas hazañas, lo hacían más a

menudo y todos se fueron contagiando con este hermoso hábito de escribir.

Después de saber sustantivos —animales y elementos del alrededor— artículos y adjetivos, continuamos con verbos y formando frases más grandes. Ahora podían leer pequeños textos que encontraban en periódicos, revistas y material a su alcance; jamás hubo un libro en específico para la lectura. Pasadas un par de semanas y de jugar con muchos rótulos, aprendimos los nombres de cada una de las grafías, fue muy fácil conocerlas porque ya identificaban por sí solos sus sonidos y uso en la palabra, fue excelente la noticia para los padres de familia que los niños para vacaciones de mitad de año ya supieran leer y escribir y no tenían que hacer esas tortuosas rutinas de silabeo en sus casas, porque siempre fue algo aprendido en la escuela, las tareas fueron pocas y los materiales casi nada, nuestra premisa era utilizar lo que ya hemos utilizado. Así, nuestro grado primero fue hacia adelante con cero pérdidas, todos lograron las competencias necesarias para el grado segundo y como manifestaron muchos padres de familia: «muy adelantaditos».

Ahora retomamos el presente año, 2020, grado segundo y aún continúo mi feliz travesía con mis niños y niñas que han demostrado que la escritura y la lectura no puede ser una situación traumática, ahora que estamos en tiempo de pandemia, estoy muy satisfecha de todo lo que aprendieron jugando el año anterior, les ha servido mucho y más ahora con esta estrategia a distancia de desarrollar las guías de aprendizaje para ellos. Para mí ha sido muy fructífero, además recibo cartas con bellísimas palabras que me hacen ver como una princesa enviando trabajos con un pajarito.

Un día yo entré a la escuela y me tocó estudiar con la princesa Erika y fue muy bueno, yo era muy feliz, pero un día de un reino le dio un virus y nos tocó irnos para la casa y también la princesa, ella estaba muy triste por eso, pero tuvo una idea muy buena y empezó a mandarles cartas y trabajos a los niños con los pajaritos y así todos fuimos felices, hasta que la princesa regrese. FIN.

Retomando el método puedo contar que satisfactoriamente lo empleé en asignaturas como Matemáticas e Inglés con excelentes resultados, los niños ya saben la mecánica y cada vez que ven los rótulos se emocionan por competir y verificar quién lee más, porque hacemos diferentes juegos, por ejemplo, se esparcen los rótulos por todo el salón de clase y se juega al rey pide. Este solicita sustantivos o adverbios con alguna característica en particular y así es como se convierte un juego de tradición en una variable diferente para aprender y divertirnos.

Finalmente, puedo decir que soy una docente feliz, que no trabajo sino que día a día hago lo que más disfruto. Bien dice el

doctor Alexander Berzin: «La fuente de la felicidad yace en nuestro interior; cuando nuestra mente está en calma, cuando nuestra perspectiva es positiva, cuando nuestros pensamientos están orientados bondadosamente hacia los demás, experimentamos una felicidad que nos sostiene con fortaleza y valentía». La fortaleza y la valentía me llevan a perseverar y a mirar hacia adelante en la búsqueda de la felicidad.



Narrativa Docente

Gloria Stella Oquendo

*Institución Educativa Rural La Blanquita
aloriastella@gmail.com*

Hace algún tiempo, una niña decidió luchar por su sueño por encima de miles de dificultades; soñó con ser docente y al final lo consiguió. La historia inició cuando una jovencita vivía con sus padres en una finca alejada del casco urbano y por este motivo no tenía acceso a la educación, ya que muy pocas veces iba un docente a su vereda por ser un lugar alejado. La niña soñaba con ser maestra o psicóloga, lo que era producto de burla cuando lo manifestaba cerca a sus compañeros de clase. La niña fue creciendo y con ella el deseo de superación y de emprender aunque no sabía cómo, ya que sus padres eran de bajos recursos económicos y no tenían cómo suministrarle los medios para adquirir educación en otro lugar.

Al paso del tiempo, ya se sentía grande, tenía trece años y aún no había podido terminar la primaria, precisamente por la falta de un docente de tiempo completo. El desespero y la impotencia se hacían cada vez más fuertes; en ocasiones pensó escaparse con quien la pudiese apoyar para poder lograr su sueño, pero la niña aún conservaba los valores ancestrales y los buenos hábitos familiares, entre los que estaba en la obediencia, la honradez y el

respeto hacia sus padres; y aunque lo pensó en muchas ocasiones, mejor decidió enfrentarlos de la mejor manera. Fue inútil, su padre no aceptaba dejar ir a su hija menor para el pueblo y menos sin saber de qué manera podría sobrevivir, pues no contaba con los suficientes recursos económicos para poder vivir de una manera digna.

Sus padres reconocían que, al ser una niña, aún menor de edad, en ningún lugar podría adquirir un buen trabajo y desconfiaban de la sociedad pensando que sería víctima de su inocencia y podría terminar mal o, como mínimo, con un bebé a destiempo. La niña aún conservaba sus cuadernos y una cartilla de escuela nueva que le había prestado el último docente que tuvo. Esta era para ella una reliquia, ya que en casa se instruía hasta el punto de aprendérsela casi de memoria. Los días pasaron y la niña nunca vio que esta situación mejorara, entonces decidió emprender camino, sola, a cuatro horas de la carretera, por un camino de herradura, se fue buscando ayuda en cualquier familiar, entre estos su abuela. La niña se despidió de su madre y esta la santiguó, pero cuando su padre se enteró, la alcanzó y le dio una paliza que la hizo devolver a la casa. La aconsejó mucho, pero ella sabía que su éxito nunca lo encontraría sin tener la suficiente preparación.

Allí estuvo dos días más y al tercero decidió volver a emprender su camino. Aún le dolían las piernas de las heridas que el padre le había causado con el castigo por haberse escapado, no obstante, decidió proseguir su camino. Un primo que había cerca de su vereda la acompañó e incluso le prestó su caballo y un poco de dinero para pagar el pasaje del carro. Al llegar a casa de su abuela, esta se sorprendió, ya que sabía que su padre nunca la dejaría sola, pero la niña le contó la historia y una vecina que vio sus heridas en las piernas por el maltrato físico que sus padres le habían dado, se apiadó de ella y fue allí cuando decidió terminar de costearle el estudio de la básica primaria, para que pudiese terminar.

La niña no había terminado el grado cuarto pero estaba decidida a estudiar con mucho esfuerzo, llegó el día en que una hermana que vivía en una vereda de Abriaquí se enteró de su estadía y decidió llevársela para la casa, fue allí donde terminó cuarto y quinto en el mismo año. Su hermana la apoyó con lo necesario para continuar con su estudio, pero a la niña le tocó igualmente muy difícil, ya que debía ayudarle a su hermana en la casa para poder ir a la escuela. De regreso, debía primero colaborar con los quehaceres para luego poder dedicarse a las tareas en las horas de la tarde y mucha parte de la noche, pues en ocasiones trasnochaba bastante para avanzar en las cartillas que se trazó como meta finalizarlas antes de terminar el año. Efectivamente, terminó el grado quinto un mes antes de culminar el

año escolar, así fue como se dio cuenta de que podía terminar los dos años en uno, que nada era imposible cuando se deseaba con fuerza y que solo se necesitaba esfuerzo, dedicación, mucho positivismo y fe en Dios.

Ahora seguía el otro capítulo de su vida; terminar el bachillerato. La siguiente etapa fue aún más difícil, ya que debía desplazarse para el municipio de Frontino, pues en el lugar donde la hermana vivía era una vereda y no había colegio. La niña, Gloria Stella Oquendo, ya adolescente, aprovechó que su padre le había mandado pedir perdón por lo que había hecho y lo buscó para solicitarle ayuda. Este, en el momento, se negó, manifestando que no tenía el dinero suficiente para pagarle su estudio, que en esa época costaba mucho más, incluyendo matrícula, uniformes, útiles, alimentación, entre otros. La joven le rogó a su padre que solo le pagara lo que necesitaría a principio de año, que lo demás lo conseguiría ella, pues prometió buscar trabajo para costear su estudio. Fue difícil para el padre tomar la decisión, pero ante tanta insistencia accedió y le compró a su hija los implementos necesarios para iniciar el año escolar.

La joven, con catorce años, iniciaría apenas el bachillerato e ingresaría a trabajar en una casa de familia. Esta parte de la historia se hace más difícil, ya que no contaba con el conocimiento suficiente para cocinar, pues en su casa ella era la encargada del aseo, ordeñar vacas, coger café, pillar maíz y otras actividades de finca, pero cocinar no sabía. Sufrió muchas humillaciones por parte de la dueña de la casa, fue la Navidad más triste de su vida, ya que veía cómo la familia de esa casa se reunía mientras ella tenía que quedarse encerrada para poder conseguir dinero y poderse ayudar con el estudio. La señora de la casa no la dejaba mirar por la ventana y menos pararse en la puerta de la entrada, ya que, según ella, eso era de niñas de mala vida. Para Gloria Stella fue muy difícil acostumbrarse a ese encierro ya que venía del campo, donde la libertad y el aire puro eran su zona de confort y su entorno predilecto. Fue difícil estar allí y, por lo tanto, solo esperó cumplir el mes para recibir su pago y renunciar. Tendría que buscar un trabajo de medio tiempo porque su objetivo número uno era ingresar al colegio en jornada diurna, aunque era difícil, ya que en muchas partes no le permitían que estudiara en esta jornada y le proponían la nocturna para así trabajar todo el día, incluso por estar ya grandecita.

Aunque sabía que tenía que trabajar, también su sueño era prepararse bien para ejercer su profesión con honor, era consciente de que debía estudiar en jornada diurna. Fue muy difícil encontrar trabajo, pero por fin lo obtuvo en una cafetería, de manera muy difícil, ya que no se podía dejar ver por ser menor de edad, debía estar en la cocina realizando actividades difíciles y

duras, pero era de la única manera en que podía trabajar por un pago mínimo, sin derecho a exigir nada más.

Inicia el año escolar más soñado de la vida y ve que sus sueños poco a poco se van haciendo realidad. Durante el año cambió de trabajo varias veces ya que el primero tenía jornadas demasiado extensas y no había suficiente espacio para el estudio. Continúo estudiando con mucha responsabilidad y siempre con mucha fe en Dios, en ocasiones se quedaba sin trabajo y le tocaba aguantar hambre, fue esta razón la que hizo que cada día valorara más lo que estaba haciendo y luchara con todas sus fuerzas por lo que deseaba y así superarse cada día. En el colegio hacía trabajos y tareas a compañeros para que le pagaran y poder comprarse el refrigerio, porque en ocasiones se iba sin desayunar y cuando regresaba no había nada para preparar. Era difícil aprender con hambre, así que trabajaba más para superar un poco la situación económica. En los lugares de trabajo hacía sus tareas cuando tenía forma, de lo contrario, le tocaba trasnochar mucho.

Con mucho esfuerzo terminó el bachillerato e inició la formación complementaria en la normal superior, pero fue un intento fallido ya que se tardó en cancelar el semestre y al no tener trabajo estable tuvo que retirarse, pero su perseverancia iba de la mano de Dios; pidió trabajo en la alcaldía y le dieron su primer contrato como docente en la vereda Chimurro. Luego vino la segunda gran oportunidad, cuando se conformó un grupo de docentes pedagógicos en ejercicio que vivían en diferentes municipios para estudiar la formación complementaria cada quince días y así poder viajar y estudiar. La joven aprovechó esta gran oportunidad y fue así como pudo obtener el título de normalista superior.

En ese lapso, mientras estudiaba, tuvo que trabajar bajo un plástico y cuatro palos, ya que no había escuela. Cuando llovía, los cuadernos de los niños se mojaban. La docente, con espíritu emprendedor y junto a la comunidad, gestionó para hacer una escuela, pues por motivos de violencia la comunidad de Chamurro fue desplazada para Herrera, un sector del corregimiento donde hoy funciona la sede. Se fundó la escuelita solo con la ayuda de la comunidad, la docente y los estudiantes que trabajaron fuerte para construirla; con decir que embarcaron la madera por el río para construir la escuela. Fue difícil, ya que la docente vivía en ese pequeño encierro en el que las serpientes eran su única compañía; cada día, y en diferentes lugares, las encontraba, hasta se desprendían del techo y caían al toldillo en el que dormía. Así continuó luchando por sus sueños, con gran amor al trabajo y motivación para ayudar a las comunidades y a los niños que se veían vulnerables e indefensos para acceder a la escuela. Debían cruzar el río Chaquenoda para llegar; cuando este amanecía crecido y caudaloso no había acceso. En varias ocasiones la profe-

sora, cruzándolo en un caballo, fue arrastrada por las aguas que la dejaban en un lugar más lejano del camino real. Así que buscó, en compañía de la comunidad, la construcción de un puente peatonal.

La gestión se hizo y luego el puente, pero la docente fue trasladada para la comunidad Altos de Murri, a tres días desde el casco urbano para ir a la escuela. Fue una situación aún más difícil, en una ocasión se perdió en la selva cuando regresaba para su casa y duro quince horas caminando en el monte, en la oscuridad, sin linterna para alumbrar el camino, hasta que encontró una familia que le brindó auxilio. De esta manera tenía que seguir soportando la situación, ya que estudiaba y debía ser fuerte para poder pagar sus estudios.

Por cuestiones de orden público no pudo continuar laborando allí y tuvo que renunciar. Estuvo sin trabajo unos días mientras la contrataban en el programa de primera infancia Familia a tu Lado Aprendo. Así continuó su vida docente, luego laboró en otras escuelas y colegios dentro y fuera del municipio, pero igualmente con experiencias y situaciones muy difíciles. Estudió la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana. Luego fue trasladada para Nechí, donde igualmente pasó momentos duros llevando esta situación a la renuncia. En este tiempo se dedicó a realizar proyectos de grado y otras actividades para costearse la especialización, luego fue contratada nuevamente con el magisterio y llegó al colegio La Blanquita, donde se enfocó desde el principio en guiar a los educandos por el emprendimiento, pues inició dando el área de Emprendimiento, Tecnología y Ética y Valores.

Apoyó de corazón las actividades comunitarias, la construcción de aulas liderada por la rectora, enfocándose en la Gestión Comunitaria, teniendo muy presente el lema de la institución: «Educamos para la vida, la convivencia pacífica y la superación». Educarnos para la vida encierra todo el saber, haciendo énfasis en las gestiones Académica y Comunitaria, ya que quien se educa para la vida lo hace para sí mismo y para servir a la sociedad. La puesta en práctica con los valores y la buena convivencia que igual se refuerzan en el área de ética y valores, la superación se enfatiza en el emprendimiento.

En conclusión, las áreas que dicta la docente, el lema de la institución y las gestiones Comunitaria y Académica forman parte fundamental de sus principios, que desarrolla con orgullo, agrado y deseos de ver la superación en sus educandos. Trabaja desde la sana convivencia y motiva a los educandos a ser emprendedores, poniendo en evidencia su experiencia e inculcándoles la importancia que tiene luchar por los sueños a pesar de las múltiples dificultades, pues cuando nos proponemos algo, lo podemos lograr.

El corregimiento de Murri, en su gran mayoría, está compuesto por personas víctimas de la violencia y vulnerables ante la sociedad, muchos niños se ven desorientados frente a las dificultades que viven a diario, no obstante, la institución ha luchado por apoyarlos, brindar espacios de acogida y evitar la deserción.

Gloria Stella, que desde niña soñó con ser psicóloga y, más aún, docente, en la actualidad ejerce no solo una profesión calificada, a veces actúa desde el papel de «psicóloga» en diversos aspectos de su labor. A la docente le encanta ser humanitaria y ayudar al necesitado, ya que tuvo una infancia difícil. Entiende la situación de los chicos que, en ocasiones, viven historias similares. Siempre los mejores consejos a sus educandos es que nunca se detengan frente a las dificultades que se les presenten, y trae a colación algunas experiencias vividas en las que valió la pena, ya que alcanzó su gran sueño.

La Gestión Directiva se ve reflejada en ese horizonte institucional en el que se basa para proyectar a los educandos en un gran futuro lleno de sueños, se motiva a que exista mucho positivismo y que la expresión «no puedo» o «no soy capaz», no debe existir dentro de sus proyectos de vida, ya que es nocivo para la mente inyectarle pesimismo que posiblemente no dejará volar su imaginación y por ende nunca sacar sus sueños a flote, tener éxito en la vida y cumplir los anhelados sueños.



Luchando por un sueño, amar y servir incansablemente

Sandra Liliana Londoño Oquendo

Institución Educativa Rural La Blanquita del Murri
sandrало91@hotmail.es

Hoy estoy aquí, en este 2020, con la misma pasión y amor por lo que hago, dando lo mejor de mí para que la educación siga siendo significativa y el motor más importante en cada hogar de Colombia.

En este año llegó una pandemia que no nos dio tiempo de pensar ni en el ayer ni el mañana, solo en el presente, y es hoy cuando debemos reinventarnos, profesionalizarnos y seguir ayudando a nuestros educandos a cumplir sus sueños, porque somos sus reflejos y el modelo más digno a seguir de una comunidad, y no de cualquiera, sino de ese lugar apartado, marcado por la violencia y olvidado por un Estado, que nadie quiere visitar porque está tan estigmatizado que en vez de generar motivación, da angustia, miedo, temor y hasta terror estar allí; porque son muy pocas las personas que se han detenido a visitar y admirar la gran riqueza natural y cultural de esta región, La Blanquita del Murri, ubicada a 62 kilómetros de la cabecera municipal de Frontino.

La historia en este hermoso lugar inició para mí el 10 de marzo del 2010, cuando me fue notificado, desde la Gobernación de Antioquia, un nombramiento en provisionalidad. No fui solo yo la privilegiada, fueron diez docentes a los que les llegó la noticia. Con mucho entusiasmo inicié las respectivas diligencias de la posesión y, después de todo el papeleo, el grupo de docentes nos dirigimos con mucha motivación e incertidumbre a nuestro lugar de trabajo. Éramos ocho docentes, ¡oh, sorpresa!, dos no habían aceptado la provisionalidad. Nos desplazamos un domingo hacia La Blanquita del Murri, en un carro tipo chivero a las 11 a. m. Llegamos pasadas las 7 p. m., después de ocho horas de estar sentados recorriendo y admirando la gran riqueza natural que ofrecía el paisaje; una carretera destapada en un estado regular, cobijada por varios montes y unas cuantas cascadas y quebradas que adornaban aquel hermoso lugar.

Después de encontrarnos en la comunidad, buscamos dónde alojarnos para descansar. Muy temprano, al día siguiente, nos presentamos donde la directora rural, la hermana Sharly Karina Camo Juárez, oriunda de Guatemala, que estaba al servicio de la comunidad como religiosa de la congregación de la Madre Laura Montoya Upegui y encargada de la Institución Educativa Rural La Blanquita del Murri. Pero aún no sabíamos si nos quedaríamos en esta institución o en veredas aledañas a esta comunidad; al acercarnos a su casa nos miró con asombro y una gran alegría, ya que era sorpresa encontrarnos allí, pues por la falta de comunicación el secretario de Educación no le había podido informar que nos presentaríamos en el lugar solicitado. Ella, con su mirada sincera y esa prudencia que la caracterizaba, nos dio la palabra uno a uno, nos fuimos presentando y muy amablemente nos iba diciendo en qué lugar íbamos a prestar nuestros servicios. Después de ser notificados, nos organizamos para desplazarnos a las comunidades; de los ocho docentes, seis se quedaron, a dos las devolvieron porque su nombramiento era para una comunidad indígena —y ellos no reciben en sus comunidades a docente capunia, como nos llaman—.

Mi vereda era la comunidad de Sabaletas, nombre característico por la cantidad de sabaletas que se pueden encontrar en una quebrada y el río Carauta, y que son parte fundamental de la alimentación de cada familia. Al estar allí, inicié mis labores como docente, mis expectativas eran encontrar una escuela con muchos niños, pero la realidad fue otra, solo encontré como escuela un corredor de una casa de familia. Eso fue lo mejor que me pudieron ofrecer y doce niños con una motivación y deseo de superación enorme. En esa casa vivía el señor Henry Arenas, con sus cinco hijos, ya que su esposa se había marchado a otro lugar y los había dejado solos.

Allí, en ese corredor de una casa campesina trabajé 8 meses, fui la profe de tiempo completo; hasta el restaurante tuve que asumir muchas veces porque, por sus múltiples oficios, las madres muy pocas veces podían ir a hacer la comida de los niños, además, la mitad de los estudiantes pertenecían a hogares donde no tenían la figura materna y el padre todos los días madrugaba a trabajar en el campo a una o dos horas del lugar de residencia. Todo este tiempo fue muy enriquecedor, aunque un poco difícil por la lejanía y la gran carencia de recursos que tenía para poder trabajar cómodamente. En Sabaleta trabajé mucho la huerta escolar y le aporté a la comunidad colaborándoles con los trabajos comunitarios.

En el 2011, fui trasladada a la sede principal La Blanquita, donde tuve la experiencia de trabajar con los grados cuarto y quinto como monodocente. Durante ese año continué ejecutando un proyecto que había iniciado anteriormente con las huertas escolares con la entidad de Maná; también trabajé muy de la mano con todos los padres de familia. En este año hubo cambio de rectora, llegó la hermana María de Jesús Alfonso para continuar dirigiendo la institución sin dejar perder ese bonito legado que dejaba la hermana Sharly: el amor por la educación; ya que cuando llegó había una escuela y al marcharse les dejó una institución. Por esto será recordada toda la vida.

En el 2012, llega una nueva rectora, la hermana Beatriz Elena Arango Acosta. Con ella continuamos trabajando con mucha dedicación por nuestra institución, siempre con la motivación de brindarles a los estudiantes lo mejor de nosotros; por medio de las clases y todos los proyectos institucionales se iba identificando el proyecto de vida de los educandos.

Hubo un momento en el que quise renunciar, había muy poca comunicación, la vía de acceso estaba completamente deteriorada, hasta 33 derrumbes impedían el acceso al municipio en vehículo, nos tocaba salir a pie hasta otro corregimiento para buscar en qué trasportarnos. Por esos días estaba haciendo la Licenciatura y desplazarme al municipio era muy necesario. Con la ayuda de la comunidad y la compañía de los docentes salíamos

cada ocho días a estudiar de diez a doce horas de camino, uno de los grandes retos que he tomado, pues continué con mis estudios y no desistí ni renuncié. Fueron tres meses sin transporte, sin vía, y a esto le sumamos la violencia que se venía en ese entonces. Nos tocó ver cómo caían militares en el caserío por enfrentamientos o por bombas que les ponían los grupos ilegales.

En la Institución Educativa Rural La Blanquita trabajé hasta el 24 de septiembre del 2014, cuando fui trasladada a la sede de La Cerrazón para ayudar a una docente que tenía problemas de salud. No fue fácil, esta escuela se encuentra a cinco horas del corregimiento La Blanquita, donde no había conectividad. Además, por ese tiempo había iniciado la especialización en Administración de la Informática Educativa, pero con la ayuda de mis compañeros logré terminar, a pesar de que prácticamente permanecía incomunicada por un mes, hasta que nuevamente salía a estudiar.

En esta comunidad apoyé mucho a la junta de acción comunal en todos sus proyectos, creé la Escuela de Padres, en la que trabajaba temas de interés y motivación para los padres de familia.

El 20 de agosto de 2015 volví a la sede principal, durante este tiempo apoyé mucho los proyectos de servicio social del grado once, acompañando y realizando seguimiento a algunos estudiantes.

Los docentes de esta institución nos hemos destacado por el sentido de pertenencia; trabajando en festivales, realizando convites, mingas para organizar las aulas de clase, ya que estas eran de madera y en el tiempo de invierno se mojaban los niños y sus enseres, además corrían el peligro de que en cualquier momento el aula se les viniera encima por el gran deterioro.

En el 2016, empecé a apoyar el proyecto de recreación y tiempo libre. Junto con otra profe entrenábamos a los niños en fútbol sala y fútbol de salón, en las categorías infantil, prejuvenil y juvenil masculino y femenino. Hemos llevado a los estudiantes a participar de encuentros convocados por Coldeportes e Indesportes, y no han estado compitiendo en el municipio, también fuera de este, representándolo en juegos regionales y finales departamentales. Es una gran motivación, ya que, por esta oportunidad que nos brindan, muchos niños han conocido su municipio, Frontino, y también otros, incluyendo Medellín.

En el 2017, la administración municipal le dio a la comunidad un Centro de Iniciación Ciudadana (CIC), o más conocido como coliseo. Ahí iniciamos la práctica de otros deportes como patinaje y también hemos tenido representación de estudiantes en el municipio, en juegos regionales y departamentales. Para mí es un orgullo porque no es fácil; para poder sacar a mostrar los talentos deportivos de nuestros estudiantes debemos conse-

guir fondos y realizar rifas o vender comestibles; para poder que ellos adquieran sus uniformes porque sus familias son de muy bajos recursos.

En este año también inicie el proceso de formación a personas adultas por medio de los CLEI o jornada sabatina, una motivación enteramente grande para aquellas personas que en su época no tuvieron tiempo de estudiar

Es muy grata la confianza que nos brindan los padres de familia al dejar que sus hijos no solo salgan del corregimiento, sino también del municipio a conocer, compartir y mostrar lo que saben hacer: jugar bonito. Cada día, cada año, la pasión por lo que hago es más grande, ver a muchos de nuestros estudiantes profesionales es muy grato.

En este 2020, hemos institucionalizado algunas estrategias para seguir brindando la educación desde casa, no es fácil, las carencias son muchas, pero estamos dando lo mejor de nosotros en este tiempo.

Comparto algunas de las estrategias:

Guías de trabajo elaboradas en casa, muy flexibles y de gran interés y motivación para los niños, en cada entrega de estas guías les envié un dulce como motivación para que continúen con el mismo esmero.

Proyecto La Huerta Casera. Con el fin de mejorar la nutrición de los niños y también aprovechando la riqueza natural que tenemos.

La Mochila Viajera. Es una mochila con material didáctico para que los niños y las niñas compartan aprendizajes en familia de manera llamativa.

Mi Aula en Casa. Estrategia que busca que los niños destinen un lugar de la casa donde se sientan cómodos para realizar sus actividades.

Quiero finalizar compartiendo, con mi lema, mi vocación docente, yo puedo decir: «Amo todo lo que hago, amo todo lo que soy».



«Dejando huella», estrategias sencillas que forjan grandes cambios

Care Yaqueline Serna Urrego

Institución Educativa Rural San Diego
mayaem1983@gmail.com

Legó el día en que tuve que cambiar de institución después de trabajar nueve felices años en la sede Los Peñoles. Llegue con antelación a reunirme con la profesora a la que iba a reemplazar en mi nueva sede, cuyo nombre era de un santo: San Lorenzo - Vereda La Ceja. Me sentía asustada ante lo que me esperaba porque, como todo ser humano, siempre sentimos temor ante lo desconocido y por cada nueva experiencia que tengamos en la vida.

Ingresé a recorrer por primera vez el que sería mi lugar de trabajo por un tiempo indeterminado. Con mis pasos firmes y mi mirada observadora inicié el recorrido. Un espacio increíble con un hermoso patio de cemento frente de la sede, tres aulas de clase, la habitación, los baños de los estudiantes, la cancha, un terreno con unos cuantos árboles de café, un patio de césped detrás de la escuela donde está una vieja cocina. Un espacio increíble, pero con la marca del descuido y la falta de sentido de pertenencia; se veían sus paredes con una pintura ajada y sucia por el paso del tiempo. Unos salones un poco sucios y desordenados. Un salón de tecnología con un gran arrume de equipos viejos. Una deteriorada cocina ubicada en la parte de atrás en cuyo interior tenía sillas, mesas y libros en mal estado y en su plancha un gran arrume de pupitres de antaño llenos de moho y suciedad por el paso del tiempo. La maleza sobresalía en el patio de atrás y el terreno del café. Pensé por un instante e hice comparaciones absurdas: yo que dejé mi sede tan organizada y ahora estar acá en esta sede tan descuidada, volver a iniciar de nuevo.

Todo en la vida a veces es un nuevo comienzo. Voy con toda la actitud a tratar de mejorar lo que más pueda el aspecto físico de la sede. En poco tiempo empezaron a llegar mis estudiantes acompañados de sus madres. Uno que otro me miraba fijamente

como queriéndome decir: «¿Por qué vas a reemplazar a nuestra profe?». Su cara no era de felicidad, se reflejaba la tristeza en su rostro por la partida de la que fue su profesora. Es normal que tanto ellos como yo nos sintiéramos tristes. Yo tenía ese sentimiento por dejar la sede que fue mi lugar de trabajo por nueve años y ellos por ese cambio de docente. Ahí estaba yo, en una nueva comunidad que me daba la bienvenida a esa nueva aventura educativa. Con palabras de agradecimiento despidieron a la profesora y me dieron la bienvenida. Lagrimas corrían por las mejillas de algunos estudiantes abrazando a la profesora que se marchaba. Al terminar la reunión ella y yo nos dirigimos a realizar el empalme; me entregó lo que manejaba en la sede y el grupo de quince estudiantes. Los describió uno a uno con sus fortalezas y aspectos por mejorar. Ese día, por la premura del tiempo y el empalme, no alcancé a hablar mucho con mis nuevos estudiantes. Solo con el tiempo y el día a día se va visualizando cómo es que uno, como docente, va a ir actuando frente a la actitud y la aptitud del nuevo grupo.

Al día siguiente, muy temprano estaba esperando a mis estudiantes. La mayoría llegaron muy puntuales y unos cuantos tarde. Ahí es donde inicia mi inquietud, qué voy a hacer para que todos lleguen temprano. Debí esperar que todos llegaran para poder iniciar las clases, nos presentamos y hablamos de diversos temas; realizamos actividades de conocimiento mutuo, les conté sobre mi manera de trabajar y lo que esperaba de ellos como grupo. Hablamos de nuestras fortalezas y aspectos por mejorar. Ahí estaba yo otra vez con mi mente inquieta pensando en qué iba a hacer para que ellos cumplieran con todas sus actividades y trataran de ser cada día mejores.

En un segundo, una estudiante, Guadalupe, del grado primero, no se encontraba en el aula de clase. Les pregunté a sus compañeros y me dijeron que había ido al baño. Fui de inmediato a buscarla y no estaba en el lugar que me habían indicado. Recorrí todos los rincones de la sede y nada. Preocupada, volví al aula de clase, pregunté de nuevo dónde podía estar aquella estudiante. «Profe, ella de pronto puede estar en la caseta jugando», me dice Andrea. Salí de prisa para el lugar y allí estaba ella jugando con un perro. Le pregunté por qué se había salido del salón. Me respondió: «Profe, a mí no me gusta estudiar». La tomé de la mano y la llevé al salón. Ella, furiosa, se sentó en su silla y me lanzó muchas palabras soeces, cogió sus cuadernos y los echó a volar por todo el salón de clases. Me quedé atónita, jamás en mi experiencia como docente me había tocado una situación de estas. Lo que hice fue tratar de calmar a la niña que seguía haciendo pataleta. Los otros estudiantes decían que eso era normal en ella, que era muy grosera con los profesores y le gustaba hacer lo que ella quería en la clase. Yo pensé que tremendo comportamiento era algo que debía ser investigado para ver por qué actuaba así y

qué la llevaba a tener una desmotivación por el estudio. Pasaron los días y ahí fui conociendo uno a uno de los integrantes de mi nuevo grupo.

En la metodología escuela nueva se trabaja con toda la primaria en un aula de clase, incluyendo a los estudiantes de preescolar, que en mi caso, en ese año, no había ninguno. Tenía cinco estudiantes en primero y la mayoría eran muy juiciosos, excepto Guadalupe, que debía motivarla constantemente para que fuera cada día mejor. En segundo grado no había estudiantes. En tercero tenía dos estudiantes, Natalia y Silvana, que no sabían leer ni escribir por un problema auditivo. En cuarto tenía cinco estudiantes, todos muy juiciosos, menos Yennifer, que tenía mucho orden en sus trabajos, pero su aparato auditivo hacía poco se le había dañado, llevándola a ser muy agresiva con sus compañeros y a no querer trabajar en clase. En quinto tenía tres estudiantes, incluidos un par de gemelos que recuerdo con gran cariño y a los que casi no aprendo a distinguir por su gran parecido, totalmente iguales al verlos, pero ya al mirarlos bien aprendí a diferenciarlos.

Entre tantas estrategias pedagógicas que uno emplea en su quehacer como docente, un día empecé a implementar las caritas felices. Jamás me imagine que algo tan sencillo como una carita feliz podía ayudarme tanto en mi labor docente. Todo inició pensando cómo hacer para que los estudiantes llegaran puntuales a clase. Cómo motivar a Guadalupe, Silvana y Yennifer a mejorar sus falencias y al resto del grupo para ser cada día mejores. Compré una gran cantidad de adhesivos de caritas felices. Hice en un archivo en Word con el nombre de cada estudiante y el mes en el que estábamos; una tabla con cuadros para pegar las caritas y debajo su respectivo día con la fecha; según las semanas que tenía el mes así elaboraba la tabla. Tuve también en cuenta poner al final de la tabla las observaciones.

Llevé la estrategia al aula de clase e inicié contándoles a los estudiantes qué íbamos a hacer con esas caritas felices. Ellos, al ver las caritas, muy felices me dijeron: «Ay, profe, ¿hoy nos va a regalar caritas?». Les respondí que sí, pero con condiciones. Ellos, muy intrigados, se sentaron juiciosos a escuchar cuál era la propuesta que yo les traía:

Muchachos, vamos a hacer un trabajo muy divertido con estas caritas, a cada uno le voy a pegar una hoja de Word, como esta, cada mes. Ustedes, antes de que yo les pegue esta hoja, van a pensar y escribir cinco compromisos para este mes, deben ser aspectos en los que ustedes deban mejorar. ¡Manos a la obra!

Estos estudiantes, con la mayor sinceridad, iniciaron con sus cinco compromisos. Me llamó mucho la atención su gran sinceridad al escribir porque pusieron sus aspectos a mejorar tal como

yo los había visualizado, mas no les había dicho; el que llegaba tarde se comprometió a madrugar, por ejemplo. Guadalupe, que era de primero, y como en ese grado aún no escribía bien un compañero, le ayudó a hacer su trabajo. Ella debía dictarle y fue muy sincera al expresar que debía cambiar su comportamiento, igual escribieron Silvana y Yennifer.

Terminaron de escribir sus compromisos, yo les pedí que leyeran muy bien lo que habían escrito y que se esforzaran por cumplir. Pegué en sus cuadernos de tareas la hoja y les regalé su primera carita feliz por hacer los compromisos. Vi en ese instante cómo una simple carita robaba una sonrisa en sus rostros; se veían felices y les dije que cada día, al finalizar la clase, le regalaría una carita feliz por el cumplimiento de sus compromisos diarios y al finalizar el periodo, si tenían todas las caritas, les daría una pequeña sorpresa. Esa carita trascendió tanto que ellos muy animados contaron a sus padres que debían esforzarse mucho por ganar una carita feliz cada día. Así fue como los que llegaban tarde, cambiaron; los que se comportaban mal, mejoraron su comportamiento; los que no hacían sus tareas bien, aumentaron su rendimiento académico; todo por ganar cada día su carita feliz. Guadalupe, de quien indagué con sus padres por su comportamiento, mejoró notablemente, solo le hacía falta motivación constante con palabras de ánimo.

Silvana fue un caso que jamás olvidaré; aprendió a leerme los labios de una manera inexplicable. Así, ella me miraba y entendía qué le estaba diciendo. También aprendió a leer y escribir, algo que sus padres deseaban con todo el corazón porque les habían dicho que no aprendería y que debían llevarla a un colegio de niños especiales. Es de entender que al no escuchar su lectura no iba a ser lo mismo que los otros compañeros que escuchaban, pero decodificar los signos del español fue todo un reto al tratar de enseñarle y además luchar con los compañeros de clase para que respetaran la diferencia. Yennifer cambió mucho su comportamiento y su madre le consiguió, con mucho esfuerzo, el audífono para que escuchara y entendiera mejor las clases.

Finalizando cada periodo, yo les llevaba alimentos para hacer una merienda o un dulce para compartir. Ese día, cada estudiante expresaba si había cumplido sus compromisos y si era merecedor de la sorpresa. Fue una estrategia pedagógica que me enseñó que desde algo tan simple se pudieron generar grandes cambios en la puntualidad, el comportamiento y el rendimiento académico de los estudiantes. Tanto que muchos padres expresaron que sus hijos estaban felices con la idea de las caritas felices y que habían mejorado notablemente su desempeño escolar y su comportamiento.

Los padres y las madres de familia fueron un gran apoyo, tanto en el proceso educativo de sus hijos como en la ayuda cons-

tante para cambiarle la imagen a la planta física. En jornadas de las tardes, una vez por semana, durante siete meses, trabajamos arduamente en varias actividades de organización y embellecimiento de la sede. Primero, realizamos el inventario y se le dio de baja a todo lo malo e inservible, se llevó la carta de los objetos sacados al señor personero, quien autorizó y firmó para que fueran retirados de la sede. Llamamos al señor del reciclaje y se llevó todos los objetos inservibles. Se gestionó pintura con los recursos de la educación; entre varios nos juntamos y compramos más. Así los espacios recuperaron su orden y poco a poco fuimos pintando toda la institución. La cocina, que no estaba en uso, recuperó su funcionalidad. Se guadañaron todos los espacios de césped. Hicimos un aseo general de toda la institución y hasta lavamos la cancha. Como la escuela tenía un poquito de jardín, pero las canastas estaban un poco dañadas, las organizamos y sembramos más.

El proyecto Familias en su Tierra, que regía en la zona, se unió a la organización de nuestra sede y un sábado fue con trece de sus participantes y nos ayudaron a pintar. Todos nos unimos y cambiamos la sede, pero lo más importante fue ver que se afianzó el sentido de pertenencia, que los padres de familia cuidan más de ella y, sobre todo, que se rompió con el paradigma de que la escuela es del profesor, porque a medida que se iban haciendo los cambios yo les iba hablando de la importancia de tener una sede bien organizada y que los que nos visitan se llevaran una buena impresión del lugar. También que es muy importante que los estudiantes se eduquen en un lugar organizado, porque así cada día que pasa se les va enseñando tanto los conocimientos básicos de las áreas como el orden que debemos tener con el lugar en el que estamos y del que hacemos uso. Realmente la institución es la carta de presentación del lugar y centro de la vereda, por lo tanto, me esfuerzo no solo por enseñar, sino también por sembrar esa semilla del cuidado y el sentido de pertenencia hacia ese maravilloso lugar en el que estaré por un tiempo indeterminado. Juntos hacemos grandes cambios.



La huerta escolar como laboratorio pedagógico

Joel de Jesús Luján Sánchez

*Institución Educativa Rural San Diego
lujanprofe@gmail.com*

Como maestros estamos llamados a educar en contexto, es por eso por lo que surge la idea de trabajar con los estudiantes rurales de la Institución Educativa San Diego, sede La Merced, ubicada en el corregimiento El Playón, Liborina, una propuesta que contribuya al mejoramiento de las condiciones académicas actuales para la adquisición del conocimiento, por medio de prácticas significativas agropecuarias. En este marco, se crea la propuesta de la huerta escolar como laboratorio pedagógico para trabajar con los estudiantes diversas temáticas que convergen con toda claridad en la huerta escolar, que se hace familiar porque es un espacio que ellos conocen, en el que interactúan constantemente, que necesitan y es indispensable para la vida misma.

La experiencia, al trabajar con la población rural joven estudiantil, ha permitido desarrollar prácticas que conllevan a la construcción del conocimiento, abriéndose una amplia gama de oportunidades, de modo que el aprendizaje sea significativo en cada uno de los educandos. Es bien sabido por todos nosotros que el verdadero sentido de la ruralidad se ha ido perdiendo, ese sentido de pertenencia por el campo, por producir limpio, por amar su terruño, por valorarlo, por pensar que allí hay un desarrollo significativo, de tener expectativas con el agro, de pensar que el campo es una oportunidad para quedarnos y desarrollar nuestra vida y proyectar nuestro futuro. Una mirada que no la tienen los jóvenes de hoy, porque los gobiernos de turno no le apuestan, no les importa; no han creado políticas públicas integrales para la ruralidad, no se han diseñado estrategias permanentes que fortalezcan a los campesinos, que favorezcan su

estilo de vida y que se cierre un poco la brecha entre la ciudad y el campo.

Este proyecto transversal de la huerta escolar, vista desde un ángulo integrado que contemple lo académico, lo estético, lo culinario, el lenguaje, la ética, las mismas ciencias naturales y matemáticas, que en su diseño tenga Estándares Básicos de Competencias (EBC) y Derechos Básicos de Aprendizaje (DBA), es en realidad una gran oportunidad para innovar, de tal manera que no se convierta solo en la obtención de un producto hortícola como actividad aislada, sino, realmente, en la apropiación de este espacio físico como un escenario de grandes expectativas. En este sentido, se han tratado de desarrollar varias actividades que han sido muy importantes y han permitido avanzar en muchos aspectos; esta experiencia se ha trabajado con los maestros de los diferentes grados, desde sexto hasta undécimo, en el modelo educativo flexible posprimaria y media rural. Metodológicamente se han venido implementando varias fichas que facilitan actividades de las diferentes áreas, que han servido como eje transversal para el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Se desarrolla con los estudiantes en el terreno disponible de la institución educativa; a cada docente se le asigna un lote para que trabaje con sus dos grados, en los que el director es coordinador de las actividades propuestas en el Proyecto Pedagógico Productivo (PPP). Se siembran de dos a cuatro especies por lote en un proceso totalmente orgánico. En el ejercicio metodológico utilizamos unas fichas para mejor comprensión y asimilación en la práctica. A continuación les daré un esbozo de algunas de las veinte que hasta el momento se trabajan.

Para su identificación y familiarización con los cultivos está la ficha «Hortalizas nombre científico y familia». Con el fin de ser amigos de la naturaleza y realizar controles biológicos, elaborados a base de helecho, ají picante, vinagre, ortiga, sauco caléndula, tabaco, entre otras, se propone la ficha «Biopesticida para el control de insectos». En cuanto a la salud de la planta se realizan caldos a base de ceniza de leña, manzanilla, ruda, ajo, azufre y roca fosfórica, entre otras, con las que se previenen y controlan los hongos, se desarrolla la ficha «Fungicida para control de hongos». Con el objetivo de aprender algunas generalidades y consejos para el diseño de nuestra huerta escolar se propone la ficha «Consejos para la huerta escolar», tomado del libro Secretos para contar.

La ficha «Herramientas útiles en la huerta escolar» se elabora con el fin de conocerlas, para que al utilizarlas, las puedan llamar por su nombre, aprendan todos los usos, les den un manejo adecuado, las mantengan en orden y en buen estado. En la ficha «Bitácora huerta escolar» cada estudiante llevará el registro de todas las actividades realizadas en campo durante el año lectivo,

contiene seis columnas para consignar fecha, tareas realizadas, datos de observación, conceptos aprendidos, dibujo o foto y una columna especial para que el docente director de grupo registre la nota y la observación del avance en el proyecto.

En la «Ficha individual de cultivo/planta» se registran las particularidades de cada especie que se encuentre sembrada en el lote de cada grupo. La ficha «Rúbrica evaluación de actitudes» se hace con el fin de mejorar la convivencia escolar, evalúa las actitudes de los estudiantes en forma de: autoevaluación, coevaluación y heteroevaluación, como mínimo al finalizar cada periodo escolar. Para la ficha «Mapa a escala del terreno» se trabaja una relación: 1 m: 1,5 cm, en esta cuadrícula se elabora el mapa del terreno a escala, es decir, si en el terreno hay un lado que mide cinco metros, en la cuadrícula equivaldrían a 7,5 centímetros.

En la ficha «Inglés» se encuentra una sopa de letras para buscar las palabras en esta lengua y traducirlas al español. Para la ficha «Registro de producción agrícola, pecuaria o piscícola» se escriben los productos cosechados en la huerta escolar. En la ficha «Producción textual» se debe inspirar y con los factores bióticos y abióticos y los conceptos que tienen relación con el proyecto, elaborar una producción textual —cuentos, trovas, poemas, retahílas, versos, trabalenguas, fábulas—. Para la ficha «Seguridad alimentaria» se debe desarrollar la idea de seguridad alimentaria, basada en un texto y un video tomados de internet y sacar sus propias conclusiones. Y en la ficha «Evaluación matriz DOFA» cada estudiante utiliza este instrumento para evaluar el proceso general en la huerta escolar.

Son muchas las vivencias en el trasegar escolar las que hemos tenido, por ejemplo, una mañana de viernes, a las 7 a. m., suena el timbre para el inicio de nuestras clases, entran los estudiantes al salón muy dispuestos a trabajar, son los niños de los grados sexto y séptimo, que les corresponde estudiar juntos porque no hay más docentes para atender por grado sino por grupos, mientras los de octavo y noveno están en un salón y los de decimo y undécimo en otro, porque somos tres profesores para atender toda la población de secundaria. Ese día tocaba enfatizar en geometría; estábamos en el salón donde se reciben las instrucciones para el trabajo diario que se va a desarrollar en la huerta escolar; el tema que se iba a tratar era perímetros y áreas. Después de socializar la teoría y dar las instrucciones, nos desplazamos muy sigilosamente hacia el terreno de la huerta escolar, cruzando una de las dos calles que existen en el corregimiento, con cuidado de que no pasara en el momento un vehículo, porque debemos cuidar de ellos en todo tiempo. Pasaron los veintitrés estudiantes de sexto y séptimo, hicimos un círculo en la huerta y empecé a explicar el perímetro del lote. Es allí, donde interactuamos con

lo tangible, donde interactuamos con los recursos que tenemos en el medio.

Un perímetro que pueden tocar, ver, sentir, oler, caminar; todos tomados de las manos dibujando las líneas fronterizas del terreno donde vamos a sembrar caminamos lentamente. Medimos los pasos, calculamos cuánto mide con los pies. Noto a los jóvenes alegres, interesados, libres; se sorprenden al sentir que el estudio no es solamente en una silla con hoja y papel dentro de cuatro paredes, sino que también es práctica. Tomamos el metro y medimos para comprobar y comparar las medidas con un instrumento de medida internacional, trabajamos a escala para comprender que la tierra sí cabe en un papel, que es producto de esta.

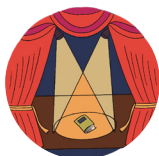
Después de encerrar en nuestro suelo, en nuestra mente y en nuestro papel el terreno de forma rectangular, pasamos a sentir el área como concepto cercano al tacto, para lo que se ubican los estudiantes por todo el terreno con sus brazos abiertos, tratando de distribuirlos por todo el lote posible. Les digo: «Miren a su alrededor; toquen el suelo con sus manos, sientan qué cubren con sus pies, su sombra y su presencia una superficie, que lo que nos une y nos sostiene a todos aquí juntos es un concepto que usamos a diario, el área, que dependiendo como se unen sus líneas, van formando sus figuras, hay una fórmula matemática para hacerlo». Nos sentamos en su contorno y empezamos a dibujar todo lo que el terreno tiene en su superficie y a calcular el área, en este caso muy simple, base por altura, después de comprender el sencillo concepto, pero que nos va a servir de referente cuando miremos las demás figuras geométricas, un poco más complejas, que también se elaborarán con cabuyas y estacas en este mismo suelo; y tal vez, cuando estén en el grado décimo, al estudiar las funciones trigonométricas y al hallar la tangente o la pendiente, en el mismo suelo, estén más familiarizados y sea más fácil digerir el contenido. De esta manera creo que el aprendizaje entra al alma y se queda allí para siempre.

Otro momento que me apasiona al trabajar el proyecto es la Feria Gastronómica. muy esperada por todos los estudiantes y la comunidad educativa; realmente es un día de logros, en el que nos preparamos para disfrutar del fruto de la cosecha. Es el momento en el que todas nuestras expectativas se fusionan deseando llevar al paladar ese producto que ha sido trabajado desde la historia, la siembra, el riego, la fertilización, su crecimiento, su contenido, su morfología, propiedades físicas y químicas, sus medidas, sus detalles, y todo lo que conforma ese producto y se pueda celebrar la fiesta de un trabajo mancomunado, silencioso, guiado, significativo. Verlo convertido en un plato que ha sido preparado por ellos mismos y los padres participantes; celebrando sentarse a la mesa, en las mangas o en los pasillos del

colegio y poder participar de su propio esfuerzo, llevando a su paladar no solo unos nutrientes convertidos en un simple y cotidiano plato, sino un cúmulo de conocimientos y vivencias que se festejan en la Feria Gastronómica de la huerta escolar; con la elaboración de varios productos dependiendo la cosecha. Hay momentos para cada cosa y este es el momento más placentero de todos.

Recuerdo el día que se elaboraron las deliciosas tortas de zanahoria, cuando el profesor de inglés les servía una buena porción a cada uno de los estudiantes; con cuánta alegría la disfrutaban, con qué gusto se la comían, después de haber trabajado sus nombres y sus composiciones escritas en inglés. Y al profesor de ciencias sociales, elaborando el calado de pepino con panela y canela después de estudiar la historia de la agricultura. Sin duda, es una forma de construir conocimiento de manera significativa, alimentando no solo el intelecto, sino también el estómago.

Así, la huerta escolar me sirve como aula de clase, permitiéndome contextualizar conceptos abstractos que en cuatro paredes se torna más difícil, permeando las facetas cognitiva, emocional y comportamental de la comunidad educativa. También aprovecho y hago un llamado para que los directivos en el área educativa enfaticen y contribuyan apoyando estrategias pedagógicas como esta de la huerta escolar como laboratorio pedagógico que, de seguro, a lo largo y ancho del territorio nacional, estamos llenos los docentes.



La época del telón

Argenis Higuita Jiménez

Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil
argenis439@gmail.com

Es todo un espectáculo poder visibilizar esta historia, momentos guardados y custodiados por las memorias de seres humildes y orgullosos de celebrar un triunfo en una etapa de la vida: la educación. Brindar por la oportunidad de ir haciendo grietas a ese telón que obstaculiza y no permite hacer parte de la película por causa de los extensos kilómetros que separan el pueblo de las veredas, la

falta de recursos económicos y la maldad de unos cuantos que hacen más grande la brecha entre lo posible y lo imposible, un pozo de sombra sin fondo; es decir que no permiten escalonar o romper ese muro de la oscuridad. Por tal razón se hace sencillamente necesario cortar la valla fronteriza; acabar con ese mismo telón negro que no permite la transición o el encuentro con la luz, con el brillo tenue de la mañana que se hace cada vez más inquietante y prometedora; todo eso ocurre en medio de miles de montañas que, juntas, ocasionan un torbellino de emociones a propios y visitantes.

Bajo esa nobleza se encuentra Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil, así se recibe el legado de un sacerdote de espíritu libre, con alma de soñador y servicio. Rodrigo tuvo la fortuna de prestar sus servicios espirituales en nuestro Peque, lugar bastante exótico, distante de la ciudad. Lugar que posee una magia indescriptible, la armonía entre la naturaleza y sus habitantes es singular. Rodrigo, dentro de sus virtudes, tenía un poder interno de convocatoria y credibilidad que le impulsaba a buscar soluciones a problemas o necesidades de las comunidades.

En uno de esos tantos momentos que compartía con la comunidad, los motivó a crear su propio lugar para el aprendizaje y así no depender del municipio vecino, Dabeiba, y dar mayores oportunidades a los jóvenes de terminar sus estudios de la básica secundaria y media. Un espacio digno que les permitiera acceder al conocimiento ajeno a ellos y poder disfrutar del privilegio de graduar bachilleres en el pueblo y para el pueblo. Fue así como desde esos momentos la educación empezó a ser vista como la herramienta que posibilita los elementos más cercanos a la transformación de pequeños y grandes contextos.

Una mañana, Rodrigo se sentó en su banco habitual a observar el verdor de las montañas que, entretejidas, confirmaban con decoro la belleza del lugar; de pronto, se quedó dormido. En aquel sueño, un tanto angustiante y a la vez tranquilo, lograba mirar gran cantidad de niños, niñas y jóvenes con sus rostros cansados, sus manos destrozadas por el trabajo en el campo — trabajo que, en compañía de nuestras familias, realizábamos con amor y empeño quienes teníamos la fortuna de contar con un pedazo de tierra, pues, sin duda, de estas tierras recogíamos y se recogen los mejores frutos de la canasta familiar, frutos frescos, sanos, que ofrecen vitaminas y proteínas necesarias en la alimentación de todos los pequenses—. Volviendo al sueño, Rodrigo encontraba en algunas miradas algo especial que se confundía con el deseo mismo de ser transformados por las letras. Fue así como, en medio de un mar de burbujas y olores exóticos, presencié el primer acto de graduación, festejo ensimismado en un solo sentimiento de alegría, lo que hacía que las lágrimas se

despegaran poco a poco de cada rostro de los que allí se encontraban como símbolo de un logro alcanzado, como la ventana que permitía acercarse a disfrutar de tal película.

Pasaba el tiempo y Rodrigo seguía profundamente dormido con una sonrisa en sus labios, de pronto, escuchaba la voz fuerte de un docente que leía la historia de un pueblo en el que, pese a sus dificultades económicas, de orden social, cultural y religioso, existían diversas formas para acceder a la educación. Mencionó reorganización educativa, modelos flexibles y convenios con otras instituciones, entre ellas el Sena, toda esta información lo confundía pero fue así como entendió que la ahora llamada Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil podía formar en valores, principios y contenidos a niños, niñas jóvenes y adultos, y pedía al cielo poder hacer parte de tal lucha.

Forzosamente, un joven bien vestido y con una voz varonil irrumpe en tal momento, se trataba de un grupo de jóvenes hijos de campesinos humildes que le hacen una venia y lo invitan a hacer parte de tal espectáculo. Rodrigo no salía de su asombro, de pronto se encontró en un lindo espacio decorado, sobrio y alegre, donde solo se respiraba la fragancia del deber cumplido, en ese momento se empieza a tejer una nueva historia, con personajes nuevos, valientes, entre tanto se presentan: el alcalde del pueblo, el médico, el veterinario, la enfermera, la profesora, el ingeniero, la contadora publica, el sacerdote, entre otros.

Tan grande y espelúznate fue ese momento que sus ojos se llenaron de lágrimas, no podía contenerlas, aquellas se derramaban por sus mejillas. Fue sensacional aquel viaje de sueños. Felipe, un tendero del pueblo, pasaba en ese instante, lo observó detenidamente y se acercó sorprendido por lo que pasaba, lo llamaba insistentemente, pero no hallaba respuesta. Decidió no interrumpir su dulce sueño y siguió su camino.

Esta historia fue tan fuerte y real que casi podría asegurar que había pasado. Al cabo de unas horas, de pronto, se acercó Ana, una pequeña a quien muchos relegaban por su condición social, económica y religiosa, y le pidió que se acercara; ella, un tanto nerviosa, se acercó, la tomó de su manita y le dijo: «Ana, pon mucha atención, el hecho de que seas una mujer no significa que no puedas lograr tus sueños, estudia con mucho ánimo y verás cómo sales adelante». Esa pequeña refleja mi yo, con mi piel maltratada por los rayos del sol, donde los caballos fueron mis mejores compañeros, pero siempre con una meta que cumplir, un sueño que lograr.

La pequeña salió corriendo, aquellas palabras hacían eco en su memoria, se detuvo un momento y se sentó, sacó su mochila de colores tomó un cuaderno y un lápiz y escribió: «La magia de las letras te ayudará a lograr lo que quieres» y coloreó un mundo lleno de oportunidades para todos.

Cuando quiso despertar de su profundo sueño logró ver a lo lejos una mesa servida de deliciosas comidas y decidió probar, cada plato tenía algo especial; sin duda, el más apetitoso era el de verduras al vapor, lo tomó y en poco tiempo lo degustó, cuando se dio cuenta, estaba rodeado de animales, árboles y arbustos que solían hablarle, tomó la flor más bella y esta le susurró al oído: «¡Despierta! ¡Vuelve a casa! Es hora de ayudar a los tuyos». Él, más aterrado que nunca, se decía: «Pero... ¿quién me necesita, si lo único que tengo es un libro que me acompaña?». De lejos llega una voz inexplicable que le dice: «¿Por qué tardas?, ¿qué esperas para alejarte?». No encuentra respuesta a esta situación y se pregunta si será quizá un errabundo, un generoso o entrañable amigo. En ese preciso momento, Ofelia, la señora que le ayuda en su despacho y le prepara sus alimentos, desesperada pide ayuda, lo toma de la mano, y se da cuenta de que el pulso es bastante débil, pero como algo realmente fuera de lo común se levanta, la observa y le dice: «Tranquila, mujer, todo está bien».

Cuando logra salir del todo de ese trance y se repone, trata de poner en orden sus ideas y dice en voz alta: «Todo fue un sueño. Cuánto gusto me daría que se convirtiese en realidad». Y llega a la conclusión de que un pueblo sin educación es como un barco sin timón, que pierde su rumbo en cualquier instante. Dicho esto, procura que sus labios anuncien en todo momentos la necesidad de que toda persona procure ser actor activo, de coadyuvar en los procesos formativos de aquel que ve en la educación la manera de abrir el telón, de hacer cada vez más agujeros por lo que todos puedan acceder a la formación como seres integrales, cerrar la brecha de lo imposible a lo posible de hacer valer los derechos, entre ellos, el derecho a la educación, a la luz en el horizonte.

Desde ese tiempo la población humilde y trabajadora de mi pueblo comprende que la educación transforma realidades, permite soñar y alcanzar los sueños. Ana ya era una adolescente con aspiraciones y como era mujer subvaloraban sus ideas, en uno de esos tantos momentos que compartía en el cole les dijo a sus amigos: «¿Acaso creen que soy un trozo de piedra? ¿Creen que no me duele lo que hacen? ¿Es necesario ofender y achicar las ideas de los demás para ser y sentirse más importantes? ¡Pues, no! Un escultor ha pulido mi corazón, ha moldeado tan bien mi alma que los presagios y prodigios serán vistos inminentemente, ha hecho que tenga valor para pronunciar ante la sociedad que somos libres, que vale la pena luchar por el derecho a la igualdad».

El escultor que refería esta joven era Rodrigo, ese quien logró llenar su corazón de valentía y amor por aprender, por desarrollar sus capacidades, buscar justicia y respeto por la diferencia.

Ahora bien, es necesario pensar que la escuela, sin duda, ha dejado y seguirá dejando huellas en cada terruño de las naciones. En la Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil un grupo de docentes, sorprendentemente, se confunde con aquel hombre, ¡son una réplica casi perfecta de sí mismo! Todos unidos buscan transformar cada encuentro con los estudiantes y motivan con sus estrategias didácticas las posibilidades de emprender en un mundo que cambia a pasos agigantados. Es así como Rodrigo se debe estar preguntando: «¿Qué pasa aquí? Es todo un sueño hecho realidad; es decir, la película ya no se ve, se es parte de ella».



Aprendiendo, desaprendiendo, andando y construyendo la I. E. Presbítero Rodrigo Lopera Gil se va haciendo

José Ubeimar Arango Arroyave

I.E. Presbítero Rodrigo Lopera Gil

Un día como tantos de aquellos, pero con la connotación histórica de comienzo de efeméride, después de las cabañuelitas de aquel 25 de enero de 1968, desde los pronósticos de la climatología campesina, aparece un grupo de personas, guiadas y orientadas por un hombre de sotana roja que alternaba a veces con otras de color negro con experiencia en gestión comunitaria, conformación de cooperativas y de juntas de acción comunal que por vocación y misión se le atribuyen en muchos de los casos los presbíteros. Venido de Segovia, en el nordeste antioqueño, de origen enterriño, de nombre Rodrigo Lopera Gil, junto con una camada de seguidores y entusiastas pequeses entre los que se destacan Nubia Londoño, Zulema Guerra y Evelio Gómez, se animaron a crear una institución educativa a nivel de básica se-

cundaria que llevaría años después el nombre de este mismo sacerdote, funcionando inicialmente como anexo al Idem del municipio vecino de Dabeiba, con los grados sexto y séptimo, en un local adaptado a manera de salón dentro de uno de los espacios correspondientes a la parroquia.

A cántaro de un entusiasmo que sobrepasaba los meros deseos en plenos albores de los dos primeros años de los setenta, emprenden con los grados octavo y noveno en otro lugar que se adaptó donde actualmente funciona una parte de la institucionalidad, representada en el Concejo Municipal, apareciendo en escena en 1974, como rector, Jesús Eliécer Rodríguez Echavarría, haciendo reluciente su nombre como Idem de Peque y que bien visibilizó oficialmente León Cárdenas Uribe, apoyado en su secretaria Hermenegilda Inés Rodríguez Gálvez y un año luego María Nubia Rodríguez.

Todos estos destellos también tuvieron eco en Víctor Manuel Corrales, un médico con vocación docente, y el sargento José Luis Rodríguez, que junto con el alcalde Samuel Martínez fortalecieron los cimientos haciendo posible, a finales de los setenta, tener una sede propia diagonal al parque principal hasta los albores de febrero de 2016; donde ya las nuevas generaciones hacían que se pensara en otra sede en el sector de La Miranda, donde anteriormente quedaba la Granja Municipal y el Hogar Juvenil Campesino. Sus brazos se han extendido como ramales en varias veredas con sus catorce de los centros educativos rurales anexos.

No se pueden olvidar aquellos primeros frutos de su navegar, ya que en 1982 pasa a ser una institución de carácter municipal con autonomía propia, graduando su primera promoción de bachilleres, cuyos nombres están esculpidos y estampados en piedra de mármol que reposa en la entrada principal de la sede. Doce años después, en los albores de 1994, las promociones de bachillerato clásico académico son alimentadas por una promoción en Ciencias Humanas.

También, como buenos vecinos, se le sumó en 2008, hasta el 2015, el Hogar Juvenil Campesino, con un rector de origen sampedreño y a la vez campesino, Tobías de los Milagros Arboleda Jaramillo, que sin milagro alguno, junto con Gildardo Torres Graciano y otros comensales de veredas vecinas, al cual se le unió luego un docente con propuestas desde la media técnica, trabaja e infunde conocimientos teórico-prácticos con énfasis en manejo y conservación de recursos naturales y del ambiente, agricultura orgánica, plantas medicinales, aromáticas, ornamentales, gallinas ponedoras y piscicultura.

Siguiendo la ruta orientada por todos los actores que convergen en lo pactado, acordado y evaluado, y ad portas de ser actua-

lizado como todo ciclo que se va viviendo y experimentando bajo la designación de Proyecto Educativo Institucional, las ruedas también han girado y andado a la par con la jornada nocturna, cuya flor empezó a espigar semilla en 1998, sin dejar de lado a su hermana, la jornada sabatina, que en 2013 nace y es bautizada con el nombre de La Escuela Busca a La Mujer Adulta.

Otro modelo educativo que viene haciendo parte del transcurrir de la gestión académica de esta institución es la posprimaria, que empieza a consolidarse a partir de 2015 en las sedes de Toldas, Renegado Valle, Jerigua, Nueva Llanada, Bellavista y Romeral Chamizo, con monodocentes y mediante la estrategia de formación docente a docente, generando capacitación entre ellos en temas que son fortaleza de unos y debilidad de otros. No obstante, es menester expresar las limitaciones cuando un solo docente debe asumir el reto de la enseñanza y el aprendizaje de todas las áreas de un plan de estudios, situándose desde su propio saber disciplinar

No se puede dejar de un lado a la Escuela Nueva, su hermana menor, que para el contexto que nos atañe es un modelo viable y aplicable dado el acceso, la dispersión territorial y las características geográficas y socioculturales de la población rural de «la verdadera capital de la montaña», apelativo de Peque. Esta propuesta viene dándose en las sedes de Toldas, Renegado Valle, Jerigua, Nueva Llanada, Bellavista y Romeral Chamizo, San Juan de Renegado, Faldas del Café, Santágueda, Llano del Pueblo, Guaya-bal, San Mateo y San Julián, apoyada por la estrategia de microcentros como de la Red de Maestros y Maestras. Implementada por parte de docentes y comunidad educativa rural.

También, sin perder el norte y el horizonte institucional, se viene realizando el Programa Brújula y Aceleración del Aprendizaje, desde el 2009, con varios docentes que se pusieron la camiseta para ponerlo a marchar de la mano de la jornada única. La institución viene adecuando su quehacer; un quehacer que también se ha apoyado en programas hermanos como Psico-orientación y Aula de Apoyo. Como todos no nos manejamos ni aprendemos al mismo ritmo, se la juegan por una educación incluyente, sirviendo también de puente con otras instituciones como Personería, Comisaría y Policía de Infancia y Adolescencia. Incluyendo la búsqueda de materiales didácticos que hagan más comprensible aquello de que la regla confirma la excepción.

Sin dejar lo efímero como posibilidad de interacción, la institución ha albergado y acogido algunos programas que vienen desde afuera a tratar de aportar a nivel de ferias, emprendimientos y conocimientos que han puesto a imaginar y crear con el Parque Explora, los clubes digitales, el Sena y programas como Vamos para la U, y en la básica primaria con Todos a Aprender, e intentos que no pudieron llegar a su fin como el Bachillerato

Digital, donde la conexión solo alcanzó a realizar unos primeros acercamientos con los estudiantes rurales en la sede principal. Por lo demás, se hace importante resaltar, no solo como remembranza, los aprendizajes que han quedado de los estudiantes que han conocido cosas más allá de estas montañas con las giras de experiencias por el Occidente antioqueño y que han culminado con prácticas y visitas al Valle de Aburrá.

Todos estos aprendizajes y desaprendizajes no son ajenos al transcurrir institucional en sus diferentes gestiones desde la Administrativa y Académica, sino también desde una nueva situación causada por un virus que nos tiene pensando, haciendo, reflexionando y readaptándonos a otras formas y ambientes de aprendizaje.



Las memorias del presbítero

José Fernando Nieves Padilla

Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil
fandymusic@outlook.com

Esta es la historia de un colegio ubicado en un lugar y paraje de esos que leemos y vemos en los libros de fantasía y aventura, este colegio, el protagonista de nuestra historia, es una institución en la que muchas personas han ido construyendo sus sueños, un lugar que ha tenido que pasar por muchos procesos y sigue en desarrollo, un lugar escondido entre las montañas, así como aquellos paraísos que tanto han buscado los cazadores de tesoros; ese lugar en donde inician los sueños de una comunidad es la Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil; un colegio ubicado en Peque, zona montañosa del Occidente antioqueño, escondido y resguardado por grandes elevaciones de tierra, de un verdor envidiable por muchas regiones del país, fauna y flora variadas, bendecidas por la tierra, y una comunidad cálida y acogedora.

«El Presbítero», como todos lo llaman cariñosamente, es aparentemente un colegio pequeño, pero sus extremidades abarcan a toda la ruralidad del municipio, extendiéndose por veredas y corregimientos, cubriendo la necesidad educativa de todos y todas, niños, niñas, jóvenes y adultos; gran parte de las personas que conforman su cuerpo, son personas del campo, gente con sueños y metas. Por tal razón, el Presbítero es una entidad con la que todos cuentan para dar inicio al proceso de convertir sus sueños realidad y así combatir a la oscuridad y la maldad que abunda en todos lados, muchas veces en forma de violencia, otras como abandono y, a veces, corrupción; la maldad en sus presentaciones anteriores, es la enemiga directa de nuestro personaje principal, el Presbítero.

La batalla entre esas dos entidades inicia desde el nacimiento de nuestro protagonista, alrededor del año 1968. Nace primeramente como hermano menor y ayudante de otra institución llamada; Idem, del municipio vecino, Dabeiba, el Presbítero, como todo recién nacido, tuvo sus límites respecto a la cobertura de estudiantes, ya que solo abarcaba a los de primaria y grados sexto y séptimo, pero desde sus inicios tuvo muy clara su misión y visión en la vida, y a dónde quería llegar como institución. El Presbítero quería brindar educación a las personas de todas las edades, garantizar ese derecho a poder ser parte del inicio de la realización de los sueños de grandes y chicos, ayudar a los habitantes de Peque a lograr sus metas, a convivir con el ambiente agradable del lugar y ayudar al desarrollo social del pueblo.

La tarea del Presbítero no era nada sencilla, era un viaje que apenas iniciaba, y esto lo sabía el protagonista de nuestra historia. Alentado por las razones anteriores, el presbítero inicio su actividad con la ayuda de muchas personas, dentro de esas personas encontramos a un sacerdote llamado Rodrigo Lopera Gil, quien hizo posible la consolidación del Presbítero como ente educativo, y a quien la institución posteriormente le haría homenaje adoptando su nombre como razón social. Inicialmente, el Presbítero contaba con la ayuda de algunas personas memorables para llevar a cabo su trabajo con la comunidad pequense; podemos mencionar entre ellos a personas como Zulema Guerra, Evelio Gómez, Nubia Londoño, quienes compartían el mismo ideal que la institución y se sumaron a la tarea de garantizar el derecho a la educación para todos. Mas tarde, iniciando la década de los setenta, el Presbítero, todavía niño y en proceso de crecimiento, abre sus puertas para los grados octavo y noveno; esto era buen indicio de que el sueño de la institución estaba avanzando. A pesar de que el asunto de la infraestructura necesaria era al principio compleja, se seguía cumpliendo con la meta, y esto no fue obstáculo para el crecimiento del Presbítero que, poco a poco, estaba convirtiéndose en un joven destacado, emprendedor y exitoso en la comunidad de Peque; un joven que

daba de qué hablar entre los pueblos aledaños y con un futuro prometedor.

Pasaron los años y el Presbítero seguía rindiendo frutos, y llevando a cabo la misión con la que nació. En años posteriores el colegio fue nombrado institución autónoma mediante decreto, una excelente noticia, había dejado de ser un niño y se convertía en adulto. Ya para la época de 1974 era conocido como Idem Peque, con estudios aprobados hasta cuarto de bachillerato —hoy grado noveno—. Era una nueva etapa para el Presbítero, ya era un joven colegio independiente, con procesos propios, y sabía que debía realizar un trabajo excelente para seguir progresando hasta lograr sus objetivos. Pero el presbítero sabía que no lo lograría solo, que necesitaría de la ayuda de la comunidad.

Posteriormente, luego de funcionar en varios lugares no aptos para el ejercicio de la educación, finalizando la década de los setenta y con la ayuda de la comunidad, el Presbítero tuvo su primera sede propia. Esto fue una gran noticia para todos. El significado de esto sería poder llegar a más personas y en mejores condiciones. Aun así, había mucho trabajo que hacer todavía; el Presbítero conocía la realidad del momento y sabía que había muchas personas en veredas y corregimientos que aún no tenían oportunidades dignas de educación, que él no podía brindar debido a varios factores como las distancias, la falta de recursos humanos, entre otros; en la ruralidad se encontraban personas que tenían sueños y metas, personas que tenían el deseo de formarse y tener mejor calidad de vida, y el presbítero quería brindar ayuda y cobertura a todos, tenía claro que debía hallar la forma de llegar a esos lugares donde más lo necesitaban, y con el transcurso del tiempo se fue logrando. Poco a poco y paso a paso, se fueron añadiendo sedes de varias veredas, sedes que eran hasta inclusive contemporáneas con el nacimiento de nuestro protagonista el Presbítero. Estas sedes, antes llamadas escuelas, eran centros educativos independientes que fueron fundados en pequeñas veredas, y que hacían su mejor esfuerzo para brindar educación. Sedes como los centros educativos rurales Romeral, Llano del Pueblo, San Mateo, San Julián, Faldas del Café, Santa Águeda, San Miguel, Guayabal, Jerigua, San Juan de Renegado, La Llanada, Renegado Valle, Bellavista, La Candelaria. Todas estas sedes, posteriormente, fueron vinculándose a la causa del Presbítero, educando a gran parte de la población rural e iniciando sus labores con la ayuda de la comunidad.

Uno de los logros más memorables que tiene el Presbítero atesorados en su corazón, es la primera promoción de bachilleres que pudo producir en su natal Peque; fue en 1982, fruto del trabajo de la comunidad y de la mano del Presbítero, luego de muchas gestiones y esfuerzos mancomunados de todos los entes territoriales, luego de haber conseguido obtener el aval del Es-

tado para poder brindar educación básica primaria, secundaria y media. De ahí en adelante, el presbítero fue expandiéndose tanto educativa como físicamente, esparciendo la semilla del desarrollo social, produciendo año tras año promociones competitivas con las del resto de instituciones del país y con las herramientas necesarias para enfrentarse a la universidad.

Otro de los grandes logros que ha tenido el Presbítero en su proceso de desarrollo ha sido la adopción de los bachilleratos técnicos, en los que el estudiante se forma en un área técnica específica mientras culmina su media académica. Una de estas promociones insignes fue la de 1994, media técnica en Ciencias Humanas, primera y única promoción graduada en esta área. De allí en adelante, el Presbítero, en su incansable labor de trabajar por la comunidad, iría gestionando muchas más herramientas para el desarrollo social del municipio.

El Presbítero siempre ha tenido claro en que en el campo está gran parte del desarrollo de las comunidades, ya que mucha gente depende de la producción agrícola, como cultivos de café y frijol, y la comercialización de productos del campo. De hecho, en nuestro país el agro es un músculo financiero y de desarrollo social importante, y eso lo sabe muy bien el protagonista de nuestra historia, por tal razón, una de las metas que se propuso la institución fue vincular esos conocimientos del contexto en el que se encuentra, con la formación académica habitual. Es así como se va gestionando, de la mano de instituciones externas, la articulación de la media técnica Agrícola y del Medio Ambiente, fundamental para la comunidad y los estudiantes que hacen parte de nuestro amigo Presbítero, ya que ha abierto un abanico de posibilidades y, con estas, muchas oportunidades para la gente amiga del Presbítero, y para todos los que acuden a él solicitando su ayuda. El Presbítero tiene muchísimos amigos, todos los que llegan a conocerlo quedan encantados con su entrega y caballerosidad. Ha marcado la vida de todos en su comunidad y es el orgullo de ella.

El Presbítero, hoy en día, es una institución de brazos abiertos, está siempre dispuesto a educar, ayudar, dar la mano. Sea de día o de noche, atiende a personas de todas las edades, y en sus filas encontramos gente dispuesta a trabajar por su causa, a dar el extra en el trabajo que se realiza, a ir más allá de las cuatro paredes de un salón. Ese es el ejemplo que ha dejado el Presbítero en la comunidad de Peque. Ahora el protagonista de esta historia, nunca contada, es un hombre maduro, forjado en mil batallas en pro de la educación, que se ha dedicado en cuerpo y alma a trabajar por el desarrollo social y educativo de su pueblo natal, que se ha dedicado a aportar su trabajo para que la calidad de vida de su pueblo mejore. Él siempre ha sabido que la educación es la clave para lograrlo.

Este tipo de hombres, como el Presbítero, viven muchos años. Su razón de ser son las personas, la gente que viene a formarse en sus aulas; por esto trata siempre de animar a las generaciones que inician su vida académica a seguirse formando y que compartan la importancia de formarse con sus futuros hijos. Seguramente nuestro amigo el Presbítero seguirá viendo crecer a muchos como lo ha hecho en estas cinco primeras décadas. El Presbítero sonríe cuando mira hacia atrás y observa a médicos, ingenieros, docentes y todo tipo de profesionales que se han formado en sus entrañas llenas de tableros, libros, tizas, marcadores y pesadas sillas con pupitre. El Presbítero hoy en día es todo un caballero, su reputación como autoridad en educación le precede, y sus proezas son recordadas por grandes y chicos, pero él sabe que la lucha por un mejor mañana para su comunidad aún no culmina, por esa razón, a diario, con los primeros rayos del sol, se levanta a velar por el desarrollo integral del peques, aun en la tempestad más abrumadora, o bajo el inclemente sol; en tiempos de festejo o en momentos de desolación y tristeza.

Nuestro protagonista, es un caballero feliz, porque aparte de transformar niños en bachilleres y futuros profesionales, transforma vidas, hace cambios en la sociedad; está logrando su cometido inicial, su sueño. El Presbítero está allí para todos y por todos. El Presbítero eres tú, que lees esta historia y eres educador; el Presbítero eres tú, que lees estas líneas y eres estudiante; el Presbítero somos todos los que trabajamos de una u otra forma por brindar un mejor futuro para los nuestros.



Somos viajeros del tiempo

Laura Saldarriaga Hurtado

Institución Educativa Presbítero Rodrigo Lopera Gil
laurasaldarriagah22@gmail.com

Revisar, pensar, deducir, andar lo ya andado, retroceder en cámara lenta y mirar por el retrovisor el camino que dejamos atrás, ese es el reto, eso es lo que se pretende con la escritura biográfica; es pa-

sar con la cesta e ir descargando en el camino cada uno de esos frutos que, al estar maduros, se recogieron para luego sentir su fresco aroma y degustar su dulce sabor; sin embargo, a medida que desandamos y nos devolvemos en el tiempo nos damos cuenta de que dentro de la canasta aún había frutos a medio madurar y otros se quedaron apenas en pequeñas semillas que no terminaron de germinar, pero es placentero encontrar cada uno de esos frutos y volver a verlos, tocarlos y olerlos, pasar nuestras manos por su superficie y juzgar con nuestros lentes del presente eso que dejamos en la canasta y que al día de hoy nos reclama desde el pasado un análisis concienzudo y sentido del trasegar por la vida institucional.

Mientras volvemos nuestras miradas hacia lo que quedó atrás vamos tentando con un brazo el presente y vislumbramos a la vez el futuro, los tres tiempos se imbrican sospechosamente y nuestra mente va de una temporalidad a otra, sin apenas percartarnos. Los sueños del pasado son, en su mayoría, realidades en el presente, y los sueños del presente se convierten en burbujas de aire que se sostienen en la superficie esperando el futuro para estallar y convertirse en realidades. Recordar es trasladarse en el tiempo. ¿Quién dijo que no podíamos viajar a través del tiempo? ¿El acto simple de recordar, de llevar nuestro pensamiento al encuentro con el pasado, no es acaso viajar a través del tiempo?

Tejer los acontecimientos, revivir a aquellos que hoy no están, sentir las presencias, las ausencias, los olores y recrear los lugares es un acto que puede generar dolor, pero que puede sanar y reconfigurar nuestra realidad en el presente, en el aquí y ahora, por ello nuestro viaje lo realizaremos a bordo de una máquina del tiempo, una construida con elementos del presente y del pasado y con un espejo que nos permitirá bosquejar el futuro cercano, ese que alcanzamos a palpar con los dedos de la mano que se extiende segura en el presente y que guía nuestro tránsito por el mundo de la educación. Además de nuestra máquina del tiempo, llevamos a nuestro viaje un lápiz, papel y colores, elementos que nos servirán para plasmar aquello que vamos percibiendo, aquello que nos genera satisfacción, alegría o nostalgia, llevamos un binocular que nos ayudará a mirar el horizonte y los resultados obtenidos a través del tiempo, un mapa y una brújula que serán nuestra guía para no perdernos en el camino y, por supuesto, una canasta que iremos llenando de recuerdos, sentimientos y personas que nos llevan a entender el porqué de nuestro viaje y el valor de nuestra labor en el presente.

Somos viajeros del tiempo, nuestro equipo recorre las montañas del municipio de Peque; nos sentimos como los expedicionarios de la comisión corográfica en el siglo xix, nuestros ojos se sobresaltan al ver ese hermoso paisaje digno de la accidentada

geografía antioqueña, montañas de todos los verdes se atraviesan en nuestro panorama, cascadas de fría agua atraviesan las caras de estas, pequeños animalitos se asoman curiosos para indagar quiénes pisan su territorio. Nosotros, mientras tanto, nos maravillamos con aquellas tierras lejanas donde los sembrados de café, frijol y árboles frutales surcan las tierras que desde la lejanía parecen colchas de retazos bien unidas y ordenadas, descendemos seguros por la carretera pedregosa que nos lleva al casco urbano del municipio para el año 1968.

Al llegar al parque principal vemos un pequeño caserío a su alrededor, las caras morenas y los cabellos lacios y oscuros de los propios del lugar van apareciendo curiosos ante la llegada de los expedicionarios, pero su curiosidad mengua cuando ven que en el equipo también hay muchos de sus paisanos, nos saludan amablemente y nos dan la bienvenida a su pequeño pero acogedor municipio, decidimos sentarnos un momento y descansar de la larga caminata; y mientras nuestras piernas nos agradecen por tan noble gesto, un hombre con un aspecto amable y una sonrisa sincera se acerca a nuestro encuentro, es el presbítero Rodrigo Lopera Gil, sacerdote del municipio, nos saluda amablemente y nos invita a empezar el recorrido por las calles polvorientas.

Luego de recorrer algunas de las calles del municipio, el presbítero no invita a un lugar muy importante, un pequeño salón dotado de elementos necesarios para la educación; allí nos cuenta con gran entusiasmo que en este lugar se imparten las primeras clases para la población pequense, nos presenta los dos docentes que comienzan con este sueño y nos invita a seguir nuestro recorrido por el tiempo. Antes de continuar nuestra expedición le entregamos uno de los frutos que recogimos por el camino y le expresamos nuestro agradecimiento por tan noble y loable labor.

Continuamos nuestro camino a bordo de la máquina del tiempo, la cual nos traslada a 1974. La curiosidad nos embarga por lo que pueda pasar y, sobre todo, por lo desconocido, pero también sentimos una gran alegría al ver que aquel pequeño salón que para 1968 funcionaba como escuela, ahora es un lugar más amplio que acoge más estudiantes y ha sido reconocido como Idem de Peque. Ya los habitantes del municipio tienen su propia institución y los jóvenes estudian hasta cuarto de bachillerato. Al ver esto, nos miramos y nuestra expresión es de completa alegría, pues hemos avanzado a pasos agigantados.

Mientras estamos allí, expectantes, escribiendo y haciendo pequeños bosquejos de lo que vemos, un hombre se acerca y nos saluda con gran entusiasmo, nosotros devolvemos una sonrisa y un saludo cargado de alegría, es el rector de la institución de Peque, León Cárdenas Uribe. Nos invita a mirar las nuevas ins-

talaciones de la institución y nos dice que la segunda etapa está en construcción; al escuchar esto, nos conmovemos infinitamente, pues vemos un gran sueño hacerse realidad, un colegio más amplio para los estudiantes es un logro que desborda nuestros sentimientos. Después de apreciar lo que está pasando, nos sentimos mucho más seguros para continuar con nuestro viaje, pero para hacerlo buscamos en nuestra canasta uno de los frutos y se lo entregamos a León, le agradecemos por su buen trabajo y ahora sí nos disponemos a continuar, ponemos en marcha nuestra máquina y esperamos a que esta nos lleve al momento de la historia que debemos conocer.

Vamos en nuestro viaje a través del tiempo, pensamos en todo lo que ha pasado y en las personas que han ocupado cada uno de esos espacios, docentes, estudiantes, rectores y, por supuesto, los hombres y las mujeres que cuidan la institución; nos miramos y nuestros rostros reflejan una satisfacción profunda por lo que han hecho aquellos que nos precedieron, no pronunciamos palabras, solo escribimos en nuestras hojas y coloreamos la historia.

Después de unos instantes, vemos que llegamos a una nueva estación, es el año 1982, asistimos a una fecha muy importante, los ánimos del pueblo son de alegría y de festejo, tratamos de indagar qué acontece y nos damos cuenta de que son los primeros grados de la institución de Peque. Vemos aparecer a los jóvenes ataviados con sus togas y birretes, acompañados de sus padres y madres, hombres y mujeres campesinos que se sienten orgullosos del triunfo de sus hijos e hijas. Tal acontecimiento nos llena de nostalgia y satisfacción, es la primera promoción que se gradúa del bachillerato en la institución; los rostros de los jóvenes irradian felicidad por el objetivo alcanzado, nosotros nos cogemos de las manos y una lágrima resbala por la mejilla de algunos, ver esto nos hace infinitamente felices y sabemos que nuestros retos continúan con firmeza y esperanza.

Mientras estamos bajo la influencia de nuestros sentimientos, uno de los estudiantes se acerca y nos dice con voz entrecortada pero llena de júbilo: «Nuestro objetivo se ha cumplido y nuestras metas van más allá del horizonte que vemos a simple vista, una nueva generación se acerca a nuestro municipio». Lo único que hacemos es darle un fuerte abrazo y entregarle otro de nuestros frutos, ese que estábamos guardando por su color y dulzura, ese que sería el fundamento más fuerte para continuar nuestro camino. Después de apreciar tal acontecimiento y de sentir la satisfacción por el deber cumplido, percibimos que nuestro viaje va culminado, pero nuestros ánimos y fuerza siguen intactos, el camino continúa y nuestros binoculares nos presentan el futuro. Nos embarcamos nuevamente en nuestra máquina del tiempo, nuestras hojas de viaje aparecen garra-

teadas y coloridas, ya la historia empieza a tomar forma y nos sentimos ansiosos por lo que traerá la próxima parada.

Luego de un breve pero acogedor sueño, nos vemos envueltos en una nueva temporalidad, las calles han cambiado, el pueblo es mucho más próspero, pero las personas siguen conservando su amabilidad y sencillez, la máquina del tiempo nos avisa que estamos en el 2014; han pasado varias décadas desde nuestra última parada, pero confiamos en que Cronos, nuestra compañera de viaje, nos lleva siempre al tiempo correcto. Caminamos sorprendidos de lo bien que se ve el municipio y mientras estamos absortos viendo las nuevas calles y fachadas, alguien muy gentil se acerca y nos brinda su mano, es el señor Tobías Arboleda, rector de la institución, quien viene a hablarnos de lo feliz que se siente por la nueva noticia: «La institución se agrandará», nos dice con una sonrisa y continúa: «Desde hoy nuestra institución acogerá algunas de las escuelas rurales del municipio, seremos una familia más grande y nuestro reto será mucho más significativo». Después de escuchar esto sentimos palpar nuestro corazón y las sonrisas no demoran en salir a flote.

Caminamos un rato acompañados de Tobías, un hombre amable y querido por las personas del municipio, nos cuenta sobre la educación para adultos, la creación de las posprimarias, los modelos de educación flexible como brújula y los proyectos de articulación con algunas entidades del departamento, antes de despedirse nos regala una sonrisa fraterna y sincera y nosotros le entregamos otro de nuestros frutos, guardado celosamente en la canasta, sin embargo, Tobías nos mira y nos dice con satisfacción: «Estos años han servido para afianzar un gran proceso institucional, en nuestra granja escolar, que funciona de la mano con el Hogar Juvenil Campesino, los estudiantes, junto a los docentes, trabajan la tierra y no dejan morir el legado campesino, además se capacitan y se convierten en bachilleres técnicos». Escuchar esto fue gratificante, ya que pudimos notar los grandes avances que se habían dado en la institución.

La conversación con Tobías había sido realmente agradable y nosotros nos sentíamos dispuestos a seguir nuestro destino, ahora sí teníamos la certeza de que pronto acabaría este viaje, sentíamos nostalgia por lo que había quedado atrás, pero a la vez nos sentíamos felices de poder volver al presente y contar todo lo que vimos, vivimos y sentimos. Cronos nos esperaba para continuar, nos dispusimos al viaje confiando en nuestra fiel amiga que nos trajo al 2020, un año que conocíamos a la perfección por sus retos y demandas, pero ahora que habíamos visto y vivido el pasado, estábamos seguros de que nuestros pasos eran firmes y seguros y que nuestro futuro era realmente prometedor.

Al llegar de nuestro viaje nos sentamos en una verde montaña y compartimos lo que habíamos escrito y dibujado; fue real-

mente gratificante, pero más lo fue aún ver que nuestra labor en el presente era valiente, disciplinada y responsable, y que a pesar de todos los pronósticos, este tiempo de lejanía nos había servido para renovarnos. Mientras estábamos allí sentados, Cronos nuestra amiga de viaje nos dijo hasta pronto y se dispuso a marcharse hacia un tiempo indeterminado, pero nosotros sabíamos que nuestro tiempo estaba allá, en el horizonte donde se dibujaba ya la silueta de una luna redonda y brillante y un anochecer lleno de estrellas y sueños por cumplir.



Ciudad Competencias, un Sueño de Amor y el Modelo Administrativo-Pedagógico de Participación y Empoderamiento Comunitario (MAP2EC)

Martín Felipe Uribe Isaza

Institución Educativa Rural Benigno Mena González
martinfelipeui@gmail.com

*«Para cambiar a la persona hay que amarla.
Nuestra influencia llega solo a donde llega nuestro amor».*

Pestalozzi

La comunidad educativa benigniana se encuentra ubicada sobre la vertiente occidental de la cordillera Central, que corresponde al municipio de San Jerónimo, desde límites con Medellín y Ebéjico, hasta Bello y San Pedro de los Milagros; con una totalidad de nueve sedes; una zona eminentemente rural del municipio; algunas zonas tienen un alto desarrollo agropecuario, pero hay otras que han sido víctimas del desplazamiento y de la vocación rural para terminar en zonas de descanso y recreo con las sabidas condiciones sociales que esto implica para sus pobladores.

Existen marcadas tendencias en la prestación del servicio educativo que atiede la educación inicial y los niveles de educación preescolar, básica y media, según las zonas y los contextos donde esta se ofrezca. Generalmente, en el sector rural y público, hay brechas de exclusión, inequidad y marginalidad de una población educativa que no tiene acceso a una educación de calidad, en las mejores condiciones posibles y con los recursos más actualizados utilizados en la prestación de dicho servicio; pareciese que la razón de ser del Estado se limita a tener abiertos escenarios mal presentados y solo pagar el trabajo de quien hace las veces de maestra o maestro en sus comunidades; la participación de los ciudadanos es incipiente y debilita el sistema democrático de nuestro estado de derecho, donde los escenarios de participación parecieran quimeras de las instituciones y la calidad fuera una utopía privilegio de pocos.

Ciudad Competencias, un Sueño de Amor es una propuesta administrativa-pedagógica, constituida en el Proyecto Educativo Institucional, que pretende contrarrestar esas condiciones adversas y está fundamentada en la fuerza de la comunidad educativa y su capacidad de autotransformación. La sumatoria de todas las estrategias planteadas para direccionar el actuar de la institución da origen al Modelo Administrativo-Pedagógico de Participación y Empoderamiento Comunitario (MAP2EC), haciendo posible el desarrollo institucional que interviene las brechas de exclusión, inequidad y marginalidad de una población educativa rural, que merece las mismas oportunidades de educación que tiene cualquier otra comunidad privilegiada; y que promueva el desarrollo local y las paces —la paz— desde la presencia del Estado, representado en la escuela, aportando culturalmente a la formación de ciudadanos que piensan en el desarrollo de sus comunidades en el marco de la Constitución y las leyes; pero con el desarrollo pleno de sus competencias, la creatividad y el poder de la gente, expresado en los escenarios de participación y desarrollo creados para tal fin.

Ciudad Competencias, un Sueño de Amor se convierte en una metaestrategia del modelo de gestión escolar, que garantiza el aprendizaje en la escuela desde la experiencia de los encuentros formativos y las relaciones de todos los actores escolares; pretende recrear un pueblito o una ciudad cotidiana con sus principales escenarios locales, tanto urbanos como rurales, en cada una de las sedes, que en la vivencia de experiencias culturales permite a los alumnos el desarrollo de competencias para la vida. Es una ciudad donde aparecen recreados escenarios de cultura, relaciones de beneficio solidario, manejo de una unidad monetaria propia llamada «belisol», con sus implicaciones cotidianas, manejo de la autoridad y la norma, procesos de control, prestación de servicios, entre otras, que fortalecerán el liderazgo de los alumnos frente a procesos ciudadanos reales, articulados

a la propuesta curricular que retoma los referentes de calidad, los resultados de las evaluaciones institucionales y los contextos de cada una de nuestras comunidades.

Tiene como principal objetivo ofrecer un excelente servicio educativo a la comunidad, que promueva inclusión, equidad y descentralización para el desarrollo de cooepetencias —saber hacer en contexto, de manera responsable y colectiva— y construcción de ciudadanía en paces; y como objetivos conexos: promueve un liderazgo para la vida desde un alto desarrollo humano y trabajo en equipo, lidera el mejoramiento de la calidad del servicio educativo, garantiza la ampliación de la cobertura a los servicios ofrecidos, promueve continuamente un mejoramiento de la eficiencia de los servicios educativos, propicia un óptimo desarrollo de competencias de convivencia, académicas, sociales, culturales y productivas, pero, sobre todo, hace posible el aprendizaje en la escuela.

Es una construcción de la comunidad educativa, quien desde sus diferentes roles y responsabilidades hace posible el desarrollo de la misma, liderado por pares académicos desde el rol de directivo docente y maestros, que cuentan con la vinculación de pares sociales o actores externos o profesionales acompañantes y aliados de instituciones amigas que llegan a vincularse estratégicamente, a hacer posible el aprendizaje, no solo de los alumnos benignianos que son ciudadanos educativos; sino, también, de sus acompañantes familiares como madres, padres y adultos responsables, y toda la comunidad local.

El MAP2EC permite integrar los componentes del PEI en dos procesos complementarios: administrativo y pedagógico; que a su vez integran lo filosófico y financiero como un todo, gracias al ejercicio de participación y empoderamiento de la comunidad educativa frente al ciclo de planeación. Con el proceso administrativo se articula el componente directivo y administrativo del PEI, y con el proceso pedagógico se articulan los componentes pedagógicos y de proyección; todos mediados por la investigación permanente, haciendo posible el aprendizaje en la escuela.

Este ejercicio de gestión escolar se da desde el PEI, sustentado en tres estrategias: (i) Planeación estratégica para el desarrollo del PEI y del Proyecto de Mejoramiento Institucional (PMI) a través de la implementación del currículo desde las áreas del plan de estudio, los Proyectos Pedagógicos Integrados Obligatorios (PPIO) y las Líneas Estratégicas de Mejoramiento (LEM); (ii) Participación real y efectiva de cada uno de los miembros de la comunidad educativa, y la operatividad congruente de los escenarios del Gobierno Escolar, en la toma de decisiones de los procesos planificados de la institución, contemplados en herramientas concretas, la inversión de recursos del Sistema General

de Participación y propios de la institución; y (iii) Sana convivencia institucional vivida desde los miembros de la comunidad educativa, constructores de una nueva cultura de participación, convivencia, paz y no violencia institucional, familiar y social y mejoramiento académico.

Ciudad Competencias, un Sueño de Amor permite consolidar el MAP2EC, que ha priorizado el aprendizaje en la escuela, desde diferentes metodologías: Escuela Graduada, Escuela Nueva, posprimaria y media rural; y desde diferentes estrategias curriculares y la atención financiera de las mismas; no dependiendo de la asignación de los recursos por número de alumnos según el asignado en el Conpes, sino por atención a las necesidades que se requieren cubrir para garantizar el servicio educativo y de calidad a los beneficiarios del mismo, desde una planeación participativa, pero igualmente la consolidación de un PEI pertinente, que responde a las necesidades institucionales; la construcción del Sistema Institucional de Evaluación Escolar (SIEE) y el fortalecimiento curricular desde la construcción de planes de estudio, planes de área, PPIO y la ejecución de las LEM, al igual que los planes de aula desde las secuencias didácticas y la vivencia de acciones transformadoras diseñadas con calidad y pertinencia; que se convierten en estrategias de cambio favorables al aprendizaje de saberes por parte de los actores institucionales y terminan consolidándose como experiencias significativas en un modelo que está fortalecido por la espiritualidad, los valores, el liderazgo y los saberes —objetos de aprendizaje— y que tiene como fin último la formación de ciudadanos que aman y conviven, sirven y son líderes, y son felices como desarrollo de su ser.

Este modelo permite el ejercicio de planeación participativa —operacional y financiera— desde las Asambleas Benignianas Educativas (ABE), el Foro Institucional de Calidad Educativa (FICE), los órganos de participación de alumnos y padres y el Gobierno Escolar —Consejo Académico, Consejo Directivo y rector—. La planeación estratégica institucional permite hacer del aprendizaje el centro de desarrollo institucional y de la persona la opción de servicio institucional —sea cual sea su rol— y del seguimiento a los diferentes procesos un foco de mejoramiento. Todo esto contemplado en la travesía de mejoramiento benigniano, una ruta por el mejoramiento y la calidad que se ha construido y que contempla metafóricamente.

Ciudad Competencias, un Sueño de Amor, como MAP2EC, se fundamenta en un diagnóstico permanente institucional que permite conocer la realidad del momento; para eso se diseñó la estrategia del Foro institucional de Calidad Educativa, que permite soñar la institución que se desea y que cada año este escenario de participación ha sido fundamental para el desarrollo

institucional. Estos son los FICE hasta la actualidad: Convivencia y pertinencia educativa (2010), ¡Gobernar con valores si es posible! (2011), Encuentros pedagógicos vivos en Ciudad Competencias (2012), Ciudad digital: TIC y pedagogía (2013), Ciudad solidaria: economía solidaria, trueque y otras más (2014), Acciones de mejora institucional (2015), Ciudad Competencias, sueña la educación que queremos al 2025 (2016), Ciudad emprendedora: alternativas sostenibles de desarrollo (2017), Ciudad ambiente: sembrando futuro (2018), ¿De qué independencia estamos hablando? (2019) y Travesía de la aventura, una nueva clase en casa (2020), en el marco de la contingencia de la covid-19.

Desde ese modelo se desarrolla el Proyecto de Mejoramiento Institucional, bajo el nombre Benignianos Líderes para la Vida, que recoge el PEI en torno a las 10 Líneas Estratégicas de Mejoramiento: 1. LEM Gerencia Benigniana, lidera todo el enfoque gerencial y administrativo de la institución; 2. LEM Ciudad Digna, mejora y sostiene las buenas condiciones en los ambientes de aprendizaje para garantizar la prestación de un excelente servicio educativo; 3. LEM Currículo en Liderazgo, promueve y fomenta las intencionalidades del currículo en el proceso de formación de los ciudadanos educativos; 4. LEM Bienestar Benigniano, garantiza condiciones de bienestar a la comunidad educativa; 5. LEM Sembrando Futuro, aborda lo relacionado al medio ambiente y la inserción de la cultura agropecuaria con énfasis en desarrollo rural y protección del ambiente; 6. LEM Buen Vivir, articula los procesos institucionales de proyección interna y externa con el objetivo principal de brindar acompañamiento integral a los alumnos y sus familias frente a la formación como personas y núcleos fundamentales de la sociedad; 7. LEM Ciudadanos para la Vida, fomenta la cultura cívica, de la ciudadanía y la participación democrática; 8. LEM Talentos Creativos, promueve la exaltación de estos en alumnos, maestros y familias; 9. LEM Voces para la Vida, mejora las competencias comunicativas frente a la lectura, la escritura, la escucha y la oralidad, y 10. LEM Servir con Amor, vivencia cotidiana de nuestros valores como gotas de amor que se expanden en un mar de solidaridad y humanismo.

Para el desarrollo y la comunicación de las acciones relacionadas con el MAP2EC se ha contado con los mecanismos de participación diseñados en la propuesta, tales como los encuentros pedagógicos, el FICE, las ABE, las escuela de padres, las asambleas generales, así como un diálogo directo con los diferentes actores escolares; dentro de las herramientas utilizadas están los sitios web del colegio y las redes sociales Facebook (IERBMG Ciudad Competencias) y Twitter (@IERBMG), la Carta Benigniana, las comunicaciones a padres de familia y los boletines informativos de periodo, igualmente se ha utilizado la emisora

escolar y el programa radial Voces benignianas, voces para la vida.

La principal motivación para desarrollar el modelo ha sido facilitar espacios de inclusión, equidad y descentralización que les permitan a los ciudadanos educativos —alumnos— del sector rural constituirse en seres felices, que lideran y aman desde la experiencia de vivir en comunidad educativa; y ha permitido la resignificación del PEI en sus componentes, Planeación estratégica institucional de manera participativa, formación y acompañamiento a maestros, transformación de los encuentros pedagógicos, promoción del desarrollo de competencias ciudadanas, adecuación de ambientes de aprendizaje dignos en todas las sedes adscritas y dotación recursos necesarios en ambiente de aprendizaje y administrativos.



¡A dónde llegué! me enseñó a escuchar

Dora Elizabeth Semanate

*Institución Educativa Rural El Pescado, Sede Moraditas Central
dorasem22@gmail.com*

Me trasladaron del centro educativo a otro el 7 de septiembre del 2015, recuerdo que ese día llegué con miedo e incertidumbre porque su historia no visionaba nada positivo. Al docente que reemplazaba no le había ido muy bien con la comunidad. La situación se tornó más preocupante cuando al ir a conocer la escuela unos estudiantes del SAT me hicieron comentarios de todos los pormenores. Recuerdo que ese día me cogí la cabeza y me dije: «¡A dónde llegué!, pero noté que estaba muy bien dotada de infraestructura —tres aulas de clase, una sala de internet amplia y equipos tecnológicos como computadores y video beam—. Y ni qué decir la calidad humana de la comunidad, todo esto amortiguó mi ánimo.

Aunque estuve a punto pedir traslado, mi conciencia me decía que no podía salir corriendo, debía afrontar la situación. Al día siguiente me presenté a clase; de 36 estudiantes solo asistían 12 por los problemas presentados. Ellos también me contaron lo sucedido, evadí los comentarios, fui a trabajar, me mostré neutral, ni a favor ni en contra del colega. En horas de la tarde reuní a los padres de familia para presentarme, tanto ellos como yo estábamos emocionalmente armados, con escudo, espada y casco, les llegó el comentario de que yo era muy jodida y mentiras no eran. Tenía claro no demostrar miedo, porque de lo contrario flaqueaba. Así que me presenté y les mencioné mi forma de trabajar, les dejé claro que era muy regañona, les mencioné que cuando no estuvieran de acuerdo con algo me lo hicieran saber de forma educada. Entonces retomé el tema de conflicto presentado con el anterior educador, les expliqué que no se veía bien hablar de este tema estando los niños presentes. En fin, les hablé de las normas y otros temas. Ese día algunos salieron con la cara larga. Hoy que lo escribo me da risa.

Por una cirugía que me realizaron el 10 de septiembre del 2015 me ausenté de la escuela por diez días. Aunque ya no había temor, tenía confianza y retome las clases. Me concentré en formar a los niños; en esa semana empezaron a llegar los estudiantes, de 12, ya contaba con 32 y hasta 39. Recibí a los niños de los padres que estaban en conflicto con el profesor.

En el siguiente año, la jefe de núcleo me dijo que si quería me trasladaban, le dije que no, porque el año anterior los niños habían perdido muchas clases y si me trasladaban no tendrían una estabilidad en la escuela. El 2017 fue muy fructífero, los padres se comprometieron en realizar actividades para la escuela. Hubo compromiso para construir conjuntamente las metas propuestas.

En 2018 empezó el inconformismo de algunos acudientes porque regañaba mucho a los niños y, sobre todo, de los padres de familia de los estudiantes indisciplinados. Todo eso conllevó a hacer comentarios para que me trasladaran, pero la mayoría de los padres de familia no estaban de acuerdo, modestia aparte, gracias al trabajo y el compromiso con la escuela, así que no había motivos.

Me concienticé sobre mi temperamento, no porque fuera motivo del traslado, en varias ocasiones los niños lo manifestaron, además comprendí que no podía formar a mis niños como me formaron a mí, los tiempos cambian, por tal razón gestioné ayuda profesional, asistí a varias terapias para conocer el porqué del comportamiento y estas fueron muy beneficiosas, mejoro 80 % mi gestión de las emociones.

Sin embargo, las relaciones con la comunidad eran apáticas, me molestaba que los padres no asistieran a los convites que or-

ganizaba la escuela, en reiteradas ocasiones cumplían por obligación y aburridos. Nada más gratificante que lo hicieran alegres y demostraran sentido de pertenencia. La verdad, me volví cansona, los amenazaba con suspender a los niños.

Ese año, una estudiante empezó a decirme: «Profe, ¿por qué no pide traslado?». Hasta que le dije que en noviembre lo pediría porque yo también me quería ir. Cuando una estudiante, me preguntó para dónde, mencioné la antigua escuela donde laboraba. Esto sucedió porque a los estudiantes y padres de familia les molestaba mucho que constantemente les hablara de lo buena y agradable que era mi otra escuela. Retomando lo del traslado, en reunión de padres de familia les mencioné: «Si ustedes quieren que me trasladen, por mí no hay problema, hagan una carta, recojan firmas, pero, eso sí, digan la verdad». Guardaron silencio.

Transcurrieron los meses, al finalizar el año lectivo se acrecentaron las diferencias. Había planeado como despedida de fin de año realizar una salida a algunos lugares como museos y el Parque Explora en Medellín; por falta de gestión, porque estaba desanimada con la comunidad, no se concretó y eso fue motivo para comentarios. Se terminó el año escolar, inicia 2019, los padres poco querían participar con lo programado en la escuela, yo me salía de la ropa y empecé otra vez amenazar hasta que un padre de familia me dijo: «Profe, no se complique la vida, deje al que quiera trabajar que lo haga y al que no, no. Mire, usted se pone a obligar a la gente y eso es peor». Pensé en lo que él menciona y llegué a la conclusión de que tenía razón. Por lo que decidí que no volvería a nombrar mi anterior escuela y no obligar ni amenazar a nadie.

En una reunión les dije a los padres que me disculparan porque me estaba extralimitando, que quien quisiera colaborar con la escuela sería bienvenido. Un señor pidió la palabra y les mencionó a los presentes el compromiso que ellos deben tener, lo que se hiciera era para beneficio de sus niños, no del mío. No volví a regañar, dejé las amenazas; los convites los realizaban los sábados, desde luego, yo asistía. Mi perspectiva cambió de actitud negativa a positiva, creció un gran afecto hacia la comunidad, los padres mostraron mucha disposición, se soqueo el pequeño cafetal, sembraron café y maíz; cuando estuvo la cosecha, mi labor fue negociar, y esto fue muy significativo, ya que en mi ciudad natal las ventas y el comercio no son el fuerte. En conclusión, ese año hubo excelente participación de los padres en las reuniones, los convites y los actos culturales.

Cuando se presentó el nuevo rector, yo les mencioné a los padres de familia que no se quedaran callados, que expresaran su inconformidad; que era importante hacerlo con el fin de mejorar. El rector les pregunto si tenía algo que decirle. Hubo silen-

cio, un padre dijo que de su parte, nada; una madre contestó lo mismo. Proseguí con mi trabajo. Sin embargo, hubo unas dos o tres familias que no estaban contentas y no sabían cómo hacer para que me trasladaran; yo lo visioné, luego lo comprobé cuando un amigo me dijo que tuviera cuidado que estaban buscando mi traslado. Le comenté que ya lo sabía, pero que mi conciencia estaba tranquila.

Escuché que comprometieron a uno de los candidatos, que votaban por él si trasladaban a la profesora. No le presté atención. Culminado el año escolar una madre me dijo: «Profe, no vaya a pedir traslado». Otra madre muy querida mencionó: «Profe, la gente no está molestando, ¿para qué se va a ir?». Me quedé pensando que tenían razón. Y más cuando un grupo de padres de familia empezó a gestionar la creación de la Junta de Acción Comunal, aspecto que me emocionó porque era algo que yo estaba esperando, les dije a los participantes que en ningún momento pretendía inmiscuirme, pero en lo que les pudiera colaborar con mucho gusto, ya estaba organizando sencillos talleres con los niños y los padres de familia para ir ilustrándolos acerca de la importancia de esta organización comunitaria.

Terminamos el año lectivo 2019 muy bien, se gestionó un paseo para un parque acuático; padres y estudiantes disfrutaron mucho. Inicia el año escolar 2020 con la sorpresa de que a la primera reunión solo faltaron dos padres de familia. Se organizó un convite para pintar la escuela y limpiarla, todos los padres colaboraron.

Las relaciones padres de familia-docente mejoraron después de marzo, ya que estoy en constante comunicación. Parece mentira que hoy los entiendo y escucho más, y ellos también. Siento que la pandemia, en vez de alejarnos, nos ha unido y estrechado más los lazos afectivos.

No sé hasta cuando este en la escuela, pero sí sé que este lugar, con un aula escolar pequeña, sin computadores, me ha permitido crecer y entender que a las comunidades hay que comprenderlas, escucharlas. El campesino, como solemos llamar algunas veces despectivamente, tiene mucho que enseñar, aunque no haya recibido formación en una universidad su experiencia de vida es su pedagogía.



Enfrentándome a un Gigante

Flor Edilma Caro Caro

*Institución Educativa San Luis Gonzaga
floreocaroc@gmail.com*

Fue un 28 de enero del año 2008 cuando llegué como rectora a la Institución Educativa San Luis Gonzaga, en Santa Fe de Antioquia; desde hacía dos años me desempeñaba en el mismo cargo en la Institución Educativa San José de Betulia. Con mucho miedo e incertidumbre arribé a la Ciudad Madre, la más antigua del departamento, fundada por el mariscal Jorge Robledo. Era una tarea titánica regentar la institución que por más de un siglo ha sido el motor educativo de esta antigua ciudad y que en sus aulas ha educado tantos personajes importantes en todos los ámbitos de nuestro país: poetas como Jorge Robledo Ortiz y Julio Vives Guerra; personajes como Juan Esteban Zamarra, presidente de la Corte Suprema de Justicia; el médico José María Martínez Pardo; el obispo Francisco Cristóbal Toro y muchos más que han aportado al desarrollo y el progreso de Colombia.

Antes Colegio Seminario Santo Tomás de Aquino, fundado en 1830, luego en 1836 pasó a ser Colegio San Fernando, incluyendo laicos en sus aulas de clase; después Colegio Sagrado Corazón de Jesús, más tarde Colegio San Rafael y, a partir de 1904, nombrado Liceo San Luis Gonzaga por Decreto Departamental. Tantos nombres según la situación política, económica y religiosa del momento, pero con el mismo espíritu educativo: formar ciudadanos con virtudes y hombres para la ciencia.

Y allí me encontraba yo, en un colegio de 2.200 estudiantes, desde el grado preescolar hasta el grado once, lo que me generaba mucho temor; el solo hecho de pensar en tantos estudiantes y un grupo de 75 docentes me asustaba, tal vez pensaba que no iba a dar la talla, que no haría bien la tarea. Sin embargo, me armé de valor y puse manos a la obra; después de analizar bien el contexto, inicié un Plan de Mejoramiento Institucional con la ayuda de un gran equipo de coordinadoras y personal adminis-

trativo y docente; este plan impactó las cuatro áreas de la Gestión Escolar.

No fue fácil, me enfrentaba a un grupo de docentes con mucha experiencia dentro de la institución, además, sindicalistas en su mayoría. Recuerdo mucho a los profesores Carlos, Edgar, José Félix, que tenían fama de ser muy bravos. Pero la verdad es que encontré docentes muy receptivos a los cambios y con ganas de hacer muchas cosas por el mejoramiento de la institución. Rectores experimentados ya habían pasado por este establecimiento y yo, con solo 32 años y poca experiencia directiva, debía demostrar que era capaz de llevar la dirección de esta institución a la altura de mis antecesores. Era probable que alguien apostara a que, por mi juventud, solicitara traslado en menos de un mes, pero no fue así.

Dicen por ahí que las personas de baja estatura somos grandes de espíritu. Al igual que Napoleón, tomé mis 1.55 m de estatura y demostré todo lo que puedo ser y hacer. Inicié convocando a los representantes del Gobierno Escolar para organizar la misión, la visión y los objetivos institucionales. Había que empezar por empoderar a estudiantes y padres de familia del horizonte institucional. Se realizó un diagnóstico de cada una de las sedes educativas —Mariano Lopera, Jorge Robledo y San Luis Gonzaga— para conocer las dificultades y las oportunidades de mejoramiento; con esta información procedimos a ejecutar el Plan de Mejoramiento Institucional.

Comenzamos por fortalecer los resultados en las Pruebas Saber 11, que a la fecha presentaba bajos resultados. Esto incluía revisar el Plan de Estudios, por lo que consultamos con colegios de Medellín y Carepa, que en ese momento mostraban excelentes resultados en dichas pruebas. Les preguntamos qué hacían con los estudiantes para obtener tan buenos resultados y después de varios diálogos hicimos contacto con un experto en planes de estudios de Bucaramanga. En esta ciudad se encontraban los colegios con los mejores puntajes del país. Desde allí vino un especialista en currículo que orientó al personal directivo y docente a través de diferentes jornadas pedagógicas sobre el ajuste del Plan de Estudios y los criterios de evaluación. Él manifestó que la clave estaba en darle el mismo valor a los componentes cognitivo, comportamental, actitudinal y comunicativo, porque si el mayor valor se le daba al componente cognitivo estábamos formando estudiantes con grandes cabezas, pero no estudiantes humanos, sensibles, que ayudaran al prójimo en su barrio, en su municipio. Y así lo hicimos, organizamos el Plan de estudios y los criterios de evaluación en coherencia con los pilares propuestos por Jacques Delors (1996), donde se debe desarrollar en los estudiantes las competencias del saber ser, saber hacer, conocer y saber convivir con los demás.

Así mismo capacitamos a los docentes en la elaboración de pruebas tipo ICFES. Transcurrieron dos años para que la institución educativa mejorara los resultados no solo en pruebas internas sino en las pruebas Saber, ubicándonos en el nivel alto en las pruebas de Estado; situación que dejó muy satisfechos a docentes, estudiantes y padres de familia. La institución empezó a destacarse por su buen rendimiento académico en la subregión del Occidente.

Como dije al inicio, la institución era antigua y muy campestre, con amplias zonas verdes, pero su presupuesto no era suficiente para realizar todas las mejoras locativas que se necesitaban en cada sede, por lo que se inició, dentro del PMI, la priorización de las necesidades más sentidas por la comunidad. Recuerdo que en la sede principal había caminos de piedra que comunicaban un bloque con otro, caminos en total deterioro y con huecos que hacían muy difícil el tránsito. Para esa época, en el colegio había docentes y estudiantes con movilidad reducida. Lo primero que hicimos fue pedir ayuda en el municipio para arreglar los caminos de piedra, poco a poco se cambiaron los que impedían el fácil acceso por rampas en cemento, y con dineros del Fondo de Servicios Educativos construimos rampas en las escalas, así la institución fue más accesible para todas las personas.

Hacía más de diez años que no se pintaban las instalaciones locativas y estaban en total deterioro, por lo que se solicitó al señor alcalde de la época que financiara la pintura. Todos ayudamos a pintarlo: personal de servicios generales, estudiantes de los últimos grados, docentes y padres de familia; se cambió el color blanco hueso por curuba y las puertas de color mostaza cambiaron por vino tinto. Quedó hermoso, el desafío era mantenerlo así, por lo que iniciamos una campaña para conservarlo limpio: «Raya que se encontraba, raya que se limpiaba». Continuamos con la campaña para reverdecer la institución, pues contaba con amplias zonas verdes. Muchas familias ayudaron con plantas, los estudiantes que incumplían con el Manual de Convivencia también debían ayudar trayendo plantas y sembrándolas.

El proyecto se amplió, se implementó el compostaje, con la misma materia orgánica que producen las zonas verdes, y se organizó el reciclaje, que se vende y con las ganancias se compran insumos para el mantenimiento de los espacios verdes. El proyecto se extendió a todas las sedes de la institución, al punto en que hoy cada sede está decorada con variadas plantas de jardín, las locaciones están muy bien pintadas, con ambientes agradables para el aprendizaje y la cultura escolar que se ha mantenido en el tiempo, un trabajo mancomunado con la participación de toda la comunidad educativa, que logró el Premio Distinción Vida, de Corantioquia.

Nada ha sido fácil, los recursos son muy escasos, pero los sueños y los proyectos para realizar en la institución son muchos, por eso quiero contarles cómo se logró desarrollar varios proyectos de infraestructura de alto costo. El colegio contaba dentro de sus archivos con un proyecto para la construcción de un coliseo donde los estudiantes pudieran hacer deporte sin tener que soportar las inclemencias del sol de Santa Fe de Antioquia, a 38 °C y 40 °C de temperatura. Durante doce años los rectores anteriores lo habían presentado ante las distintas administraciones sin obtener resultados positivos; radicamos la propuesta ante el municipio y la Secretaría de Educación Departamental. Ante la primera oportunidad que tuvo la administración municipal, presentó el proyecto al Grupo EPM, para que fuera financiado con recursos de la Hidroeléctrica Hidroituango, lo que permitió la construcción del coliseo después de tantos esfuerzos. Era un sueño cumplido, no lo podíamos creer, solo hasta que estuvo terminado; lloramos de alegría, tanto docentes como estudiantes.

Algo similar pasó con la sede Mariano Lopera, su edificación estaba totalmente agrietada y con fallas geológicas, cada día que pasaba era más grande el peligro para los estudiantes, se presentó el proyecto ante la Secretaría de Educación Departamental y cada vez que venía el gobernador a nuestro municipio, la coordinadora Liliana Quiñones y yo lo buscábamos en donde fuera que estuviera: en la Alcaldía, la iglesia, el hotel, el parque... para recordarle la necesidad de construir la escuela. Cuando nos veía, se ponía la mano en la frente y nos decía que todo dependía de los recursos. Y así fue. Un día llegaron funcionarios de Planeación Educativa de la Gobernación de Antioquia a visitar la escuela y desde entonces el proyecto empezó su marcha, construyeron una hermosa escuela de la que hoy nos sentimos muy orgullosos.

Cada dificultad que se ha presentado nos ha dado la sabiduría para enfrentar la siguiente. Con el tiempo aprendimos a radicar proyectos y a insistir para mejorar la infraestructura de cada sede, luego vino la construcción de aulas de clase en la sede Jorge Robledo, la construcción del restaurante escolar con el cumplimiento de las normas de seguridad, en fin, se han logrado ejecutar muchos proyectos con la ayuda de los diferentes secretarios de educación municipal, alcaldes y gobernadores.

Pero no todo ha sido color de rosa, mientras que académicamente estábamos bien y mejorando cada día los escenarios de aprendizaje, había otra problemática que atender. Nuestros jóvenes estaban siendo arrastrados por las drogas, se presentaban numerosos embarazos en las estudiantes y muchas dificultades de orden social. Recordemos que Santa Fe Antioquia es un pueblo turístico y por su cercanía con la capital cada fin de

semana llega gran cantidad de turistas a los hoteles y fincas de recreo, situación que se presta para todo tipo de fiestas, rumbas en las que no faltan el licor, las drogas, el sexo sin protección; llamando la atención de adolescentes y jóvenes. Esta situación nos hizo emprender una campaña para la prevención de riesgos psicosociales, con la ayuda de las autoridades de Infancia y Adolescencia del municipio.

El Proyecto de Educación Sexual hizo un gran esfuerzo para llevar los embarazos a cero, dentro de las estrategias más positivas era la que se realizaba antes de salir a vacaciones de fin de año, con un trabajo de sensibilización a cada grado, debido a que en las Fiestas de los Diablitos y las Fiestas del Río, que duran aproximadamente veinte días en el municipio, es cuando las adolescentes corrían más riesgo de un embarazo. La estrategia surtió efecto, gracias al acompañamiento de la Secretaría de Salud y la E. S. E. Hospital San Juan de Dios, junto con los psicólogos y los docentes del colegio, han venido haciendo una excelente prevención, no solo del embarazo, sino también del consumo de drogas.

El componente socioemocional es al que mayor trabajo y tiempo hay que dedicarle; son numerosos los proyectos que se han implementado para el desarrollo de talentos y habilidades de los estudiantes. Las fiestas patronales, por ejemplo, han sido cada año un excelente incentivo para nuestros jóvenes; desfiles de carrozas y comparsas, minitecas, deportes, arte, cultura y un compartir entre los diferentes grupos hacen que cada día acojan con gran alegría las festividades.

En fin, son tantas las experiencias como directiva docente en esta gran institución que quiero con toda mi alma. Dicen que cuando los rectores llevamos muchos años en un mismo lugar ya nos relajamos y perdemos el sentido de la innovación; creo que ese no es mi caso, cada día sueño con ver crecer mi institución educativa y quiero verla convertida en una ciudadela que ofrezca todos los ciclos escolares desde la educación preescolar hasta la educación superior. Ya estamos realizando los convenios para ofrecer programas técnicos y tecnológicos, con el lema que nos caracteriza: Virtud y Ciencia. Por último, quiero dar gracias a esta legendaria institución, tan querida por todos sus habitantes, por ellos y por el futuro de niños, niñas y jóvenes espero seguir cumpliendo sueños y transformando vidas.

Gracias San Luis Gonzaga.
Gracias Santa Fe de Antioquia.



El proyecto de vida de María Isabel

Guillermo León Tascón Lastra

*Institución Educativa Rural El Pescado
guillermotascon77@gmail.com*

En la subregión del Occidente antioqueño, escondido entre las montañas que albergan el gran cañón de río Cauca, se encuentra Sabanalarga, fundado el día 16 de mayo de 1615 y erigido municipio en 1740. Fue allí, en el 2005, donde inicié mi primera experiencia como docente laborando en la Institución Educativa Rural El Junco.

Fue una experiencia pasada por muchas anécdotas, una de ellas y la cual recuerdo como si hubiese sido ayer, fue cuando me enfrenté por primera vez ante unos estudiantes para dictar mis primeras clases, a esto se sumaba, que recién me graduaba como licenciado en Educación Física, Recreación y Deportes y ¡vaya sorpresa me llevé! El primer día la rectora me recibe y me dice:

—¿Con qué usted es el profesor nuevo?

—Sí, señora —le contesté

—Pues, mijito, acá, además de dictar las clases de educación física, le toca dictar otras áreas como religión, ética y valores y sociales —me dijo muy risueña.

Fue algo muy estresante para mí, con una mi formación deportiva, tener que llegar a una institución a dictar otras áreas en las que no tenía ningún conocimiento. Sentí que el mundo se caía a mis pies, pero aun así asumí el reto y empecé a trabajar en una de las profesiones más hermosas: ser maestro.

Lleno de temores, asumí aquel reto que la vida puso en mi camino y comencé a laborar; a medida que pasaban los días pude adaptarme a mis estudiantes y ellos a mí, además de mis

compañeros de trabajo. Fue tan buena esta primera experiencia que mis temores fueron reduciéndose a tal punto que aquellos comentarios que uno escuchaba de la gente como, por ejemplo: «¿Usted va para Sabanalarga?, no lleve machete que allá le dan», o «Mijo, duerma con los calzoncillos al revés porque allá hay mucha bruja». Todo esto fue desapareciendo a medida que interactuaba con todas aquellas personas que hacían parte de la comunidad educativa.

Para ese año, finalizando, me piden la plaza en provisionalidad y vuelvo a mi municipio de origen a trabajar en el área del deporte; fueron tres años los que trabajé en esta linda labor llevando salud y deporte a niños, niñas, jóvenes y adultos de muchas de las veredas que conforman el majestuoso municipio de Sopetrán.

Más tarde, para el 2018, regreso a Sabanalarga, uno de los tres municipios en el que es más común el trago que la comida, como me decían algunos habitantes de este terruño. Durante ese tiempo laboré como tutor con el Sistema de Aprendizaje Tutorial (SAT), que para esa época era atendido por la entidad Coodesarrollo.

En ese entonces me tocaba muy duro porque se debían atender dos grupos a los que se les debía enseñar, además de las áreas fundamentales, todo lo relacionado con la parte agropecuaria, algo nuevo para mí. Aun así, asumí el reto y pude trabajar de la mejor manera. ¡Pero qué experiencia fue esta! Atender a dos grupos, uno en la vereda El Placer —pero el placer de aguantar frío, ya que se encontraba a 2.750 metros sobre el nivel del mar y, una de las veredas más altas de Antioquia—, y otro en una vereda a la que, para poder ir a dictar mis clases, debía madrugar a las dos de la mañana los lunes.

Para llegar hasta allí salía un carro tipo escalera que llevaba pasajeros, cerdos, gallinas y otros animales que los habitantes del campo necesitan para el sustento o para tener una forma de ingresos.

Para el año 2010, y después de haber superado el concurso de ingreso a la carrera docente, me ubico en la vereda El Madero. Allí me interactué con otro tipo de población: niños y niñas de muy escasos recursos, una comunidad muy humilde pero llena de muchos valores, de quienes aprendí mucho para la vida.

Después de estar alrededor de veintiocho meses, fui trasladado a la vereda La Pedrona, cuyo nombre hace alusión a la gran cantidad de piedras enormes que se encuentran a su paso; está ubicada en los límites entre Sabanalarga y Liborina, e históricamente golpeada por el conflicto armado. Tales eran las huellas de esta tragedia que el primer día que subía hacia mi nuevo lugar de trabajo me encontré con varios calvarios, es decir, cruces a lo

largo de la vía, alusivas a personas que habían perdido su vida a manos de los grupos armados al margen de la ley.

Trabajando en mi nueva sede conocí muchas personas en comparación con la anterior; se evidenciaban muchos problemas familiares, de violencia u otra índole. Fue entonces en este lugar donde un día, en la clase de Lenguaje, desarrollando un trabajo de textos narrativos, me encontré con algo que marcó mi vida en mi labor como docente.

Ese día, en clase, escribí en el tablero esta pregunta: «¿Qué quieres ser cuando seas grande?». Los estudiantes debían responder argumentando con sus propias palabras. Todos empezaron su trabajo de forma ordenada y silenciosa, uno a uno fueron terminando de argumentar sus respuestas, terminada la actividad, de manera voluntaria, cada uno de los niños y las niñas fueron leyendo lo que habían escrito en sus cuadernos. ¡Vaya sorpresa! Había niños que querían ser ingenieros para ayudar a construir vías y, así, poder hacer una para su vereda; otros querían ser médicos para ayudar a aliviar los dolores y las enfermedades de muchas personas; también hubo quienes, al igual que yo, querían ser maestros, entre otras ocupaciones.

Muy tímidamente, María Isabel, una niña a quien la vida le dio un hogar disfuncional, entregó su hoja porque no quería leer lo que allí había escrito; cuando quise leer, me dijo: «Profe, solo usted puede leer y quiero que me diga si lo que pienso hacer es la mejor opción o peor decisión que puedo tomar en mi vida». Muy sigilosamente abrí aquel pedazo de papel en el que María Isabel plasmó sus sueños. ¡Pero qué me encontré! Una hoja en la que había dibujado armas, cuchillos y mensajes como «muere, maldito», entre otros.

Cuando miré la respuesta a la pregunta: «¿Qué quieres ser cuando seas grande?», me quedé en un silencio profundo por un tiempo. María Isabel había contestado: «Profe, yo quiero ser una guerrillera para matar al HP que le quitó la vida a mi papá». Cuando leí esa respuesta pude notar en la mirada de aquella niña una sed de venganza, de impotencia, del dolor que la violencia puede generar en una familia.

Todos en el salón hicieron un silencio sepulcral, como queriendo saber que decía el papel, pero la niña exclamó: «Profe, yo quiero que me diga a mí sola qué es lo que debo de hacer».

Terminada la socialización de los trabajos, a excepción de María Isabel, los niños recogieron sus hojas para llevarlas a casa y mostrar con orgullo el trabajo realizado, caso contrario con la estudiante que es motivo de mi narración. Al finalizar la jornada, la niña se acercó verificando que ya no había más nadie en la escuela, y llorando me dijo: «Profe, ¿por qué tenían que matar a mi papá?». Sentí que no podía tragar y de repente le dije: «La vida nos pone obstáculos y debemos ser fuertes para poderlos

enfrentar. Ser una mala persona, cuando seas grande, no solucionará ni te devolverá a tu padre, más bien, piensa que la justicia algún día se encargará de cobrarle a esta persona el dolor que les causo a ti y a tu familia; por el contrario, debes pensar y sentir cosas bonitas, ¡en tener sueños, así como tus demás compañeros!... Yo creo en ti».

Para el año 2012, en septiembre, María Isabel, su madre y sus tres hermanos salieron de aquella vereda para un rumbo desconocido, llevando en sus espaldas los malos recuerdos que la violencia absurda les causó y desde entonces no volví a saber de la niña humilde a quien la violencia le cortó sus alas; quizás ya haya culminado sus estudios, no sé, de lo que sí estoy seguro es de que hice lo posible por querer cambiar el rumbo que ella quería seguir para su vida y de hacerle saber que todos podemos tener una mejor calidad de vida sin necesidad de la violencia

Desde este escrito, hoy te rememoró y te digo: María Isabel, espero que hayas cumplido todas tus metas, todos tus sueños, menos pertenecer a un grupo armado.

Acrónimos y siglas

ABE	Asambleas Benignianas Educativas
CIC	Centro de Iniciación Ciudadana
CLEI	Ciclos lectivos integrales de educación de adultos
DBA	Derechos Básicos de Aprendizaje
EBC	Estándares Básicos de Competencias
FICE	Foro Institucional de Calidad Educativa
I. E.	Institución educativa
GABA	Grupo Ambiental Buenos Aires
Jume	Junta Municipal de Educación
LEM	Líneas Estratégicas de Mejoramiento
MAP2EC	Modelo Administrativo-Pedagógico de Participación y Empoderamiento Comunitario
MEN	Ministerio de Educación Nacional
Payca	Semillero de Investigación en Procesos Agroindustriales y Ciencias Aplicadas
PEI	Proyecto Educativo Institucional
PMI	Proyecto de Mejoramiento Institucional
PPIO	Proyectos Pedagógicos Integrados Obligatorios
PPP	Proyecto Pedagógico Productivo
SAT	Sistema de Aprendizaje Tutorial
SIEE	Sistema Institucional de Evaluación Escolar
TIC	Tecnologías de la información y la comunicación
UNAD	Universidad Nacional Abierta y a Distancia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Educación



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

